

EN BUSCA DE LA FELICIDAD

Por Ramón Nubiola S.J.

INTRODUCCION.....	2
LA FELICIDAD EN ESTE MUNDO ENIGMÁTICO.....	3
HEMOS SIDO CREADOS PARA SER FELICES.....	3
Conocerse y cambiar	3
Dificultades para aceptar la Buena Nueva.....	4
Una conducta acertada.....	5
EL PAPEL DEL HOMBRE EN EL PLAN DE DIOS	6
Nosotros pertenecemos totalmente a Dios.....	6
Somos los siervos de Dios.....	7
Servidumbre incondicional pero gloriosa.....	7
Otro nombre para la misma senda de felicidad.....	9
LOS ENIGMAS DE LA VIDA PRESENTE	9
Un ejemplo	9
La finalidad de la vida del hombre en este mundo	11
Principio y fundamento (i).....	11
Principio y fundamento (ii).....	14
Conclusión del principio y fundamento.....	16
EN QUÉ CONSISTE LA FELICIDAD	19
La felicidad consiste en amar y ser amado	19
El sufrimiento puede ser hermoso	20
El ejemplo del amor conyugal.....	21
Una actitud psicológicamente útil	21
EL ORIGEN DE NUESTRA FELICIDAD	22
EL AMOR PERSONAL DE DIOS	22
El amor personal de Dios -presentación-.....	22
Reconocimiento de los dones de Dios.....	23
Dones personales de Dios a cada uno.....	25
LOS DONES DE DIOS.....	25
Dones ofrecidos a todos.....	25
Dones sobrenaturales personales	26
LA PERCEPCIÓN DE LA PROXIMIDAD DE DIOS, CAUSA DE FELICIDAD	27
Presencia de Dios en todas las cosas	27
Dios habita en nosotros	28
DIOS, ORIGEN DE TODA BELLEZA Y BONDAD.....	29
Belleza en las criaturas de Dios	29
La mente humana: reflejo de la inteligencia de Dios.....	30
Virtudes morales en las criaturas de Dios.....	31
CÓMO ENCONTRAR LA FELICIDAD	31
SÉ FELIZ HACIENDO FELICES A OTROS	31
El amor en la práctica	31
La felicidad personal es contagiosa	32
El ejemplo de Santa Teresa	33
SE BENÉVOLO EN TUS JUICIOS	34
Objetividad y benevolencia en nuestros juicios.....	34
Generalizaciones, malos pensamientos, resentimientos	35
Soportar los defectos del prójimo	36
SÉ AFABLE EN EL HABLAR	37
Palabras ofensivas	37
Incordiar	38
Estímulo real.....	38
Cortesía.....	39
Saber convivir (i).....	40
Saber convivir (ii).....	41
SÉ AMABLE EN TUS ACTOS.....	42
La vida es un tejido de pequeñas cosas	42

Prestando servicio.....	43
DELICADA BONDAD DE JESÚS	44
Ejemplos del evangelio.....	44
La primera multiplicación de los panes	45
DISCERNIENDO SI ESTAMOS EN LA VÍA DE LA FELICIDAD	46
Un auto sacramental	46
Primera parte de la obra: el campamento de los espíritus malignos	47
Segunda parte de la obra: el campo de Jesús, nuestro verdadero líder.....	48
Verdadera humildad y fuerza para conseguirla	50
Ejemplos prácticos.....	50
VERIFICANDO NUESTRA SINCERIDAD.....	52
Las tres clases de personas	52
Actuar según la decisión tomada	53
DESEO DE LA ETERNA FELICIDAD	54
El cielo.....	54
El deseo de Dios	56
Nostalgia del hogar.....	57
PARA UNA FELIZ ANCIANIDAD	57
CRECER EN VEJEZ FELIZ.....	57
Dos homilías.....	57
La edad avanzada: periodo de desarrollo continuado	59
La vejez, período de oportunidades y realizaciones	60
Paz de la mente	62
Siempre activos en ocupaciones agradables	63
Oración y unión con Dios.....	64
DEFECTOS QUE DEBEN EVITARSE EN LA ANCIANIDAD	65
Aislamiento y egocentrismo	65
Excesivo apego a algunas cosas materiales	66
LA OBJECCIÓN DE UN LECTOR	67
Cambiar nuestra actitud.....	67
Oración y aceptación	68
POR LA MUERTE NOS REUNIMOS CON DIOS, NUESTRA VERDADERA FELICIDAD.....	70
Acepta la muerte tal como venga	70
Una alegre filosofía de la vida y de la muerte	71
El amor de Dios: resumen de la vida cristiana.....	72
TERESA DE JESÚS, MAESTRA DE FELICIDAD	76
Vida breve de santa teresa de Jesús.....	76
Cuatro preguntas a teresa de Jesús.....	77
Primera respuesta.....	79
Segunda respuesta	81
Tercera respuesta.....	83
Cuarta respuesta	85

INTRODUCCION

Cuando yo era un muchacho de 16 años y estaba a punto de terminar el bachillerato, fui con mis compañeros de curso a hacer un retiro de cinco días en Manresa, precisamente en el mismo lugar donde san Ignacio hizo su primer retiro y donde escribió el libro de los Ejercicios Espirituales. Fui con un indefinido anhelo de hacer un buen retiro. Pero nunca podía esperar lo que me sucedió. Fui, por así decir, sorprendido por el Espíritu. Fui subyugado por obra de Dios y de su felicidad.

Cuando salí del retiro me dio la impresión de que el mundo entero había cambiado. Todo era bueno y hermoso. Dios me había cambiado a mí y me había dado una nueva mente y un nuevo corazón. Después siguieron largos años de conflictos personales. A los treinta empecé mi ministerio sacerdotal. Traté de guiar a los demás hacia Dios y hacia la felicidad. Hubo dificultades y hubo altibajos. La dirección de retiros y la dirección espiritual personal eran mis ministerios predilectos.

Creo que, con la experiencia de todos estos años, yo puedo decir algo a los jóvenes, y a los no tan jóvenes, que puede ayudarles a encontrar su camino hacia la felicidad. En la redacción de estas páginas he sido guiado en gran medida por san Ignacio y sus Ejercicios Espirituales.

LA FELICIDAD EN ESTE MUNDO ENIGMÁTICO

HEMOS SIDO CREADOS PARA SER FELICES

Conocerse y cambiar

Cierto día Nuestro Señor dijo a Santa Teresa: «Teresa, qué ganas tengo de hablar a muchas almas, pero el mundo hace tanto ruido a su alrededor que no pueden oír mi voz. ¡Ah si se apartaran un poco del clamor del mundo!». Amigo, Dios quiere hablarte, pero a solas y en el silencio de la plegaria. Dile, como los profetas del Antiguo Testamento: «Habla, Señor, que tu siervo te escucha» (1 Re. 3,9).

Los Apóstoles se dieron cuenta de la necesidad de la oración cuando veían que Jesús se retiraba del contacto con los hombres y se iba a un lugar desierto o a una montaña a orar. Lo hace en los momentos principales de su vida, antes de tomar una decisión importante y comprometida; al comenzar su vida pública se pasa cuarenta días en el desierto haciendo oración y ayunando -conviene que tú en estos días, tal como se te ha indicado en las Instrucciones, también añadas a tus ratos de oración algún sacrificio: haciendo algo que te cueste un poco, comiendo menos de lo más apetitoso, mortificando la vista o la postura. Jesús, no sólo buscaba el silencio y la paz de la oración, sino que invitaba a sus apóstoles a hacer lo mismo: «Venid aparte... y descansad un poco» (Mc. 6,31).

Nada de lo que sucede en el mundo y en tu vida está fuera de la providencia amorosa de Dios. Dios es un Padre que está pendiente de sus hijos. Su mirada amorosa está siempre velando por ti. El está muy interesado en este retiro que estás haciendo en el silencio de tu casa, en el jardín, o en el campo donde estás pasando unos días. Y puesto que El está interesado, te mandará su gracia abundantemente para que la aproveches. Su gracia que es luz -pues permite entrar en el interior de la conciencia y ver allí lo bueno y lo malo-, y que es fuego, que quema las impurezas y los rincones de suciedad que tienes amontonados en tu interior.

La gracia de Dios que te hace conocerte, y que te ayuda a conocer a Dios al mismo tiempo, es un don valiosísimo, un tesoro. Dios está dispuesto a dártela, quiere dártela, pero, para que no hagas un mal uso de ella y la aprecies en lo que vale, te la hará «sudar» un poco, es decir, no te la dará sin que antes la pidas con insistencia.

En el templo de Delfos de la Magna Grecia, había una inscripción en el frontón que decía: «Conócete a ti mismo». Este era para los filósofos el ideal de la sabiduría. No es nada fácil conocerse a uno mismo: porque estamos abocados hacia el exterior, hacia la actividad febril, y porque a todos nos molesta enfrentarnos con los defectos y pecados propios. Desanima mucho dar vueltas a nuestras miserias y errores; pero si lo hacemos al mismo tiempo que consideramos la bondad y paciencia de Dios con nosotros, entonces no nos desanima. Nos llenamos de alegría y confianza en el Señor que nos quiere a pesar de nuestros pecados, precisamente porque los tenemos y quiere ayudarnos a superarlos.

Cada uno tiene un punto más débil en su persona: un defecto que está en la base de sus pecados y que constituye lo que se llama defecto dominante. ¿Cuál puede ser el tuyo? ¿Eres quizá desordenado, perezoso, mentiroso, soberbio? ¿Te preocupas excesivamente de ti mismo y vives de espaldas a los

demás? ¿Te dejas arrastrar por lo cómodo -rehúyes todo esfuerzo- por lo sensible, por lo sensual? Conviene que descubras cuál es tu defecto. Si lo logras, habrás dado un buen paso para vencer en la lucha del alma puesto que tus enemigos te atacan por donde eres más débil: por el defecto dominante.

El sufi Bayazid dice acerca de sí mismo: «De joven yo era un revolucionario y mi oración consistía en decir a Dios: 'Señor, dame fuerzas para cambiar el mundo'. A medida que fui haciéndome adulto y caí en la cuenta de que me había pasado media vida sin haber logrado cambiar a una sola alma, transformé mi oración y comencé a decir: 'Señor, dame la gracia de transformar a cuantos entran en contacto conmigo. Aunque sólo sea a mi familia y a mis amigos. Con eso me doy por satisfecho'. Ahora, que soy un viejo y tengo los días contados, he empezado a comprender lo estúpido que he sido. Mi única oración es la siguiente: 'Señor, dame la gracia de cambiarme a mí mismo. Si yo hubiera orado de este modo desde el principio, no habría malgastado mi vida».

Todo el mundo piensa en cambiar a la humanidad. Casi nadie piensa en cambiarse a sí mismo. Y cuando intentemos cambiarnos a nosotros mismos y pidamos a Dios gracia para hacerlo...seremos felices.

Dificultades para aceptar la Buena Nueva

En una ocasión se me acercó un desconocido en la calle cerca de una de nuestras escuelas en Bombay. Me pareció que debía ser un próspero parsi. Muy cortésmente me dijo: "Padre, ¿puede Ud. dedicarme unos pocos minutos?". Yo asentí y acepté de buena gana escucharle. Me dijo que se encontraba en un estado de suma confusión mental y espiritual; no podía encontrar ningún objetivo o finalidad a su vida, tampoco podía encontrar la felicidad en nada; incluso en ocasiones había considerado suicidarse. Sentí verdadera lastima por él. Hubiera querido poderle ayudar mas que las pocas palabras que le pude decir en la calle.

En este mundo hay muchas personas como este joven. Muchos pasan su vida tanteando en la oscuridad, sin percatarse de la finalidad de su existencia e ignorantes del hecho que ellos fueron creados para la felicidad.

Podemos encontrar el significado de nuestras vidas solamente si comprendemos que la finalidad de nuestra existencia es la felicidad, nuestra propia felicidad y la felicidad de los que nos rodean, y finalmente compartir sempiternamente la felicidad de Dios.

Dios, el Creador existe. El es la Existencia infinita. El es autosuficiente e infinitamente feliz. El no nos necesita para nada a nosotros, sus criaturas. Nosotros no podemos añadir nada a su gloria y a su felicidad.

Dios es sabio y bueno, en realidad infinitamente sabio y bueno. Si El quiso crear todo lo creado El debió tener una finalidad. Y cuando nos creó seres inteligentes y libres su propósito no pudo ser para aumentar su gloria, que como acabamos de decir es infinita. En su infinita bondad su propósito no pudo ser otro que hacernos compartir su vida y felicidad.

Podemos regocijarnos en el convencimiento de que Dios nos ha creado a cada uno de nosotros para compartir su vida y su felicidad. No todo el mundo quiere riquezas, fama o poder. Pero todos ansiamos la felicidad, porque para ella fue para lo que fuimos creados.

Cuando doy la primera instrucción a un grupo de nuevos catecúmenos de Talasari, más de una vez ha ocurrido que cuando les pregunto para qué nos ha creado, alguno de ellos, ordinariamente una anciana, contesta: "Para trabajar". Esta respuesta provoca un estallido de risas de los catecúmenos sobre todo cuando es pronunciada con voz estridente. Después puedo ver que están radiantes y felices ante la novedad de que fueron creados para la felicidad, para compartir la felicidad de Dios por siempre.

Es un hecho que para algunos esta Nueva es demasiado buena para ser cierta. En muchas personas dos cosas pueden impedirles aceptar esta consoladora verdad. Una puede ser la morbosa idea de que Dios no es tan bueno después de todo. Tal vez en su niñez algunos bien intencionados profesores de religión inculcaron en sus mentes una caricatura de Dios. Y después la Biblia, no debidamente interpretada (o explicada), puede haberles dado la idea de Dios como un severo Señor penalizador que se satisface en el desagravio de la Justicia ofendida.

La otra idea que puede impedirnos la plena aceptación del hecho de que fuimos creados para la felicidad, es mas seria. Vemos que el sufrimiento y el mal físico y moral prevalecen en el mundo. Si Dios permite tanta maldad y sufrimiento, ¿cómo podemos creer que El nos ha creado para que fuéramos felices?

Debemos admitir que en esto existe un misterio, es decir algo que no podemos comprender plenamente, al menos no en este mundo. El insoluble "problema del mal" es algo que debemos aprender a asumir con tranquilidad de espíritu. Sin entrar a fondo en la discusión de este problema podemos hacer aquí unas breves consideraciones. Algunos maestros tratan de aclarar este problema sosteniendo que mucha de la "maldad" del mundo no es consecuencia de la obra de Dios sino causada por los pecados y la malicia de los hombres, cuya libertad de acción es respetada por Dios. Esta explicación es válida pero no completamente satisfactoria ya que muchos sufrimientos son consecuencia de enfermedades y calamidades naturales que son "obras de Dios" y sobre muchos de los sufrimientos causados por la maldad de los hombres podemos preguntarnos "¿Por qué Dios permite esto?"

Aun los grandes santos se han enfrentado con este problema. Santa Teresa de Ávila en un comentario sobre las penalidades sufridas por su discípulo san Juan de la Cruz, dijo: "Yo no sé cómo Dios permite esto" (san Juan de la Cruz fue recluido por sus hermanos carmelitas durante nueve meses incomunicado en una pequeña y oscura celda a causa de sus intentos de reformar la Orden).

Algunos sugieren otra solución a este problema. Dicen que "Dios escribe recto con renglones torcidos", es decir que Dios puede extraer el bien de la maldad que El permite, algún bien de un nivel superior. La verdadera solución del problema parece estar en esta interpretación. Pero aun así no representa una solución plenamente satisfactoria pues en muchos casos no somos capaces de ver "la escritura recta" de Dios.

Una conducta acertada

Existe el peligro de sentirse frustrado por este misterio. Yo sugiero, al menos como norma de conducta práctica, que debemos acostumbrar nuestra mente a convivir serenamente y en paz con el no resuelto misterio del "problema del mal". Con ecuanimidad debemos afrontar los sufrimientos e incluso la maldad, que podemos ver a nuestro alrededor, en su dura realidad, pero debemos desear generosamente y con fervor hacer todo lo que podamos para atenuar los sufrimientos y el mal.

Me atrevo a decir que si nosotros con fe llegamos a aceptar el plan de Dios, tanto en sus claridades como en sus sombras misteriosas, podremos ver el problema del mal no tan sombrío y la perturbación que pueda causarnos se irá desvaneciendo prácticamente.

Tenemos el ejemplo de las Hermanas Misioneras de la Caridad de la M.Teresa de Calcuta, extraordinarios modelos de paz y felicidad. Todo el día se enfrentan con grandes sufrimientos físicos y morales y durante todo el día tratan fervorosamente de atenuarlos con su asistencia y entrega. Una característica común de todas las Hermanas de esta Congregación es que ellas son felices, y en sus ratos de recreo están alegres y felices como he oído comentar a la superiora de una de sus casas.

Una vez, yo mismo pude comprobarlo. En un caluroso día del mes mas caluroso, una camioneta llena de Hermanas Misioneras de la Caridad viajaba de Bombay a Pune. A medio camino las Hermanas pidieron permiso para descansar dos horas al atardecer en una villa de Khandala en la que estaban pasando unos días de vacaciones algunos sacerdotes jesuitas. Las risas de las hermanas molestaron a alguno de los padres que estaban tratando de dormir. Aunque yo tampoco pude dormir me sentí verdaderamente feliz por el sonido de su felicidad.

Justamente cuando acababa de escribir las páginas precedentes recibí una carta que vino a confirmar lo que estaba escribiendo. Era de una joven hermana, enfermera en un gran hospital y centro dermatológico, en el cual incluyendo los pacientes externos (ambulatorios) son tratadas 4.000 víctimas de la lepra. En su carta me hablaba de alguna de sus aflicciones. Me decía: "Este año he tenido cantidad de penalidades y desavenencias". Unas pocas líneas después añadía: "Nunca perdí mi alegría y paz... Confié plenamente en el Señor... Incluso en el hospital intento con todas mis fuerzas ser cariñosa con los pacientes, etc."

Así pues, sufrimientos y dificultades no implican ni deben necesariamente destruir nuestra paz y nuestra felicidad.

EL PAPEL DEL HOMBRE EN EL PLAN DE DIOS

Nosotros pertenecemos totalmente a Dios

Cuando Dios creó seres inteligentes y libres ciertamente tenía un propósito y el propósito o plan de Dios es éste: En la vida presente el hombre está creado para Dios en el sentido que él ha de hacer lo que Dios quiere tal y como lo entienda. En otras palabras, el hombre ha de ir hacia Dios amoldando su propia voluntad a la voluntad de Dios.

En la eternidad es para Dios, tanto más cuando él debe participar en la vida de Dios y en su sempiterna felicidad. Para comprender mejor nuestro deber de obedecer a la voluntad de Dios debemos entender bien las relaciones fundamentales del hombre con Dios.

El hombre es de Dios. Los elementos de su cuerpo fueron creados por Dios de la nada al principio de los tiempos. Dios creó las leyes de la naturaleza y de la generación. El mismo creó directamente cada una de las almas humanas. Por tanto el hombre proviene totalmente de Dios. San Agustín lo expresa muy bien: "Deus me creavit, ergo Dei sum. Totum me creavit, ergo totus quantos Dei sum!", Dios me creó, por lo tanto pertenezco a Dios, El me creó totalmente, por lo tanto yo pertenezco totalmente a Dios.

El alfarero toma algo de arcilla, la reduce a polvo fino, añade agua y la amasa bien y moldea un bello jarro en el torno de alfarero. Después lo deja secar y cuando está seco lo cuece en el horno. El jarro le pertenece y tiene plenos derechos sobre el mismo, puesto que él lo ha hecho. En las Escrituras leemos que Dios, el Creador, dice al hombre: "... Como está el barro en manos del alfarero, así estáis vosotros en mis manos." (Jr. 18, 6).

Y también Dios es asimilado al alfarero que modela vasijas de barro, cuando crea seres humanos (Is. 45, 9-11). Y ya que Dios nos ha creado le pertenecemos a El, aún más que el jarro al alfarero. Pues el alfarero no ha creado la arcilla ni el agua pero Dios ha creado de la nada todo lo que está en nosotros. Y si nosotros pertenecemos totalmente a Dios, El tiene pleno dominio sobre nosotros.

En mi experiencia como director de ejercitantes he encontrado religiosos a los que no les gusta pensar así de las relaciones entre Dios y nosotros; se sienten incómodos ante la idea de que El es el Dueño y Señor y que nosotros, sus siervos, estamos obligados a someternos totalmente a El. Es cierto

que en nuestra habitual relación con Dios estamos más inclinados generalmente a pensar en Dios como nuestro amante Padre y nos sentimos impulsados a hacer la voluntad de Dios por efectos del amor filial y no con la mentalidad de un servidor.

Pero nosotros no debemos olvidar que básicamente nuestra relación con Dios es de total dominio por su parte .y consecuentemente que estamos obligados a la total sumisión a la voluntad de Dios. Es sobre estas sólidas bases que Dios quiere desarrollar esta otra relación de amor paternal y amistad hacia nosotros.

Encontramos, por ejemplo, una clara indicación de ello en el Evangelio de san Juan, 13,13 donde Jesús les dice a sus apóstoles: "Vosotros me llamáis el Maestro y el Señor y con razón porque lo soy." Y en el mismo mensaje de despedida Jesús también les dice: "Ya no os llamo más siervos... os llamo amigos." Pero Jesús todavía les da un afectuoso recordatorio de su básica dependencia de su Señor y Maestro: "Seréis amigos míos si hacéis lo que os mando." Jn 15,14-15)

Somos los siervos de Dios

Tenemos que hacer hincapié sobre uno de los puntos mencionados. El hombre no es solamente algo perteneciente a Dios, el Dueño y Señor, sino que es una criatura libre e inteligente, obligado por causa de su natural origen a obedecer al Creador. En otras palabras, el deber del hombre es servir a Dios. ¿Cuál es el papel del servidor?

Si un propietario apalabra a un hombre para trabajar en su huerto, hace un contrato con él. El le pagará una determinada cantidad mensual a cambio de que el hombre trabaje ocho horas diarias, seis días a la semana. Este hombre se ha convertido en el "servidor" del propietario, lo que significa que durante las horas de servicio no puede hacer lo que quiera sino que ha de hacer lo que le dice el propietario, dentro de las condiciones del contrato. Si él no obedece y hace lo que se le antoja, no es un buen servidor y el propietario no le conservará con él. Si el amo le dice, por ejemplo, que riegue los árboles y en lugar de hacerlo se sienta a la sombra de un árbol a tocar su flauta de bambú, el propietario no lo tolerará, por más que toque la flauta espléndidamente. El no utilizará el látigo para obligar al sirviente a hacer lo que le ha mandado, pues él puede usar el látigo sobre los bueyes que tiran del arado, para obligarles a seguir adelante, pero no sobre su servidor, creado libre e inteligente. El tratará de persuadirle, pero si el servidor rehúsa tercamente cumplir su obligación el propietario no lo conservará a su servicio sino que lo despedirá.

Debemos recordar las palabras que el Divino Juez dice en la parábola acerca del juicio Final: "Apartaos de Mí..." (Mt. 25,41). Estas palabras suenan extrañamente, pero tenemos que recordar que van dirigidas a aquellos que obstinadamente rehúsan obedecer los Mandamientos de Dios, de los que el principal es el Mandamiento del Amor. "Apartaos de Mí." La esencia del Infierno es el extrañamiento eterno, privados de Dios y privados de la felicidad para la que fuimos creados.

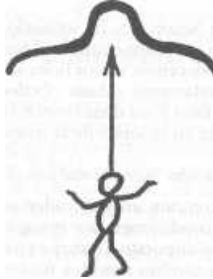
Dios, nuestro Señor, nos ha señalado una tarea determinada: seguir sus mandamientos, los Diez Mandamientos. Si nosotros los obedecemos somos fieles servidores de Dios. Si alguien obstinadamente rehúsa obedecerlos, no es un buen servidor de Dios y no tiene derecho a estar con Dios, por lo tanto no está en la senda de la felicidad.

Servidumbre incondicional pero gloriosa

Cuando se contrata un trabajador para el huerto, él puede poner sus condiciones, por ejemplo, puede decir al propietario: "Estoy dispuesto a trabajar en el huerto, pero no en la cocina." En cambio

nosotros no tenemos derecho a decir a Dios: "Yo estoy dispuesto a cumplir, digamos, el 5. ° Mandamiento, pero no el 6. °, porque Dios es Dueño y Señor en todos sentidos. El tiene dominio sobre todas nuestras actividades y esferas de nuestra vida. Estamos obligados al servicio de Dios, no ocho horas al día, sino las 24 horas del día, porque día y noche El es el Señor y nosotros sus siervos.

El operario del huerto puede renunciar a su trabajo dando un mes de preaviso a su amo. Nosotros no podemos dar un preaviso a Dios porque nosotros no podemos separarnos de El: dondequiera que vayamos El es allí el Dueño y Señor.



Pero no hay opresión ni servidumbre humillante en el servicio de Dios sino gloria y felicidad, no solamente porque El es el mejor y más adorable de los amos sino también porque El nos pide tan sólo lo que nos conviene para nuestro bien y felicidad. "Servire Deo regnare est", servir a Dios es reinar.

Cuando dirijo retiros, explico el plan de Dios y la finalidad de la existencia del hombre con ayuda de este diagrama. La presencia de Dios en todo, y siempre amante, está simbolizada por la línea superior. El muñeco de debajo nos representa a ti y a mí, hombre o mujer, todos y cada uno de nosotros. La línea vertical muestra la senda que debemos seguir durante nuestra vida; por la vía de la voluntad de Dios, siguiendo los mandamientos de Dios que es el camino hacia Dios, hacia el Cielo, hacia la felicidad. La flecha en el extremo de la línea representa el anhelo del hombre por la felicidad y el anhelo, quizás inconsciente, de Dios.

La vía de la obediencia a Dios coincide exactamente con la vía de la felicidad: en esta vida, la felicidad, con su abundante agregado de pruebas y dificultades, es a veces dolorosa y después de la muerte, viene la felicidad eterna sin mezcla de dolor y de dificultades, compartiendo para siempre la felicidad de Dios.

Con frecuencia, los que hacen los retiros me han dicho que este simple esquema les ayudó mucho. Recuerdo un sacerdote que me dijo que durante los dos primeros días de su retiro, tuvo siempre presente este diagrama y que su oración consistió en contemplar esta línea recta con su flecha, repitiéndose a sí mismo: "Creado por Dios, creado para Dios, quiero ir directamente hacia Dios, sin desviarme por el pecado." En bellas palabras, san Agustín expresó similares pensamientos: "Fecisti me ad Te, et inquietum est cor meum donec requiescat in Te", que podemos traducir libremente por "Tú me has creado, ¡OH Señor!, para Ti y mi corazón no tendrá reposo hasta que descanse en Ti."

En la naturaleza todo debe obedecer al Creador por su misma condición física. Las estrellas y los planetas tienen sus órbitas señaladas por Dios y no hay cuerpo celestial que se desvíe unos centímetros de la vía ordenada por Dios. Dios ha prescrito igualmente la vía a seguir por el hombre. Pero el hombre, siendo como es una criatura libre, puede optar por separarse de la línea recta al preferir el pecado. En el pecado el hombre puede, tal vez, encontrar el placer momentáneo pero verosíblemente resultará ser solamente amargura recubierta de azúcar. En sus "Confesiones", san Agustín, refiriéndose a sus años juveniles de pecador, habla de la "punitiva amargura" que Dios le trasegó de sus culpables placeres "(Libro 2. °, Capítulo 2. °).

Otro nombre para la misma senda de felicidad

Todo lo que se ha dicho acerca de los mandamientos de Dios y el pecado es igualmente válido, por supuesto, aun hoy día. En estos tiempos, influidos como lo estamos todos, por la actual tendencia contra la sujeción a cualquier ley, algunos se sienten más atraídos por la vía a la felicidad indicada por Jesús en las Bienaventuranzas, al principio del Sermón de la Montaña. Jesús proclamó las Bienaventuranzas no como mandamientos, sino como norma de vida que conduce a la felicidad. La vía de las Bienaventuranzas coincide con la línea recta que señalan hacia Dios los mandamientos de Dios.

Bienaventurados los que saben ser pobres porque suyo es el Reino de Dios.

Dichosos los no violentos, porque heredarán la tierra.

Dichosos los afligidos, porque serán consolados.

Dichosos los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán saciados.

Dichosos los misericordiosos, porque alcanzarán misericordia.

Dichosos los sinceros de corazón, porque verán a Dios.

Dichosos los que trabajan por la paz, porque se llamarán "Hijos de Dios".

Dichosos los que viven perseguidos por su fidelidad, porque suyo es el Reino de Dios. (Mt. 5,3-

Las Bienaventuranzas son una serie de manifestaciones sobre la manera de alcanzar la felicidad. Vive en el espíritu de las Bienaventuranzas y serás feliz. Un sacerdote amigo mío pasó unos días visitando algunos aborígenes, cristianos o no. Todos eran pobres, pero no mendigos porque eran laboriosos. Mi amigo descubrió que ellos, a su manera, mantenían las normas de las Bienaventuranzas y que eran muy felices. Me dijo reiteradamente que había quedado fuertemente impresionado por su felicidad.

El vio en esta gente sencilla la confirmación viva de las enseñanzas de Jesús en las Bienaventuranzas.

LOS ENIGMAS DE LA VIDA PRESENTE

Un ejemplo

Estamos en un mundo teológicamente muy enigmático. Si Dios nos ha creado para que fuéramos felices, ¿cómo es que algunas personas son infelices? ¿Cómo es que frecuentemente tenemos pruebas y sufrimientos en lugar de verdadera felicidad?

También los ejercitantes y otras personas pueden preguntarse: ¿Si Dios me ha creado para la felicidad, por qué no me creó y situó inmediatamente en el Paraíso? Se podría contestar diciendo que El podía haberlo hecho así si lo hubiese querido. Pero, hablando en serio, nosotros no tenemos derecho a preguntarle a El acerca de sus planes. El es el Señor y Dueño y El puede escoger cualquier plan que El quiera entre una infinidad de posibilidades. El podía haber creado al hombre completamente diferente. Pero eligió crearlos como seres inteligentes y libres y El respeta su libertad, hasta el punto de permitir las malignas consecuencias del mal uso de esa libertad.

Ante la elección de Dios nosotros únicamente podemos hacer un acto de fe y decir: "Dios mío, aunque este mundo presente es muy enigmático para mí, yo creo que el plan que has elegido para darnos la felicidad eterna del Cielo es bueno y sabio. Yo lo creo así porque sé que Tú eres infinitamente bueno y sabio." Ciertamente es conveniente que nosotros ambicionemos la luz para entender el plan de Dios. Con frecuencia, oímos en nuestras clases de teología que "la Fe aspira a la comprensión".

Para muchos ejercitantes el ejemplo siguiente ha sido esclarecedor.

Dos hombres ricos enviaron a sus únicos hijos como internos a un colegio de clase alta. Uno de los muchachos escribió a su padre pidiéndole una bicicleta para poder hacer largos paseos durante las horas de recreo. El padre del muchacho, bueno y generoso, inmediatamente le envió una costosa bicicleta. El muchacho era feliz.

El otro muchacho también escribió a su padre y le pidió una bicicleta. El padre le contestó diciendo "Me hará muy feliz poder regalarte una bicicleta, la mejor que pueda encontrar, pero no voy a dártela ni enseguida ni "gratis". Deseo que trabajes para conseguirla. Tú tienes buena cabeza para los estudios y, ciertamente, puedes aprobar los exámenes. Estudia bien, aprueba los exámenes y tendrás la mejor bicicleta que exista en las tiendas".

Desde el primer día, el deber del muchacho era estudiar y éste era el deseo de su padre, pero ahora que le han prometido una muy deseada y magnífica bicicleta, el muchacho estudiará más intensamente y aprobará los exámenes con la nota más alta que pueda conseguir. Una vez prometida por su papá, el muchacho tiene por así decirlo, derecho a obtener la bicicleta si él estudia y hace buenos exámenes. El muchacho aprobará probablemente todas las pruebas y su papá inmediatamente le dará su anhelado regalo. El muchacho será muy feliz.

Cuando se les pregunta, todos están de acuerdo que cuando el segundo muchacho recibe el regalo de la bicicleta, es más feliz que el primero por el motivo, en el que todos también coinciden, de que no obtuvo la bicicleta gratuitamente sino que la consiguió con su esfuerzo. Ambos padres eran buenos y generosos, pero podemos preguntarnos: ¿Cuál era el más juicioso? De nuevo todos los preguntados coinciden en que el segundo era el más juicioso.

Dios podía haber dado al hombre la felicidad para la que había sido creado siguiendo el procedimiento del primer padre, es decir dándole el Cielo como si dijéramos "gratis", inmediatamente después de creado. Pero Dios ha escogido el proceder del segundo padre. Dios es sabio. Dios nos sitúa en la vida presente como sometiéndonos a una prueba: debemos arrostrar el examen de la vida. Estamos siendo examinados para comprobar si somos buenos siervos de Dios y obedecemos sus mandamientos. Pero la felicidad eterna del Cielo siempre será verdaderamente un amoroso regalo de Dios a cada uno de nosotros, aunque después de la promesa de Dios y el don de la divina gracia, tengamos una especie de derecho al Cielo.

Este período de examen o prueba puede ser muy duro, con pruebas, tentaciones y sufrimientos, pero vale la pena. Los estudiantes de los colegios y de las escuelas superiores pasan una época muy dura y con frecuencia de ardua labor, preparándose y presentándose a los exámenes. En la India los estudiantes deben estar trabajando sobre sus temarios en los cálidos meses de marzo y abril con largas horas de escritura por las mañanas y otra vez en el enervante calor de la tarde. Los exámenes no resultan, ciertamente, un placer pero merecen el esfuerzo.

Si el segundo muchacho de nuestra anécdota anterior, después de haberle sido prometida la valiosa bicicleta, empieza a descuidar sus estudios y abandona premeditadamente su deber, probablemente fallará también en sus exámenes. El no conseguirá su bicicleta pero no es por falta de generosidad por parte de su padre sino únicamente por su propia y deliberada falta.

Admito que este ejemplo no es totalmente adecuado. Generalmente los ejemplos cojean en un punto u otro, pero pueden ser muy ilustrativos. Recuerdo un compañero jesuita que había sido mi provincial y que en esta ocasión estaba haciendo un retiro que yo dirigía. Después de oír el ejemplo anterior vino a mi habitación para darme las gracias por el esclarecimiento y la paz que este ejemplo le había procurado.

Todo lo anterior podía haber sido formulado tal vez de mejor manera diciendo que la vida presente no tiene por objeto ser únicamente un deleite sino más bien ser una preparación, la preparación para el Cielo.

La finalidad de la vida del hombre en este mundo

De todo lo expuesto se deduce que el propósito esencial del hombre y lo que más le interesa en la vida presente, debe ser hacer la voluntad de Dios para conseguir, obedeciéndole, la felicidad del Cielo. Esto es el único objetivo realmente importante de nuestra existencia. Ciertamente la única tarea esencial en nuestras vidas es cumplir la voluntad de Dios y todos los otros intereses son secundarios. Si alguien deliberadamente deja de hacer la voluntad de Dios, su vida resulta carente de significado y finalidad, porque no hace aquello para lo que ha sido creado.

Si un reloj no señala la hora debe ser reparado y si no puede ser reparado puede ser desechado porque resulta inútil. No hace aquello para lo que fue construido. Del mismo modo que si un candado no cierra, puede ser eliminado porque no sirve para aquello para lo que fue hecho. Si nosotros en nuestra vida, no hacemos la voluntad de Dios, nuestra vida es igualmente carente de significado e inútil porque no hacemos aquello para lo que fuimos creados por Dios. Incluso, si uno posee grandes riquezas, tiene un gran poder político e influencia personal, si disfruta de una vida saturada de satisfacciones y deleites, pero deliberadamente rehúsa hacer la voluntad de Dios, su vida carece de significado y de utilidad, porque ha fallado en la cosa más importante de su vida.

Por otra parte uno puede estar enfermo, ser pobre o despreciado, pero si continúa haciendo la voluntad de Dios, su vida tiene una finalidad y está llena de sentido.

El seguir la línea vertical que nos guía hacia Dios significa no tan sólo el hacer lo que Dios quiere y cumplir sus mandamientos sino también el aceptar las circunstancias que Dios permite para nosotros. Haciendo mi retiro anual, en cierta ocasión me sentí muy inspirado por las siguientes palabras de Thomas Merton en su muy útil libro *Semillas de Contemplación*:

"Mi principal preocupación no debe ser conseguir placer, éxito, salud, vida, dinero, tranquilidad o incluso cosas como virtud y sabiduría; ni tampoco lo opuesto como dolor, fracaso, enfermedad y muerte, sino que mi propio deseo y mi alegría debe ser pensar en todo lo que me suceda: "Esto es lo que Dios ha querido para mí. En ello se encuentra su amor y, aceptándolo, yo puedo devolverle a El su amor y con él, a mí mismo."

Tomaso di Pietra atestiguó de santa Catalina de Siena: "Su semblante radiante y su santa sonrisa hacían que nada pareciese importante excepto el hacer la voluntad de Dios."

Hacer la voluntad de Dios es lo que nosotros llamamos "Santidad" y como dice santa Teresa "Santidad y Felicidad son dos hermanas que siempre van juntas".

Principio y fundamento (i)

El fin de los ejercicios espirituales de San Ignacio es vencerse a sí mismo y ordenar la vida. Para ordenar la vida es menester conocer sus desórdenes; y para esto nos propone el Santo considerar el fin general del hombre. Como el fin general es la primera causa y el primer motor de todas nuestras acciones, así también el fin es la regla suprema que debe dirigir toda nuestra vida.

« ¿Qué importa esto para la eternidad? », se decía frecuentemente a sí mismo San Luis Gonzaga; y San Estanislao se repetía también a menudo a sí mismo, que no había nacido para las cosas

caducas de esta vida, sino para las eternas. Se trata, pues, de conocer bien y de imprimir en el corazón el fin para el cual Dios nos ha criado.

Esta consideración es de la mayor importancia. San Ignacio la llama Principio y Fundamento. Como en el orden lógico el principio es el que sostiene la conclusión, y el edificio lo sostiene el fundamento; así esta primera verdad del último fin sostiene todas las demás: de ella, pues, depende todo el buen suceso de nuestros ejercicios.

Y como el principio de otras verdades es en sí mismo cierto, y el fundamento de un edificio es estable y sólido; así esta gran verdad del fin último del hombre debe ser también tan cierta para mi entendimiento, que quede de ella íntimamente persuadido, y mi voluntad sólidamente determinada a la práctica de esta misma verdad.

Por esta causa propone San Ignacio el Principio y Fundamento como una consideración toda de razón, antes de los Ejercicios. No señala método ni tiempo, ni aun le da el nombre de meditación. Quiere aquí el Santo recordarnos nuestra naturaleza de hombre, y por esto se dirige al hombre racional para que examine con diligencia este principio, lo grave profundamente en su espíritu, y levante sobre él su vida, como sobre firme y sólido fundamento. Dividiremos esta consideración en dos partes: en la primera consideraremos el fin del hombre, en la segunda el fin de las criaturas.

PUNTO PRIMERO. - Principio del hombre. - El hombre es criado. El hombre no es eterno, sino que ha tenido principio: ha sido criado, esto es, hecho de la nada absoluta. No se ha dado a sí mismo el ser y la existencia, ni lo ha recibido de otra criatura. Dios omnipotente ha sido mi autor, Dios es mi Criador, mi Señor, mi Dueño absoluto, yo soy una criatura y su esclavo; Dios tiene derecho a mi sumisión, a mi obediencia, a mi servicio. Puede disponer de mí según su beneplácito, puede concederme o quitarme mis bienes, salud, honra, riquezas; yo debo servirle y obedecerle en todo, y recibirlo todo de su mano sin quejarme. Dios es mi Criador y mi Conservador, puesto que me conserva continuamente con una continua creación el ser que me ha dado. Dios me ayuda también a obrar; sin su concurso, toda acción me sería imposible. Soy, pues, todo de Dios y de El dependo en todos los instantes. Por el pecado me hago todo de mí mismo y me declaro independiente de Dios... Tal era el carácter de los Gentiles, los cuales conociendo a Dios su Señor, no le glorificaban como a tal, ni le rendían acciones de gracias (Rom. 1, 21).

Santa Verónica Giuliani cuenta la visión siguiente: «Me pareció, dice, que nuestro Señor me abría el pecho, y sacó fuera mi corazón, y enseñándomelo, me preguntó tres veces: ¿A quién pertenece este corazón? A cada pregunta respondí: A Vos, Señor.» Si la misma pregunta se dirigiese a nosotros, ciertamente nos veríamos forzados a responder nuestro corazón pertenece a las criaturas, a nosotros mismos. Restituyámoslo a Dios; a Dios pertenece, no viva sino por Dios.

El hombre es criado. Yo soy hombre, una sustancia compuesta de cuerpo y alma espiritual e inteligente. ¡Cuán noble es mi naturaleza! Es la más noble de todas las criaturas visibles. Hecho a imagen y semejanza de Dios, estoy dotado de memoria, entendimiento, de voluntad y de libertad. Con el pecado he afeado esta bella imagen de Dios. El hombre es un compuesto bien ordenado de alma y cuerpo con el pecado he puesto el desorden, prefiriendo la parte menos noble, y haciendo que mande la que debía obedecer. V2, n. 4).

PUNTO SEGUNDO. - Fin próximo del hombre. - El hombre es criado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor. Luego el hombre tiene un fin; y este fin no son las criaturas, es Dios. Nunca tendré la paz del corazón, si no me determino a tender a este fin, para el cual he sido criado.

Sin esto estoy en desorden; porque un ser que tiende a su fin es un ser desordenado, y la paz, como hemos dicho, no es más que la tranquilidad orden.

Luego debo con mis palabras alabar a Dios pues esta alabanza le es debida como a un ser perfectísimo y nobilísimo, y como a mi Criador. Todas las criaturas me convidan a alabarle, puesto que me manifiestan sus perfecciones; y yo por el contrario he buscado con mis palabras satisfacer a amor propio. Soy criado para alabar á Dios: luego la misa, cuando la oigo, el rosario y las otras prácticas piadosas diarias son acciones más nobles del día. ¿Por qué las cumplo pues, con tanta negligencia y precipitación; cuando, por el contrario, tendría que hacerlas con la mayor devoción?

Debo además hacer reverencia y honrar a Dios con mis pensamientos y afectos interiores, y debo también mostrar exteriormente esta honra y reverencia, puesto que el culto interno y externo es debido a Dios como a Superior y Señor.

Debo finalmente servir a Dios con mis obras, servicio que le es debido como a Dueño absoluto. Servir es depender de la voluntad de otro, conformando todas las acciones á la voluntad del Señor: el que sirve no hace su propia voluntad. La voluntad de Dios se manifiesta en los mandamientos del Decálogo, en los preceptos de la Iglesia, en las obligaciones del propio estado, en el cumplimiento de nuestras obligaciones cotidianas. ¡Qué gracia tan grande es para nosotros conocer en todas las cosas la voluntad del Señor! Sigamos, pues, tranquilos su dirección. Nunca se engañará el que santamente cumple la voluntad de Dios.

¡Cuántas veces he despreciado esta santísima y justísima voluntad divina, y he dicho en mi corazón y con las obras: «no serviré"! Y en lugar de servir al Señor, he servido alas criaturas, a mis pasiones, al demonio. ¿No es ya tiempo de que Dios llegue finalmente a ser el objeto de todos mis pensamientos, de mis deseos, de afectos y de todas mis acciones? ¿De que toda mi vida no tenga más tendencia que á Dios y a su gloria? Si tal es nuestro fin, ésta sea nuestra ocupación, nuestra única divisa: Todo para la mayor gloria de Dios.

Olvido, pues, de mí mismo en esta vida; no fui creado sino para Dios, para alabarle, hacerle reverencia y servirle.

PUNTO TERCERO. - Fin último del hombre

El hombre es criado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor; y mediante esto salvar su alma. La creación del hombre es independiente de su acción; pero no su salvación, la cual es pendiente de su acción y de su voluntad. Si deseo salvarme, he de cooperar a la gracia; no llegaré jamás mi fin último, si no cumplo antes mi fin próximo, y mediante esto salvar su alma. Nunca conseguiré mi fin en el cielo, sin conseguirlo antes en la tierra, y depende de mi propia voluntad. Si ahora alabamos y glorificamos a Dios, Dios mismo en recompensa no glorificará en el cielo. «Grandemente honrados OH Dios, tus amigos».

Si le honramos y reverenciamos, el temor que va naturalmente unido con la reverencia, nos conducirá á un amor perfecto que nos pondrá en posesión de todo bien. Finalmente, si servimos a Dios, El mismo será nuestra recompensa.

Si me considero, pues, según mi propia naturaleza, soy bien poca cosa; pero si me considero respecto del fin para el cual soy criado, mi alma no tiene precio. Mi felicidad y bienaventuranza es la misma de Dios: la visión intuitiva y el amor frutivo de la divina esencia y de todas sus perfecciones. Seré entonces como Dios, semejante a El. Esta es la salvación de mi alma, la sola cosa necesaria para mí, todo lo demás es vanidad. ¿De qué me servirá, pues, ganar todo el mundo, si pierdo mi alma?

Dios solo debe ser todo mi bien y formar mi felicidad en la tierra: en vano la buscaré en otra cosa. Las criaturas no son mi fin, no pueden hacerme feliz, Dios solo llenará todo mi corazón; las criaturas pueden embriagarle, agitarle, perturbarle, sin poder nunca satisfacerle y saciarle. La criatura no descansa sino en su fin, en cuya consecución halla toda su perfección. ¿Descanso yo en Dios o en las criaturas? ¿Y qué es descansar en Dios? No es otra cosa que amar, desear, buscar a Dios; obrar, padecer por Dios; conformarse con su santa voluntad en todas las cosas.

Si somos por naturaleza enteramente de Dios y para Dios, seamos también por nuestra voluntad enteramente de Dios... Déle nuestra memoria el tributo del reconocimiento y gratitud, acordándonos siempre de tantos beneficios y dones recibidos. Págueme nuestro entendimiento el tributo de la meditación y de la oración; nuestra voluntad el del amor, nuestro cuerpo el de las obras, y todos los sentidos el de la mortificación y el de la sumisión al alma; y esté esta sujeta constantemente a Dios, alabándole, reverenciándole y sirviéndole siempre en esta vida, para poseerle con eterna felicidad en el cielo.

Dejemos, pues, que desaparezca en torno nuestro el mundo entero con sus apariencias y todo su falso esplendor; y cuando estuviéremos plenamente desasidos de todas estas vanidades, como si para nosotros hubiesen sido enteramente destruidas, entonces estaremos solos con Dios. Antes de nuestra existencia nosotros no éramos sino en Dios, y no salimos de Él sino por amor, con el cual nos sacó de la nada y nos dio el ser. Volvamos a Dios con nuestro amor, y vivamos únicamente para Él.

Principio y fundamento (II)

El hombre no está solo en el mundo. Dios ha criado también otros seres, y el hombre está en continua relación con ellos. Serán, pues, los dos puntos esta segunda parte: Origen de las criaturas; relaciones de las criaturas con el hombre.

PUNTO PRIMERO. - Origen de las criaturas.

Las otras cosas sobre el haz de la tierra son creadas para el hombre. Son creadas. Como yo procedo Dios, también proceden las criaturas; y como yo soy para Dios, también las criaturas son para El: luego no puedo servirme de ellas independientemente de Dios. Yo, al contrario, he usado de ellas sin hacer ningún caso de su santísima voluntad; antes bien, contra esta misma voluntad divina he procurado

satisfacer mis deseos. Señor, Tú eres el Dios de toda la naturaleza, todo os pertenece, todo es vuestro: ¿Y sólo mi corazón querrá emanciparse de tu dominio?

No sólo algunas criaturas proceden de Dios por ejemplo, las riquezas, la salud, la honra, la gloria y otros bienes; sino todas, todas las demás sobre la haz de la tierra. No solamente las cosas favorables, más aun las adversas, la pobreza como las riquezas, la enfermedad como la salud, la confusión como la gloria proceden de Dios. Dios es quien quiere el bien y permite el mal en este mundo, y nada sucede sin su santísima voluntad. Por consiguiente deben contarse entre las criaturas, no sólo las que son propiamente tales, como los minerales, las plantas, los animales, sino también todos los acontecimientos humanos.

En todo, en la prosperidad y en la adversidad, en los accidentes naturales y en todas las otras cosas desagradables que dependen de la voluntad humana, en todo debo adorar y someterme a la voluntad de Dios. Repitamos en tales ocasiones con el santo Job aquellas hermosas palabras: «El Señor me lo dio, el Señor me lo quitó... sea su nombre bendito.» Esta prueba, esta aflicción me la ha enviado el Señor; sea siempre bendito su santo nombre. No estorbemos la obra de Dios, dejemos hacer a Dios, entreguémonos a El. Padeceremos, sí: pero padeceremos con amor y con paz; lloraremos, mas nuestras lágrimas serán dulces; lucharemos, pero conseguiremos la victoria; y Dios mismo, después de haber combatido en nuestro favor, nos coronará con sus propias manos.

Entre las criaturas deben también contarse tantas gracias interiores y exteriores, con que Dios enriquece continuamente nuestra alma, para atraernos a Sí, y hacernos llegar á la bienaventuranza. Cuántas luces en nuestro entendimiento, cuántos buenos y santos movimientos en nuestro corazón recibidos en vano, de que se hubieran aprovechado innumerables pecadores, si se les hubiesen concedido. Decía Cristo a los Judíos: «Si los milagros hechos ante

Dios mismo, mi fin, haciéndose hombre por amor mío, se ha convertido por mí como en medio para que pueda llegar a El; su doctrina, sus ejemplos, sus trabajos y sudores, su pobreza, sus oprobios, todos sus tormentos, su vida, su muerte y todos sus méritos han sido puestos en mis manos para me ayuden a mi salvación.

Concluamos, pues, este punto confesando que Dios nos ha provisto de una infinidad de medios para conseguir nuestro fin. Si tenemos la desgracia de perdernos, ciertamente culpa nuestra será, y no, tendremos excusa.

PUNTO SEGUNDO. - Relaciones de las criaturas con el hombre.

Las criaturas son para Dios para su gloria, y nada puede Dios crear que a su gloria no se refiera. Es verdad que las criaturas irracionales no pueden inmediatamente glorificar a Dios con la alabanza, con la reverencia, y con el amor; pero manifiestan al hombre, dotado de inteligencia para conocer y de voluntad para amar, las perfecciones divinas. Por lo cual las criaturas irracionales son para Dios y le glorifican por medio del hombre, en cuanto el hombre aprende de ellas a conocer, amar y: servir al Señor. En efecto, las criaturas nos manifiestan la existencia y las perfecciones de Dios, su bondad y su amor, y también la sumisión y perfecta dependencia de Dios. En las criaturas no debo, pues, buscarme a mí mismo, ni mi gloria, sino a Dios y su divina gloria. Uso de ellas contra su fin, siempre que las hago servir a mi alabanza y a mi honra, más bien que a la alabanza y gloria de Dios.

Si bien las criaturas son para Dios, son también para el hombre. Dios es su fin último, el hombre su fin próximo: Las otras cosas sobre el haz de la tierra son criadas para el hombre. Debe el hombre usar de ellas como de medios; más por el pecado las hace su fin. El hombre, constituido Señor y Dueño de las criaturas, ha de usar de ellas como señor; pero con el pecado se hace su esclavo. Estas criaturas deberían ayudar al hombre a la consecución del fin que Dios les ha dado al criarlas; pero, al contrario, por su malicia serán para el hombre un impedimento a la consecución del fin.

Ahora bien, si las criaturas son medios que deben ayudarme a conseguir el fin, deben lo primero ayudarme a alabar, hacer reverencia y servir a Dios, lo cual es mi fin próximo, para que puedan conducirme también a la salvación de mi alma, que es mi fin último. Las criaturas ayudan al hombre a alabar, hacer reverencia y servir a Dios, o usando de ellas, o absteniéndose de ellas; debo, pues, usar o abstenerme de ellas según que me puedan conducir al fin o apartar de él: de las que me son necesarias para este intento, debo servirme; las que a esto se opongan, debo detestarlas. Luego, no es mi gusto natural, o mi placer, el que debe determinarme a usar o abstenerme de ellas, sino la proporción que tienen con el fin. De las criaturas podré usar en todas mis necesidades, para mi utilidad y hasta para mis honestos recreos y placer, siempre que me conduzcan a Dios; si por el contrario me apartan de él, debo en tal caso renunciar al mundo entero y a todos sus bienes, antes que al último fin, en el cual se halla la única y verdadera felicidad. Jesucristo dice: «Si tu ojo derecho te escandaliza, arráncalo y échalo lejos de ti... Si tu mano diestra te es ocasión de pecado, córtatela y échala lejos.» (Mat. 5, 29).

Finalmente si todas las criaturas son medios para llegar al fin, no debo perder la paz y tranquilidad de espíritu en el uso de ellas. El fin es el que debo desear conseguir siempre por medio de ellas, y el fin poner mi paz y mi descanso. No pocas veces sucede que una ansiedad natural por las cosas del propio oficio, por las ocupaciones exteriores, inquieta y perturba nuestro corazón, nos distrae en los ejercicios de piedad en la meditación, en la comunión, en nuestras devociones.

Busquemos en todas nuestras acciones a Dio que ha de ser siempre su fin, y muy fácil nos será reprimir toda congoja y solicitud natural, todo natural movimiento o turbación que se oculte bajo la apariencia de celo.

En cuanto a nuestras relaciones en particular con las otras personas, tres son las maneras de tratar y portarnos con los demás. En primer lugar, siempre que hayamos de tratar algún asunto con el prójimo debemos obrar con verdad, lealtad y fidelidad a nuestro deber. Segundo, en las personas con quienes el Señor nos pone en relación de simple amistad, debemos buscar moderadamente cierta honesta recreación, cierto descanso de espíritu, sin querer o tratar negocios de importancia, o poner en tales personas nuestra confianza. Con las personas con quienes el Señor nos une de un modo especial con su gracia, y tales personas raras veces se hallan, debemos tratar con toda sencillez y corazón abierto, no buscando nunca las criaturas, sino siempre a Dios y su gloria; porque buscando en todo la gloria de Dios, hallaremos la paz y el consuelo del corazón.

Busca, si puedes, un día, una hora, un momento en que Dios suspenda sus favores y retire sus gracias; y entonces interrumpe tú también y suspende el servicio de tu Dios que te crió, te conserva y continuamente te ayuda.

Señor mío, si tuviese que vivir siglos eternos, si tuviese fuerzas infinitas y corazón capaz de amar infinitamente, todo debería emplearlo en amarte y servirte, para corresponder a tantas gracias de Ti recibidas. Tengo una vida breve, entendimiento limitado y un corazón estrecho... ¿y de esto poco, querré quitarte algo a Ti que eres mi Dios? No, no quiero hacerte esta injusticia. Tú, Tú eres mi único Dios y mi único Señor. Así, pues, a Ti solo serviré, a Ti solo amaré; desde ahora empezaré para continuarlo eternamente, como lo espero con tu gracia. Así sea.

Conclusión del principio y fundamento

Del fin del hombre y de las criaturas, San Ignacio deduce sucesivamente tres conclusiones prácticas que son de gran importancia, y al mismo tiempo de gran sencillez y perfección. De donde se sigue que en el Fundamento, no solo hallamos el principio y la base de una vida naturalmente recta y

cristiana, sino también una vida perfecta. Estas tres conclusiones formarán los tres puntos de esta consideración.

PUNTO PRIMERO.- Sentado ya el fin del hombre y el de las criaturas, dice San Ignacio: De donde se sigue, que el hombre tanto ha de usar de ellas, cuanto le ayudan para su fin; y tanto debe quitarse de ellas, cuanto para ello le impiden. –Tanto cuanto.- Considérese, en primer lugar, que San Ignacio sólo habla de usar, o del uso de las criaturas, no de gozar de ellas, no habla del placer. Las criaturas respecto del hombre son medios, y el medio no nos mueve a obrar sino a causa de su utilidad con respecto al fin. No es pues el medio, propiamente hablando el que nos hace obrar, sino el fin que queremos conseguir. El fin es la medida y regla del uso que debemos hacer de los medios; por consiguiente, no se debe usar de los medios, sin tanto cuanto nos son conducentes al fin ni más ni menos. Un viajero no pregunta cuál es el camino más placentero sino él más seguro para llegar a su patria; un piloto no desea el viento más apacible, sino él más favorable para su navegación, y para arribar al deseado puerto; un enfermo, si tiene juicio, no busca la medicina mas dulce, o más suave, sino la más saludable y eficaz para recobrar la salud.

Hay una criatura que, por decirlo así, es inseparable de nosotros mismos, y comprende todas las demás: es el tiempo. ¿Cómo lo empleamos? No sabemos cuánto tiempo nos queda. Nunca conoceremos todo el valor del tiempo hasta que nos encontremos en la eternidad. Examinémoslo un momento.

PUNTO SEGUNDO.- De esta primera conclusión deduce San Ignacio otra segunda: Por lo cual dice, es menester hacernos indiferentes a todas cosas criadas, en todo lo que es concedido a la libertad de nuestro libre albedrío, y no le está prohibido: en tal manera, que no queramos de nuestra parte más salud que enfermedad, pobreza que riqueza, honor que deshonor, vida larga que corta, y por consiguiente en todo lo demás; solamente deseando y eligiendo lo que más nos conduce para el fin que somos criados.

Examinemos todas las partes de esta admirable doctrina, que es bien fecunda y llena de sabiduría. Es necesario hacernos indiferentes. No estamos naturalmente indiferentes, puesto que la naturaleza nos inclina a lo que gusta y es conforme a nuestras pasiones: debemos, pues hacernos indiferentes, debemos trabajar mucho a este intento; tratase de obrar contra nuestra propia naturaleza.

Indiferentes.-esta indiferencia no es la apatía o la falta de sensibilidad; es una indiferencia de voluntad deliberada, y determinada a obrar únicamente para el fin. Podemos estar indiferentes con toda la repugnancia y con toda la rebelión de nuestra naturaleza.

Es necesario hacernos indiferentes.- Si todas las criaturas son medios, no hay razón para inclinarse más a una que a otra. Además, todas las criaturas en sí mismas son indiferentes; pueden ayudarme y pueden impedirme la consecución del fin. Sí, esta indiferencia debe extenderse a todo, indiferentes a todas las cosas criadas. Los talentos y los dones de naturaleza distribuidos con más o menos igualdad; también los dones sobrenaturales, las consolaciones o desolaciones interiores; la posición que uno ocupa en el mundo, el empleo, la habitación, las personas con quienes estamos obligados a vivir, sus condiciones, su conducta, finalmente todos los acontecimientos prósperos o adversos; y no solamente lo que nos toca personalmente, mas aun lo que se refiere a nuestros parientes, a su fortuna, a su propia vida; y por último a todos los negocios privados y públicos: y todo esto es del dominio de la indiferencia.

Esta indiferencia es, pues, muy necesaria; si es para mí necesario alcanzar el fin, me es también necesario emplear los medios. Pero San Ignacio pone una restricción a esta indiferencia: en todo lo que es concedido a nuestro libre albedrío y no le está prohibido. Esta excepción es justísima. Si bien todas las

criaturas son indiferentes en general, y en sí mismas, sin embargo, relativamente a nosotros y en los casos particulares, hay muchas que deben evitarse con todas las fuerzas del alma; así como hay otras muchas que la Ley divina, nuestro estado, la justicia y la caridad nos obligan a conservar y abrazar. Estas son, relativamente a nosotros, bienes; aquéllas, males: y no nos es permitido estar indiferentes al bien y al mal. Yo podría igualmente servir a Dios en tal oficio, o en el otro; las circunstancias me destinan más bien a un oficio humilde, donde permaneceré oculto y desconocido, que a otro donde podría mostrar mis talentos: entonces para mí no es posible la indiferencia en la elección. La voluntad de Dios es clara y manifiesta, siéndome declarada y comunicada por la voluntad de mis superiores: no queda sino obedecer. Debemos, pues, hacernos indiferentes en todo, excepto lo que nos conduce a nuestro fin, o de él nos aparta.

Esta indiferencia así limitada, debe ser tal, que no queramos, dice San Ignacio, más salud que enfermedad, y así de las demás cosas. Es ésta una disposición de espíritu en que hemos de hallarnos y mucho menos un gusto sensible de esta indiferencia del alma; si no una libre determinación de nuestra voluntad, fruto de una íntima persuasión y convicción de nuestro entendimiento. Y en efecto, para muchos una vida llena de enfermedades ha sido causa de gran santidad: una vida corta ha asegurado a muchos la eterna bienaventuranza. A otros, al contrario, una vida larga y llena de salud ha sido ocasión de trabajar mucho por la gloria de Dios, y de acrecentar sus méritos para la vida eterna. Las riquezas y los honores para algunos han sido materia de obras buenas y de mérito, y les han servido para glorificar al Señor; para otros muchos han sido ocasión de pecados y de su condenación. No sabiendo lo que nos conviene, debemos por lo tanto hacernos indiferentes, ya sea para estas cosas, ya sea relativamente a todas las demás criaturas, y por consiguiente a todo lo demás, que no estuviere de algún modo comprendido en las cuatro cabezas que hemos brevemente recorrido, según San Ignacio. Dejémonos gobernar por la divina Providencia, y sigamos el camino en que nos ha puesto, persuadidos que en él podremos realmente alabar, hacer reverencia y servir a Dios, y de esta manera salvar nuestra alma.

PUNTO TERCERO.- Para lograr la indiferencia de que hemos hablado, he aquí el medio que propone el Santo. Solamente deseando y eligiendo lo que más nos conduce para el fin que somos criados. No basta desear y parar en simples deseos; se debe poner mano a la obra, y elegir. Es cierto que no podemos siempre elegir eficazmente, porque muchas veces no depende de nosotros; pero podemos siempre desear y ponernos en esta disposición de ánimo de querer, y querer solamente, a pesar de cualquiera repugnancia y de cualquier sacrificio que se haya de hacer, lo que nos conduce con más seguridad y mas presto a nuestro fin.

Este medio, que nos da San Ignacio, es muy lógico. Considerando que nuestra naturaleza, nos inclina al mal antes que al bien, a lo que agrada antes que a lo que nos es útil para nuestra salvación, por cierto el mejor medio para conseguir eficazmente la indiferencia de que se ha hablado, es desear y elegir únicamente lo que más nos conduce al fin para el cual fuimos criados. Esta voluntad libremente determinada hacia el bien, hacia el mayor bien del alma, haciendo oposición y contraste con esta inclinación natural que tenemos al mal, nos pondrá en equilibrio respecto de las criaturas.

Este medio, además, considerado en sí mismo, es también una conclusión evidente del fin del hombre y de las criaturas. Si alcanzar la bienaventuranza y la felicidad eterna es para mí el negocio más importante en el mundo, sin duda, como todo negocio importante, la prudencia exige elegir únicamente los medios más seguros para conseguir el fin. Y si las criaturas deben ayudarnos a la consecución del fin, para el cual Dios nos ha criado, las criaturas que más seguramente nos conducen a este fin, son las que mejor nos ayudan y merecen nuestra preferencia. No todas las cosas, dice el P. La Palma, nos ayudan ni pueden ayudarnos, aunque queramos, para alcanzar otros fines particulares: el camino del cielo está

siempre abierto y libre; el camino para otros particulares intentos esta muchas veces cerrado e impedido, sin poder dar en él un solo paso. Nos todas las cosas nos ayudan para aumentar las riquezas, antes a menudo se pierden, siendo inútiles los medios que tomamos para conservarlas. No todas las cosas son a propósito para alcanzar honra y gloria, antes en muchas ocasiones se pierde, sin que toda nuestra diligencia sea suficiente para conservar la honra y gloria que teníamos. No todas las cosas nos ayudan a conservar la salud, y muchas veces se pierde, siendo impotentes los médicos y los remedios para recobrarla. ¿Y qué diremos de la muerte? Ella se nos entra en casa con violencia, y no hay fuerza humana que pueda ponerle victoriosa resistencia, escapándosenos la vida sin poderla de ningún modo detener más tiempo. Mas, al contrario, todas las cosas nos ayudan a conseguir nuestro último fin, así la pobreza como las riquezas, tanto la deshonra como la honra, la enfermedad como la salud, y la muerte como la vida. Ninguna cosa puede suceder que no venga bien para honrar y glorificar a Dios Nuestro Señor y para alcanzar con ellas la vida eterna. Antes las cosas adversas nos ayudan más, si no queremos ayudar de ellas para nuestro desengaño, para nuestro mérito, para la mortificación de nuestras pasiones, para el desprecio de los bienes presentes y para esperar y desear los venideros y para hacer a Dios Nuestro Señor mayor honra y reverencia, sujetándonos a su disposición y voluntad en lo que es contrario a la nuestra. Pues ¿quién no admirará la Sabiduría y Providencia de Dios nuestro Criador, que con tanta variedad de casos, como suceden en esta vida, nunca está el hombre impedido, sino siempre libre y desembarazado para conseguir su último fin; y que habiendo cosas que le impiden para los fines falaces y aparentes, todas le ayudan para los bienes verdaderos? ¿Quién es tan loco que, olvidado del fin para que Dios le crió, se abate al amor de las criaturas, las cuales, ni las puede alcanzar cuando las procura, ni cuando las alcanza puede hallar su paz y hartura en ellas?".

Las criaturas son indiferentes, y son como dos caminos paralelos que igualmente me conducen al Criador. A mí me toca determinar cuál de ellos he de tomar. Un artífice que tiene en su taller tenazas, martillos, limas, sierras, está siempre indiferente para tomar de estas herramientas las que sirvan para su obra. ¿Hay alguno que por amor de la lima emplee ésta cuando le conviene la sierra? ¿Cómo, pues, si deseamos nuestra felicidad y bienaventuranza, podemos determinarnos a lo que nos hará eternamente desgraciados y miserables?

EN QUÉ CONSISTE LA FELICIDAD

La felicidad consiste en amar y ser amado

Permitidme primero que os diga en qué no consiste la felicidad. Recuerdo haber leído que el multimillonario Rockefeller, ya viejo, al dar gran parte de su fortuna al gobierno para fines filantrópicos, dijo a un periodista que nunca había sido feliz. Todo el mundo sabe que la prosperidad material no necesariamente significa felicidad, pero en la práctica los hombres parece que no lo recuerden.

La felicidad no consiste ni en el placer, ni en la vida cómoda ni en la ausencia del dolor. Circunstancias extrínsecas como la riqueza, y especialmente la seguridad material, pueden contribuir en gran manera a la felicidad propia, pero la felicidad no está fuera de nosotros, no está en las cosas materiales, sino dentro de nosotros. Consiste sobre todo en nuestra reacción interior a las circunstancias en las que nos encontramos.

Jesús no vio contradicción alguna entre sufrimiento en esta vida y felicidad. El dijo: "Bienaventurados los que lloran..." (Mateo), y en la novena Bienaventuranza El dice: "Bienaventurados seréis cuando os injurien, os persigan y digan con mentira toda clase de mal contra vosotros por mi causa. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en los Cielos" (Mt. 5, 11).

San Lucas en su transcripción del Sermón de la Montaña, emplea palabras similares: "Dichosos los que ahora lloráis, porque reiréis" (S. Lc. 6,21). La experiencia humana también confirma que sufrimiento y felicidad no son necesariamente incompatibles ni se excluyen entre sí. He oído la historia de seis hermanas. La más joven enfermó de polio y quedó parcialmente tullida. La gente decía refiriéndose a ella: "Pobrecita, tan joven y bella y ahora constreñida a una silla de ruedas". Las otras hermanas contrajeron magníficos matrimonios y criaron espléndidas familias. En cierta ocasión, cuando ya habían alcanzado todas ellas los cincuenta o sesenta años, tuvieron la suerte de poder pasar juntas unos días de vacaciones. Charlaron largamente y comparando sus vidas se dieron cuenta de que "la pobrecita, la tullida", había sido la más feliz de todas.

¿En qué consiste, pues, la felicidad?

Amar y ser amado (por algunos, por lo menos) nos hace felices. No estamos hablando de un amor egoísta y calculador, sino del amor que hace aiosamente llevaderas las molestias y sufrimientos, con desenvoltura y espontaneidad e incluso a veces con alegría.

En este amor no hay sombra de queja o lamentación, aunque puede existir una franca manifestación de los sentimientos experimentados. Y si a alguno se le dan las gracias por su amor o ayuda, éste puede decir con sinceridad "fue un placer".

Esta clase de amor será seguramente aceptado por los demás, al menos después de cierto tiempo y motivará una respuesta de estimación y amor. Y de esta suerte, amando y siendo amado, se obtendrá normalmente la felicidad. Lo que es cierto en las relaciones humanas, es todavía más cierto en nuestras relaciones de amor con Dios. En ellas Dios es el primero en amar. Si yo estoy convencido del amor personal de Dios por mí (y todavía mejor, si yo he experimentado este amor), yo seré feliz, tal vez excesivamente feliz y esta convicción es el principal manantial de felicidad interior.

En el próximo capítulo hablaremos de cómo llegar a convencernos del amor que Dios tiene a cada uno de nosotros y cómo amarle a El en correspondencia.

El sufrimiento puede ser hermoso

El amor es la cosa, mejor dicho, la emoción más bella que existe. Pero, como hemos dicho antes, el amor en este mundo, incluso el amor verdadero, con frecuencia lleva una carga de sufrimiento. Pero incluso así, puede ser todavía un manantial de felicidad.

Ello nos lleva a exponer la paradoja de que lo más hermoso, mejor dicho la experiencia más hermosa de este mundo, puede ser el sufrimiento, sufrimiento llevado, naturalmente, con amor. Para los cristianos, la Cruz, la aterradora Cruz, es hermosa porque es el signo y la prueba del amor que Dios nos tiene. Como acabamos de decir, la cosa más hermosa es el amor.

Pero en este valle de lágrimas el verdadero amor sólo puede ser puesto en evidencia por la disposición a sufrir por los seres amados. En las relaciones humanas el signo inequívoco del amor y la mejor prueba de amor es el sufrimiento llevado con amor. Así, podemos decir que en este mundo el sufrimiento puede ser hermoso en tanto que es una prueba genuina de amor. El sufrimiento, culminando en la muerte, es la mayor prueba de amor. "Un hombre no puede dar mayor prueba de amor que entregar su vida por sus amigos", dice Jesús.

A pesar del terror y la agonía, el martirio y la muerte de los héroes es hermoso porque, con su muerte, ellos proclaman la ley del amor en medio del odio y la violencia que prevalecen en el mundo. Podemos recordar al Padre Maximiliano Kolbe, proclamado Santo por Juan Pablo II. Fue una horrible muerte lenta de sed, hambre y frío, en las celdas de "la muerte por hambre". El se había ofrecido

voluntariamente para morir en lugar de otro prisionero condenado que tenía mujer e hijos. ¿No es ello hermoso?

Leyendo relatos históricos y novelas, o viendo películas, en escenas de gran sufrimiento soportado por amor, decimos, tal vez con lágrimas de emoción en los ojos: ¡Qué hermoso! Hay algo peculiar en el mundo actual: en él hay dolor encadenado con el amor.

En el Cielo sólo hay amor sin sufrimiento alguno. En el Infierno sólo hay sufrimiento y no hay amor. En este mundo el sufrimiento puede ser hermozeado por el amor y por lo tanto puede llegar a ser una causa de felicidad.

El ejemplo del amor conyugal

Ama a los otros y hazles felices. Haciéndoles felices tú también serás feliz. Esto se puede aplicar a todas las circunstancias y personas pero más particularmente en la más íntima forma del amor humano. El amor en la vida matrimonial.

Podemos habernos reído con las bromas sobre los matrimonios: "Primero fue una sortija de compromiso, después siguió un anillo de boda... y algún tiempo después fue el sufrimiento". Puede que sea así en muchos matrimonios, pero en las familias felices, en las que existe el verdadero amor mutuo, el sufrimiento, ocasional y aun prolongado que puede presentarse, probablemente provocará un mayor amor y una unión más íntima y como consecuencia una mejor suerte de felicidad.

Hace pocos días, el Magistrado del distrito y su ayudante acamparon en Talasari y visitaron por algún motivo las instalaciones de nuestra Misión. Fueron con talante amistoso y deseosos de conversar. En el pasillo vieron una fotografía en color de gran tamaño que despertó su curiosidad. Era un grupo fotográfico de 25 parejas que habían asistido a un corto curso prematrimonial seguido por un retiro de tres días que yo dirigí.

El Magistrado preguntó: "¿Qué les ha dicho Ud. durante todos estos días?". Yo, bromeando, contesté que les había dicho: "Muchachas, vais a casaros. Magnífico. Ahora bien, si queréis ser felices vosotras sólo tenéis un camino: haced felices a vuestros maridos. Yo os aseguro a todas que si vuestro marido es verdaderamente feliz, vosotras también seréis felices". Y después dije a los novios: "Muchachos, haced felices a vuestras mujeres con amor generoso y atento. De ahora en adelante, solamente si vuestras mujeres son felices vosotros podréis ser felices".

Aquella misma noche me llegó noticia de que el Magistrado y su compañero, hablando de su visita a la Misión, habían estado diciendo que un anciano sacerdote les había explicado cosas maravillosas sobre la vida matrimonial. Y yo sólo les dije lo que he referido. Su laudatoria sorpresa puede ser consecuencia de la frecuente ausencia de la busca de la felicidad en la vida matrimonial. Con frecuencia cada uno de los cónyuges trata de "domesticar" al otro (he oído alguna vez esta expresión), o, cuanto menos, que se adapte a sus deseos egoístas en lugar de intentar hacerle feliz.

Una actitud psicológicamente útil

Un formal deseo de amar a los demás, incluyendo tal vez el deseo de amar a alguien más íntimamente, puede traer a nuestra mente sentimientos de satisfacción y felicidad. El deseo consciente de amar a todos los que nos rodean es un don de Dios por cuya obtención debemos rogar con frecuencia.

Había empezado a escribir este capítulo cuando un muchacho de nuestra residencia, un aborigen alto, de unos quince años, llegó a mi habitación para pedirme consejo. Generalmente, yo termino las entrevistas de este tipo con una pequeña plegaria por el visitante.

En este caso particular, antes de empezar mi oración, le pedí al muchacho que reflexionase un poco y me dijese por qué le gustaría que yo rezase. Le dije: "¿Qué es lo que más deseas?". Después de unos momentos de reflexión me contestó el muchacho: "Lo que más ansío es tener paz espiritual y saber cómo amar a todo el mundo". Sabias palabras. Ellas expresan la actitud que todos debiéramos tener. Y las últimas palabras, "el saber cómo amar a todo el mundo", pueden darnos un programa de vida.

El segundo componente del aforismo "La felicidad consiste en amar y ser amado", necesita unas palabras de advertencia. El deseo de ser estimado y de amar a los demás es sano psicológicamente, pero no se debe ir buscando la estima y el amor por un camino equivocado. Un deseo sano de ser amado por los demás tiene que ser en cierta manera desprendido. Una excesiva preocupación por obtener el aprecio de los demás puede frustrar el propósito.

Especialmente no debemos tratar de manipular o seducir por decirlo así, a los demás para que nos aprecien y quieran. Si uno trata de comprar la estima y el amor de los demás no obtendrá de ellos verdadero amor y tampoco la felicidad.

Nosotros no podemos obtener siempre una correspondencia como quisiéramos a nuestro amor, pero amando verdaderamente a los demás el saber que nuestro amor es, en cierto modo, reconocido, puede resultar sumamente gratificante. Muchos padres tienen la experiencia de esta suerte de amor y reconocimiento de sus hijos. Lo importante, pues, es que nosotros amemos verdaderamente a los demás, con amor generoso y de entrega, y que no nos preocupemos demasiado en conseguir pruebas palpables de correspondencia a nuestro amor.

Los padres, especialmente, harán bien en tener presente esto cuando aguarden el aprecio y amor de sus hijos adultos. También los consortes deben tenerlo presente respecto a sus cónyuges y los amigos con sus amistades.

Años atrás le pregunté a un joven, ya cercano a los treinta, por qué no se había casado. Con voz triste me contestó: "porque no he encontrado la muchacha que me haría feliz". Yo le repliqué: "y temo que no la encontraras nunca. Más bien deberías buscar la muchacha a la que tú pudieras hacer feliz". No me sorprendería que nunca encontrase la muchacha que desea. Y probablemente sea mejor así, porque es un egoísta.

También conozco a un hombre viejo y muy rico que aparentemente tampoco ha encontrado "la muchacha que le haría feliz". A su avanzada edad todavía espera que se casará algún día. Una vez me dijo que le gustaría casarse con una enfermera, porque así podría cuidarle bien. Y añadió, susurrando confidencialmente, que en su testamento había dispuesto que, caso de casarse, su viuda percibiese un legado de un millón (de la moneda del país) por cada año de su vida matrimonial con ella.

¡Es conveniente que no se case nunca! No podéis conseguir por soborno el pasaje hacia el amor y la felicidad.

EL ORIGEN DE NUESTRA FELICIDAD

EL AMOR PERSONAL DE DIOS

El amor personal de Dios -presentación-

Por reflexión y razonamiento podemos llegar a entender que Dios, el Creador, es el Señor y Dueño del universo, pero no el que El es nuestro amante Padre. De no ser porque nos ha sido revelado, nosotros nunca habríamos llegado a saber que Dios nos ama con un amor personal y que cuida individualmente de cada uno de nosotros.

El amor de Dios por cada uno de nosotros es una noticia maravillosa. En una ocasión, estaba dirigiendo un retiro de cuatro días para muchachas aborígenes, la mayoría trabajadoras no cualificadas (peones), de una granja gubernamental, las cuales, si bien habían tenido muy poca o ninguna instrucción escolar, en cambio estaban bien instruidas en cuestiones religiosas. En el último día del retiro me entrevisté individualmente con todas ellas por segunda vez. Le pregunté a cada una cuál fue para ella el mejor logro del retiro. Muchas me dijeron que su mejor experiencia había sido las palabras de Dios en las Escrituras: "Tú eres precioso para mí, eres estimado y yo te amo". Todo este pasaje de Isaías (43, 1-5) es una emocionante revelación del amor de Dios por nosotros. Las palabras fueron dirigidas originalmente al pueblo de Israel, pero los comentaristas de las Escrituras nos dicen que se aplican exactamente igual a cada persona.

"...Así dice el Señor que te creó, Jacob, el que te formó Israel: `No temas que te he redimido, te he llamado por tu nombre, tú eres mío. Cuando cruces las aguas, yo estaré contigo, la corriente no te anegará. Cuando pases por el fuego, no te quemaras, la llama no te abasará. Porque yo, el Señor, soy tu Dios... porque eres de gran precio a mis ojos, eres valioso y te amo... no temas que contigo estoy yo...".

Consoladoras palabras, pero uno puede preguntarse: "¿Cómo puedo estar seguro que las palabras anteriores se refieren realmente a mí? Están en la Biblia ciertamente pero no me han sido dirigidas directamente a mí". Las palabras de las Escrituras son para todos y para cada uno de nosotros y en este caso vienen confirmadas por los hechos, si los consideramos atentamente.

Según un viejo proverbio "...el amor debe manifestarse por obras más que por palabras". Ciertamente, nosotros, podemos ver o experimentar las pruebas del amor de Dios. Tal vez habréis también oído decir que el amor consiste en compartir el goce de los bienes. Ciertamente de nuevo, pues nosotros podemos ver o experimentar muchas cosas buenas que Dios comparte con nosotros: Existencia, Vida, Facultad de pensar, etc., etc.

Todo ello nos dice que Dios nos ama.

Reconocimiento de los dones de Dios

Puede resultar un ejercicio muy estimulante el hacer una lista de los muchos dones que Dios nos ha concedido. Dones de orden natural y de orden sobrenatural. Debemos aprender a saber apreciar las bendiciones de Dios, como se dice comúnmente. Algunas personas nunca son felices con lo que Dios les ha dado. Esta puede ser la más ilógica actitud mental.

Se cuenta de una campesina que nunca quedaba satisfecha con sus cosechas. Sus vecinos solían burlarse de ella por eso. En cierta ocasión, uno de ellos le dijo: "Ahora sí que debes estar contenta pues has cosechado tantas manzanas y todas ellas tan bellas y sabrosas...". "Sí, es cierto - refunfuñó ella -, muchas manzanas magníficas y ninguna está estropeada, pero, ¿qué les daré a mis cerdos?"

Dios nos ha dado muchas cosas buenas, pero El no nos lo ha dado todo. Incluso sus dones son necesariamente limitados porque sólo Dios es infinito. Recuerdo haber leído en el libro La Psicología del carácter de Rudolf Allers, que para conseguir la paz mental y la serenidad, nosotros debemos aceptar plenamente el hecho de que somos seres creados y por lo tanto esencialmente limitados en los talentos y dones que hemos recibido.

Dios nos ha dado la vida. ¡Es bueno estar vivo! Cuando tú todavía no existías ya estabas en la mente de Dios. El vio tu imagen y a El le gustaste. El te amó, es decir amó a "aquello" que serías tú, y El te dio tu nombre. Y cuando El te llamó por tu nombre, tú empezaste a vivir. Con gratitud y alegría puedes dar gracias a Dios siendo lo que El, en su amor, escogió para ti.

Nosotros, los seres humanos, tenemos una especial participación en los atributos de Dios, incluso en el orden natural. Es por nuestra inteligencia y libertad que las Escrituras dicen que nosotros fuimos "hechos por Dios a su propia imagen y semejanza" (Gn. 1,26). Y junto con nuestra figura humana Dios nos dio nuestro cerebro, que es como una precisa computadora que nos hace capaces de recordar, reflexionar y pensar. Dios nos dio nuestros sentidos, que son instrumentos maravillosos, para adquirir conocimientos y para comunicarnos con el mundo que nos rodea. Nuestros ojos son como bellas cámaras de cine en color, con dispositivo de enfoque automático. Nuestras manos son instrumentos extremadamente precisos, con los que podemos crear arte y música.

En las clases de catecismo para niños pequeños podemos poner en evidencia de forma muy efectiva cuán generosos son los dones personales que Dios nos ha concedido. El catequista puede preguntar a los niños: ¿No quedaríais muy agradecidos y también querríais a quien os regalase 10.000 o mejor todavía 50.000 rupias? La pregunta sería contestada por un coreado y alegre "Sí". El catequista prosigue. "Bien, no hay nadie que os dé tanto dinero, pero ahora decidme: ¿Si alguien os dijese que os daría las 10.000 rupias si le vendíais uno de vuestros ojos o 50.000 rupias, si le vendíais los dos ojos, aceptaríais la oferta? Ahora hay un firme y cauteloso "No" de todos los niños. Y el catequista comenta: "Tenéis razón. Vuestros ojos son mucho más valiosos que 10.000 y aun 50.000 rupias. Recordad ahora que Dios os ha regalado vuestros dos ojos porque El os ama.

Y el mismo Padre nos ha dado con amor todas las cosas hermosas de este mundo que nosotros podemos contemplar con nuestros ojos: el firmamento, con sus alegres coloreadas formaciones nubosas durante el día, especialmente al amanecer y en el ocaso, y en la noche deleitándonos con sus preciosas estrellas centelleantes, el sol durante el día que nos da luz y calor, los enormes océanos, las encumbradas montañas, las colinas y los bosques con sus bellos pájaros, los ríos majestuosos, los rumorosos arroyos, etc., etc.

Se puede objetar que estos dones de Dios son para todos y no dados personalmente a mí y que por lo tanto podemos no considerarlos como muestras del amor personal de Dios para cada uno de nosotros. En cierto sentido es verdad, pero también es cierto que nosotros podemos aceptarlos como dones personales porque en el momento de crear Dios todas estas bellas cosas, El me tenía a mí, y a cada uno de nosotros, en su mente, y nos las dedicó a todos.

Aquí puede ilustrar otro ejemplo: un filántropo donó una gran suma para construir un hospital y equiparlo perfectamente para que pudiese prestar los mejores servicios médicos posibles a todos y de forma gratuita. Debemos alabar a este hombre por su generosa donación y aprovechar, cuando enfermemos, los servicios gratuitos de este hospital, pero no estamos obligados a sentir gratitud personal hacia él, porque, cuando él construyó el hospital, nunca pensó en nosotros en particular.

Cuando Dios creó las buenas cosas de este mundo, El nos tuvo presentes, a mí y a cada uno de nosotros, en su mente destinándolas a cada uno de nosotros. La antigua liturgia acostumbra a aplicar a la madre de Jesús las palabras del libro de los Proverbios (8,27-30): Cuando colocaba el cielo, allí estaba yo; cuando trazaba la bóveda sobre la faz del océano, cuando sujetaba las nubes en las alturas y fijaba las fuentes abismales. Cuando ponía un límite al mar y las aguas no traspasan su mandato, cuando asentaba los cimientos de la tierra, yo estaba junto a El, yo era su encanto cotidiano. Cuando Dios estaba creando el universo, María, la madre del futuro Salvador, estaba allí, por decirlo así, en su mente. De manera similar nosotros podemos decir que estábamos en la mente del Creador.

Dones personales de Dios a cada uno

"Bendice, alma mía, al Señor y todo mi interior a su santo nombre. Bendice, alma mía, al Señor y no olvides sus beneficios."(Sal. 103,1-2)

Si en un sereno momento de silencio, uno rememora la historia de su propia vida y deliberadamente se detiene sobre las buenas cosas, grandes y pequeñas, que ocasionalmente han iluminado algunos momentos de su existencia, puede quedar abrumado por sentimientos de alegría y de gratitud. Uno puede recordarlos con un estado de ánimo optimista. Es más fácil y mucho más agradable recordar los momentos felices de nuestra vida que los desgraciados.

Podemos recordar las muchas cosas buenas que hemos recibido de Dios a través de nuestros padres, hermanos y otros parientes y amigos. Podemos recordar pequeñas, o grandes, muestras de amor y de agradecimiento a veces inesperados. Probablemente hubo días muy felices en la niñez de todos, tal vez alguno recuerde en particular un cumpleaños feliz, tal vez aquí y allí, tuvimos éxitos en la escuela, quizá podamos recordar agradables aventuras de nuestra juventud y así sucesivamente...

Casi todos podríamos escribir una sencilla pero encantadora historia de nuestra niñez y juventud. La historia de cada uno sería diferente de las otras, pero todas serían interesantes y aparecerían tachonadas de dones de Dios.

Un buen consejo para todos los que se sientan inútiles y desanimados: que escriban una relación de todas las cosas, por pequeñas que sean, que les hayan salido bien o que les hayan procurado reconocimiento o amor. ¡Este trozo de papel con su larga lista puede resultar precioso! Y un remedio efectivo en momentos de depresión. Todos los dones que hemos recibido, tanto los dones que han sido dados a todos como los dones personales que hemos recibido individualmente, tendrían poco valor, en cierto modo, si no estuvieran acrecentados por los dones de la gracia; dones de orden sobrenatural acerca de los cuales hablaremos en el próximo capítulo.

LOS DONES DE DIOS

Dones ofrecidos a todos

"Una vez, en el pozo de Jacob, Jesús pidió a una mujer samaritana que le diese agua para beber. Ella de momento rehusó dársela, a causa del antagonismo existente entre judíos y samaritanos.

Jesús le respondió: "Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice: Dame de beber, tú le habrías pedido a él y él te habría dado agua viva." (Jn. 4,10).

Si nosotros supiéramos podríamos ir a la gran fuente de felicidad verdadera.

El "don de Dios" que Jesús ofrece a todos es lo que nosotros llamamos la divina gracia o gracia santificante. Es la vida divina dentro de nosotros. Jesús le llama "agua viviente" o "agua que da vida" porque es el principio de la vida eterna en el Cielo.

Gracias a esta vida divina nos volvemos participantes de la naturaleza divina, como nos dice san Pedro (2.a carta, 1,4): "... nos han sido concedidas las preciosas y sublimes promesas para que por ellas os hicierais partícipes de la naturaleza divina...". Gracias a este don de la vida divina nos convertimos en hijos de Dios. San Juan dice: "Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos!" (1 Jn. 3,1).

Nos convertimos en hijos de Dios no en el pleno sentido en el que Jesús es el Hijo del Padre, sino en un sentido analógico y, sin embargo, verdadero. Y siendo hijos de Dios tenemos derecho a estar

con Dios, el derecho a ir al Cielo, la casa, por así decir, del Padre. Si caminando por los campos entablamos conversación con algún muchacho del lugar le preguntamos: "¿dónde está tu casa?", él tal vez señale una casa y diga: "ésta es mi casa."

En realidad él indica la casa de su padre y tiene razón, porque la casa de su padre es verdaderamente su casa. El tiene derecho a morar en ella. El don de nuestra existencia y vida es muy precioso. Pero sería comparativamente de poco valor, si no fuese seguido del don de la feliz vida eterna.

"Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en El no perezca, sino que tenga vida eterna"(Jn. 3,16).

Dios Hijo se hizo hombre por cada uno de nosotros. El es nuestro Salvador. En la cruz El se ofreció a sí mismo al Padre, para expiar los pecados de todos y para ganar la gracia de la salvación, incluso para aquellos que en la vida presente nunca llegarán a conocerle.

Jesús, asimismo, dio a todos su enseñanza y el ejemplo de su vida. "Id por todo el mundo y proclamad la Buena Nueva a toda la Creación." (Mc. 16,15). La Buena Nueva es que, gracias a Jesucristo, nosotros podemos devenir hijos de Dios y alcanzar la eterna felicidad del Cielo como nuestra herencia.

Y Jesús nos dio a nosotros los cristianos, la eucaristía y los otros sacramentos como canales de la divina gracia. Refiere un cuento sobre santo Tomas de Aquino que un día se le apareció Jesús y le dijo: "Tomás, tú has escrito acertadamente sobre Mí. ¿Qué dádiva quieres de Mí?" Y Tomas de Aquino contestó: "Ninguna, excepto Tú mismo Señor."

Este es el don principal. Recibiendo a Cristo y entregándonos a El encontraremos la verdadera y perdurable felicidad. Con frecuencia los sacerdotes en su trabajo pastoral son testigos de situaciones desgraciadas de personas que en su tristeza, descorazonamiento o desespero recurren a la bebida y con ello aumentan sus problemas.

Ellos habrían procedido mejor volviéndose hacia Dios, que puede darles la luz de la esperanza, la certeza de la paz, la fuerza y la guía - para enfrentarse con la situación. Dice san Pablo: "Yo sé lo que es estar necesitado y sé también lo que es estar sobrado. He aprendido este secreto de manera que siempre y en todo lugar yo estoy contento tanto si estoy saciado como si estoy hambriento, lo mismo si tengo demasiado que si tengo poco. Yo tengo el vigor para enfrentarme con todas las circunstancias por el poder que Cristo me da" (F1p. 4,12-13).

En la misma epístola, san Pablo escribe: "Y más aún: juzgo que todo es pérdida ante la sublimidad del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por quien perdí todas las cosas y las tengo por basura para ganar a Cristo" (F1p. 3,8).

Podemos estar agradecidos por todos los dones de Dios incluso si por nuestra pereza y estupidez hemos fallado en aceptarlos tan plenamente como debiéramos.

Dones sobrenaturales personales

Los dones de la gracia ofrecidos a todos son también dones personales y pruebas del amor de Dios, como queda explicado en el capítulo anterior. Existen otros dones de orden sobrenatural que son estrictamente personales. Ellos demuestran, por así decir, un amor de predilección por parte de Dios.

Me agrada imaginar que en el Cielo será una agradable y excelente ocupación el recordar todos los dones especiales que he recibido en mi vida sobre la tierra. Fue una gran bendición, por ejemplo, el haber nacido de buenos padres. Asimismo el haber crecido en un ambiente sano protegido contra el daño espiritual.

Probablemente cuando estemos en la eternidad, nos daremos cuenta de que algunos de los acontecimientos afortunados que habíamos siempre considerado como fortuitos y felices coincidencias, fueron en realidad providenciales. Con frecuencia, nosotros vamos olvidando nuestros pecados y gracias al sacramento de la confesión estamos seguros de que Dios los ha perdonado.

Hemos recibido muchas veces el pan eucarístico gracias al cual llegamos a estar más unidos con Cristo. Y cuando recibimos la eucaristía, y en otras muchas ocasiones, Dios nos guía y nos da paz y fortaleza. Tal vez en el Cielo comprenderemos que muchos de los sufrimientos y tribulaciones que hemos pasado en la tierra, fueron ocasión de grandes beneficios espirituales concedidos por Dios.

Dios se nos ha dado a Sí mismo junto con muchos favores y bendiciones y Dios desea darse aún más a nosotros. Déjate llevar por el amor de Dios y sé feliz.

LA PERCEPCIÓN DE LA PROXIMIDAD DE DIOS, CAUSA DE FELICIDAD

Presencia de Dios en todas las cosas

Dice un viejo proverbio: "Fuera de la vista, fuera de la mente." El correspondiente aforismo español es tal vez más expresivo: "Ojos que no ven, corazón que no siente."

Para sostener el amor por alguien o para alentar una amistad, debe existir algún tipo de contacto, al menos por carta o por teléfono o contemplando ocasionalmente el retrato del otro. Por otra parte la proximidad de las cosas buenas y mejor todavía, de buena gente, es una ocasión si no un motivo de amor.

Pues bien, Dios, que es infinitamente bueno y amoroso, está muy próximo a nosotros. Es fácil y natural amarle a El en todos sus dones. Su proximidad, su presencia real con todos sus dones aumenta el valor emotivo de los mismos. Un sencillo ejemplo puede esclarecer este punto.

Si alguien que está entregado a una meritoria labor social tiene éxito y una autoridad civil, digamos para el caso el Primer Ministro, quiere recompensarle con un buen premio, el interesado estará contento. Si el premio viene acompañado por una carta manuscrita del Ministro, el premio será más apreciado y si el Primer Ministro va él mismo al lugar donde se efectúa la labor social para entregar personalmente el premio, ello le causará aún mayor satisfacción.

Dios viene personalmente con todos los dones que El nos da. El está en ellos.

Si queremos, podemos fácilmente alentar una relación mística con el mundo que nos rodea, a la manera de san Francisco de Asís y de muchos otros santos, así como de muchos otros a los que no llamamos "santos".

Puede resultar fácil porque nosotros sabemos que Dios está en todas las cosas que podemos ver o tocar. Dios está allí dándonos existencia, belleza o poder. No podemos ver a Dios, cara a cara, pero podemos ver su presencia reflejada en todas las cosas que nos rodean. No puedo mirar un espejo sin ver en él, el reflejo de una cosa u otra. Todas las cosas creadas son como pequeños espejos que reflejan la presencia de Dios de un modo u otro. "Ahora vemos en un espejo confusamente. Entonces veremos cara a cara" (1 Cor. 13,12).

Tomad una piedra, por ejemplo un trozo de bello pórfido. Dios está presente en él dándole su ser y sustancia y haciéndolo bello. O tomad una rosa de un rosal: Dios está ahí no sólo dándole existencia, color y belleza sino también vida y el poder de reproducirse. O si un pájaro hermosamente coloreado viene a posarse en un árbol cercano a ti, su graciosa belleza y su alegre canto son una delicia para tus sentidos y para tu mente. El no es Dios, pero Dios está ahí dándole su existencia, vida y belleza. Dios da

al pájaro el poder para ver, oír y cantar sus alegres notas. En la gente que encontramos podemos ver el reflejo de Dios. Si tú admiras su inteligencia y sabiduría o te sientes conmovido por su desinteresada amabilidad, tú has visto a Dios en ellos, pues has percibido el reflejo de la inteligencia, bondad y amor de Dios.

Por medio de las cosas que yo puedo ver y tocar, a través de la gente con quien me encuentro puedo entrar en contacto espiritual con Dios, el cual está físicamente ahí. Thomas Merton lo expresó bellamente así:

"Santo es el que está en contacto con Dios en todas las formas posibles, en todas las direcciones posibles. El está unido con Dios en lo más profundo de su alma y ve y contacta a Dios en todas y cada una de las personas que le rodean. Doquiera que vaya el mundo campanillea y retumba (aunque en silencio) con las intensas y puras resonancias de la gloria de Dios. Todo lo que toca es como una campanilla del sanctus que invita a la adoración."

En la antigua liturgia de la misa la campanilla del altar se tocaba en el sanctus para que los fieles congregados se arrodillasen y adorasen a Dios, quien pronto estaría presente sobre el altar. De modo similar, todas las cosas creadas me dicen que Dios, el Creador, está ahí. Por ello todas mis actividades con las cosas o con la gente devienen implícitos actos de adoración.

Dios habita en nosotros

Puede ser grato el ver a Dios presente en todas las cosas y en la gente que nos rodea, pero es todavía más gratificante el tener conciencia de que Dios está dentro de nosotros. De cualquier modo, por sólo que yo me sienta o por difíciles que sean las circunstancias en las que me encuentre, yo sé que no estoy solo, pues el Dios que sé que me ama, no está lejos de mí. El mora en mí. Las palabras del salmo son preciosas: "Estoy siempre consciente de la presencia de Dios, El está cerca de mí y nada puede hacerme vacilar" (Sal. 16,8).

Los santos, mejor dicho las personas habitualmente unidas con Dios, se caracterizan por la carencia de miedos. Ellos viven con la conciencia de la proximidad de Dios. Conozco a una anciana, hermana de la Misión, que una vez fue peligrosamente atacada por un borracho en una solitaria carretera de la selva. Ella no sufrió mucho daño, pero fue una aventura muy desagradable. Algunos años después me dijo, incidentalmente, que si ella viese otra vez acercársele un borracho, y aunque estuviese sola, sería capaz de permanecer tranquila a pesar de experimentar el miedo natural, porque Dios le había dado la sensación de la seguridad de su asistente presencia y por eso podría afrontar serenamente el lance como un encuentro providencial con un pobre demente.

La proximidad de Dios no es una mera cercanía física, presencia inmanente, que dicen los teólogos, sino que viviendo en la gracia que Dios nos da, nosotros somos templos vivientes de Dios. Poseemos a Dios y El nos posee a nosotros.

Algunas comparaciones pueden ayudarnos a entender la diferencia entre la simple presencia inmanente de Dios y la presencia sobrenatural de Dios en nuestro interior. Un pasajero puede ir materialmente colgado de un asidero en un abarrotado vagón del metro. El está materialmente apretujado por todos lados por la gente, pero no está de ningún modo en relación personal con ninguno de ellos. Allí no hay proximidad personal o espiritual a pesar del contacto físico.

Nosotros, merced a la divina gracia, estamos, personal y espiritualmente, muy próximos a Dios. También podemos imaginarnos el caso de un ladrón que consigue entrar en la cámara acorazada o de los cofres de seguridad de un banco, y es sorprendido por el vigilante que astutamente cierra la puerta y lo

encierra bajo llave dentro de la cámara. El ladrón está allí, rodeado de grandes riquezas que no podrá conseguir. Continúa siendo un pobre infeliz.

Dios está en todas partes con su presencia inmanente. Incluso está en el pecador en el momento de pecar, pero el desgraciado pecador no posee a Dios. El, de hecho, se está apartando de Dios. Uno puede tener el disfrute de muchos de los dones materiales de Dios, pero es en realidad un pobre desventurado a menos que también esté con Dios merced a la divina gracia.

Dios está en todas partes, incluso en el Infierno pero aquellos que puedan estar allí no obtienen ninguno de los beneficios o felicidad de la proximidad de Dios. Es bueno recordar que Dios puede morar en nosotros con mayor o menor intimidad. Ello dependerá de nuestro grado de aceptación de la gracia y del amor de Dios.

También, gracias a la contemplación y a la oración, podemos alentar más y más nuestra conciencia de la sobrenatural proximidad de Dios. El fortalecimiento de nuestra comunión con Dios será una fuente de alegría espiritual. Debemos encontrar, naturalmente, la paz y el reposo en El por quien fuimos creados. Podemos repetir una vez más las palabras de san Agustín: "Tú me has creado ¡OH Señor! para Ti y mi corazón no tendrá reposo hasta que descansa en Ti."

DIOS, ORIGEN DE TODA BELLEZA Y BONDAD

Belleza en las criaturas de Dios

El, que nos ama, es el origen de toda la belleza y bondad y también la fuente de toda felicidad. Amamos las cosas buenas y bellas. Deberíamos amar más bien a Dios de quien mana toda bondad y belleza. Ahora, en este mundo, no podemos ver a Dios, cara a cara, pero podemos ver su belleza y su bondad reflejada en sus criaturas. "Ahora vemos en un espejo, confusamente. Entonces (en la eternidad), le veremos cara a cara" (1 Co. 13,12).

Así, puesto que no podemos ver la belleza y la bondad de Dios en sí mismo, contemplemos su belleza y bondad reflejadas en sus criaturas. Haciéndolo así estaremos amando, consciente o inconscientemente, a Dios. Exhortándonos a ver al Creador en sus criaturas el Libro de la Sabiduría se crece en elocuencia y emoción: "Sí, todos los hombres son naturalmente estúpidos, porque habiendo conocido a Dios por las cosas visibles han sido incapaces de descubrir El-Que-Es o, estudiando sus obras, reconocer el Creador.

Sin embargo al fuego, al viento, al aire sutil, a la esfera estrellada, a las aguas impetuosas y a las lumbreras del firmamento las consideran como los Dioses que gobiernan el mundo. Si encantados por su belleza han tomado cosas por Dioses que sepan en cuanto mas les supera el Señor (ya que es el verdadero autor de la belleza que los ha creado).Y si ellos han quedado impresionados por su poder y fuerza, que deduzcan de ellos cuán mayor es el poderío del que los ha formado. Pues en la grandeza y belleza de las criaturas podemos por analogía contemplar a su Autor" (Sb. 13:1-5).

Varios salmos también nos invitan primorosamente a contemplar la gloria de Dios en la Creación. Por ejemplo: Los cielos cuentan la gloria de Dios, la obra de sus manos anuncia el firmamento; el día al día comunica el mensaje, y la noche a la noche trasmite la noticia. No es un mensaje, no palabras, ni su voz se puede oír; mas por toda la tierra se adivinan los rasgos y los giros hasta el confín del mundo (Sal. 19,1-4).

Si contemplando el firmamento por la noche reflexionarnos que allí hay innumerables estrellas y que muchas de ellas son millares de veces mayores que el sol, el cual a su vez es millares de veces mayor que la tierra, nos sentimos muy pequeños. Y, sin embargo, no debemos sentirnos abatidos ni

infelices, antes al contrario jubilosos; si el universo es tan inmenso ¡cuán grande debe ser Aquel que lo ha creado!

Y Aquel a Quien los cielos no pueden abarcar, me ama y mora en mí. Nada es demasiado pequeño para su grandeza. Si el firmamento estrellado es tan bello y tan bien ordenado ¡cuánto mas bello y sabio debe ser su Creador! La magnificencia y la emocionante belleza del universo es una prueba de su amor por mí, pues El no lo hizo para su beneficio sino para el deleite de mis ojos y de mi mente.

Es siempre grato recordar algunas experiencias de la belleza y del amor de Dios que hemos podido tener en nuestra propia vida. Yo, en mi juventud, pasé un año en un valle de los Alpes. Era delicioso contemplar las cimas de las montañas y las laderas cubiertas de nieve, que nos rodeaban. Recuerdo que al amanecer, en el período de doce minutos, aparecían una decena de colores distintos, bien diferenciados, sobre la nieve reflejando los primeros rayos del sol, pero mejor podríamos decir, reflejando la luminosa hermosura del Creador. A pesar de ser tan grande la belleza de las montañas era tan sólo un empañado reflejo del esplendor de Dios.

También es un placer para mí el reavivar mi recuerdo del majestuoso Kanchanjunga, una de las más altas montañas del Himalaya, en cuyas cercanías pasé cuatro felices años. También me agrada recordar el poderoso mar batiendo tormentoso sobre la costa india durante la época del monzón, los campos del ondulante arroz a punto para cosechar, los barrancos de Khandala, que inspiran temor con sus cascadas y espesa selva, las montañas cercanas a Bombay, las vistosas formaciones de nubes al amanecer y en el ocaso, con tanta diversidad de formas y de colores, especialmente hacia el final de la estación de las lluvias...

Si todo ello me fascinaba ¡cuánto más quedaré cautivo por Aquel-Que-Es, origen de todo este esplendor y hermosura! En momentos como éstos, de serena contemplación de emocionantes paisajes e incluso tan sólo recordándolos, uno puede llegar a sentirse saturado del goce y de la felicidad del Creador. Habrá quien se sienta deleitado más bien por la maravillosa belleza y la complejidad orgánica de los seres más pequeños. Toda la naturaleza está llena de maravillas como la complejidad e intrincada precisión de sus leyes que deleitan a los científicos.

Nosotros, gente vulgar, nos sentimos deleitados por las flores y los pájaros, por los pasmosos instintos de los perros, palomas, abejas, hormigas y muchas otras criaturas, por los millares de variedades de insectos y el maravilloso funcionamiento de sus diminutos órganos, etc., etc.

Todo ello nos manifiesta la belleza, el poder y la sabiduría del Creador.

La mente humana: reflejo de la inteligencia de Dios

En el cuerpo humano, además de las maravillas orgánicas que tenemos en común con los animales, existe el intrincado cerebro humano, una computadora maravillosa que guiado por la inteligencia humana ha producido la actual variedad de computadoras y artificios electrónicos que han hecho posible, incluso, el enviar al hombre hasta la luna y volverlo a traer a la tierra con seguridad.

La inteligencia humana es maravillosa. Por lo tanto ¡cuán totalmente maravillosa tiene que ser la inteligencia del Creador! Nosotros admiramos a los que, descubriendo las recónditas leyes que El ha escondido en la naturaleza, hacen uso de ellas para inventar el teléfono, la radio, el cinematógrafo y la televisión.

Quedamos admirados por la poderosa inteligencia de hombres como santo Tomás de Aquino y otros teólogos, y de los muchos filósofos y escritores que nos han dado los "grandes" libros del mundo. Admiramos la imaginación creativa de los grandes poetas que expresaron sus ideas y sentimientos en bellas imágenes.

Nos deleitamos asimismo con las arrebatadoras armonías de los famosos músicos compositores. Y podríamos proseguir de ese modo mencionando muchas otras cosas referentes a los maravillosos logros de la mente humana. Ciertamente que todo ello es como un opaco reflejo de la infinita inteligencia de Dios.

Virtudes morales en las criaturas de Dios

Algún día ocurre que uno queda deliciosamente asombrado por la buena voluntad y espíritu de ayuda de la gente con la que trata. Uno se pregunta maravillado: ¿Por qué tanta amabilidad y amor? La respuesta es que el amor y la gentileza que uno siente son sólo el reflejo de la bondad de Dios y pueden existir porque Dios es bueno, amante y bienhechor.

Esta idea está implícita en el comentario siguiente acerca de san Vicente de Paúl. Alguien -¿fue Bossuet?- dijo de él, "¡Cuán bueno tiene que ser Dios ya que Monsieur Vincent es tan bueno!" En algunas ocasiones, por ejemplo viajando, he tenido algunas experiencias muy agradables de la gentileza de los demás. Entonces, especialmente en un largo trayecto, he podido, pausada y devotamente, saborear la experiencia. En tales ocasiones podemos continuar encontrando y disfrutando del amor de Dios en el amor y la amabilidad de las personas que El ha creado.

Toda la bondad de los santos, la gracia atrayente de los amigos, la amante dedicación de las madres, el desprendimiento y heroísmo de los promotores sinceros de los derechos humanos, etc., etc., son sólo pequeños destellos procedentes del sol de infinita bondad que es Dios.

Cuando era niño y estaba en un cuarto oscuro me deleitaba ver penetrar un rayo de sol por una estrecha rendija del postigo de la ventana. Me gustaba contemplar las pequeñas partículas de polvo bailando en este pequeño rayo de luz. Ahora bien, este rayo era muy, pero que muy pequeño comparado con la luz del mismo sol, él existía porque el sol existe y era hermoso porque la luz del sol es hermosa.

De la misma manera, toda la belleza moral y la bondad y el amoroso cariño que encontramos en los otros, son sólo pequeños rayos de bondad comparados con la bondad de Dios y si existen personas buenas y amantes es porque Dios, el Creador de todos es la infinita bondad y amor.

A través de la vida, nosotros debemos empeñarnos en descubrir y aceptar con gratitud la amabilidad y amorosa bondad de los que nos rodean. A veces, estará escondida bajo una embarazosa timidez, tal vez incluso bajo modos rudos o agresivos. En nuestros momentos de reflexión y de oración debemos referir estas felices experiencias a Aquél-que-Es, origen de toda bondad, amor y felicidad.

CÓMO ENCONTRAR LA FELICIDAD

SÉ FELIZ HACIENDO FELICES A OTROS

El amor en la práctica

Como he dicho en un capítulo precedente, la felicidad consiste en amar y ser amado. Pero nuestro amor debe expresarse por medio de palabras, actos y también, y mucho más todavía, por una amistosa y afectuosa actitud. El amor que no es manifestado o que no es percibido por los otros, no contribuye mucho a inducir una atmósfera de felicidad.

Recíprocamente debemos aceptar de forma manifiesta el afecto de los demás, siempre que sea posible y conveniente el hacerlo. Podemos también hacer la siguiente consideración. Algunas personas buenas "aman" a otras solamente por el amor de Dios. Nos podemos preguntar si éste puede ser

verdadero amor. El amor verdadero considera a la otra persona digna de ser amada por sí misma y no necesita pensar mucho en el amor de Dios para amarla y gozar con ello.

Un pequeño pero célebre poema, cuyo autor me es desconocido, podría tal vez aplicarse perfectamente a casos como aquel al que me refiero: "Vivir en los cielos con los santos que amamos ¡OH! ésta es una vida gloriosa. Vivir en este mundo con los santos que conocemos esto ¡OH! es otra historia."

Entre mis lecturas, quedé muy impresionado por lo que un muchacho de 14 años, llamado Scott, escribió sobre aceptar y demostrar amor, poco antes de morir de leucemia. Después de su muerte, la madre encontró entre sus papeles un escrito titulado Cómo habría demostrado amor.

"Yo habría demostrado amor siendo considerado y cuidadoso, ayudando de cualquier manera que me fuese posible. Abrazando y besando también habría sido una forma gentil de hacerlo. Riendo y sonriendo cuando alguien a quien amas es feliz. Siendo tranquilizador y muy, pero que muy cariñoso cuando aquel a quien amas está triste. Pero sobre todo habría demostrado amor cuando estando muy enfermo y alguien estrechase tu mano, dejando que el encendido ardor de su amor por ti te vaya penetrando."

Ella leyó y relejó este escrito repetidas veces y comentó: "Era como si Scott estuviese mostrando el amor que nos tenía al dejarnos ver que él había percibido el amor que nosotros le teníamos."

Nos sentimos amados si los que nos rodean son amables y pacientes, afectuosos y cariñosos, si son indulgentes y misericordiosos, agradecidos y confiados. Podemos recordar las palabras de san Pablo (1 Co. 13,4-6):

"La caridad es paciente, es servicial; la caridad no es envidiosa, no es jactanciosa, no se engríe; es decorosa; no busca su interés; no se irrita; no toma en cuenta el mal, no se da a la injusticia, se alegra con la verdad." Si uno se esfuerza en seguir esta norma de conducta conseguirá que los demás se sientan amados y dichosos mientras que él estará también en la senda de la felicidad. Jesús dijo: " Todo lo que queráis que hicieran los demás por vosotros, hacedlo vosotros por ellos,..." (Mt. 7,12).

Al tratar de hacer por los demás, lo que deseáis que ellos hagan por vosotros, contribuís a formar una atmósfera de paz y satisfacción de la cual vosotros seréis los beneficiados.

La felicidad personal es contagiosa

Si nosotros intentamos hacer felices a los que nos rodean y no lo conseguimos, puede ser que sea debido a que no lo hacemos en la forma adecuada. En estos casos, tal vez, una pizca de examen de conciencia pueda ayudarnos.

Puede ser que exista una especie de inconsciente afán posesivo o de algún tipo de manipulación de los demás o bien que aparece en nosotros una, mal acogida, actitud dominante. Pero si nosotros actuamos en forma sincera y desinteresada, sin ápice de afán dominante, y a pesar de ello, tampoco alcanzamos plenamente nuestro objetivo debemos resignarnos a no ver los resultados inmediatos de nuestros esfuerzos.

Aun así, podemos tener la seguridad de que poco a poco y con paciencia se llegará a crear una atmósfera de amistad y satisfacción.

También puede suceder que nosotros no tengamos pleno éxito al desparramar amistad y felicidad a nuestro alrededor, porque nosotros mismos no seamos realmente felices. Puede ser, por ejemplo, que nosotros no seamos serenamente felices porque, en alguna forma, nosotros no estamos aceptando plenamente la voluntad de Dios sobre nosotros mismos.

La felicidad personal puede ser contagiosa. Me permito referir una pequeña experiencia personal que me parece pertinente, sobre todo porque sucedió precisamente en los días en que estaba escribiendo las páginas precedentes. Las estaba escribiendo en el tren Súper-Express que corría suavemente, a veces a 260 Km. por hora, de París a Lyon. Era para mí una especie de comfortable peregrinaje al Santuario de Notre Dame de Fourviere. Estaba acompañado por algunos íntimos amigos. Todo resultó muy bien. Vimos todo lo que valía la pena visitar en Lyon y encontramos a gente interesante. Como parte del peregrinaje fuimos al Convento de Religiosas de Jesús y María, que está enfrente del Santuario. Era un día que se presentaba muy trabajoso para las hermanas pues estaban esperando, para aquella misma noche, un numeroso grupo de hermanas procedentes de diversos países. Sin embargo una simpática hermana, aun señalando que estaban abrumadas de trabajo, nos recibió afectuosamente y graciosamente nos acompañó para enseñarnoslo todo. Con alegre orgullo nos llevó ante todo a la capilla para que pudiéramos venerar la tumba de su recientemente beatificada fundadora, la beata Claudine Thevenet. En su losa leímos esta conmovedora inscripción. "Que le bon Dieu est bon" que traducido literalmente sería "¡Cuán bueno es el buen Dios!" y que era uno de lo dichos favoritos de la fundadora. La hermana, siempre alegre y cordial, nos mostró la habitación donde la beata Claudine Thevenet había fallecido y un pequeño museo.

La "sal" de esta anécdota es que por la noche, mientras regresábamos a París muy satisfechos de nuestro peregrinaje, la dama que formaba parte de nuestro grupo comentó que lo que más le había gustado de toda la excursión y lo que más le había satisfecho, era ver la exultante felicidad de la buena hermana que nos había acompañado en la visita. Con dulce gozo recuerdo un pequeño incidente de mis días de estudio teológico en Kurseong en la región del Himalaya. Era la temporada navideña y tres de nosotros, estudiantes jesuitas, estábamos conversando en una amplia aula que había sido bellamente decorada por algunos escolares americanos, convirtiéndola en un brillante y cálido salón navideño. Estos mismos estudiantes americanos estaban organizando celebraciones navideñas y otros festejos para esos días. Uno de nosotros tres, un tamil habituado al caluroso resplandor solar del sur de la India, miraba entristecido, a través de los cristales de las ventanas, la espesa e invasora niebla y dijo "¡Que lóbregas Navidades!". El tercero de nosotros, un vivaz cingalés, exclamó en tono indignado, "¿Qué tonterías estás diciendo? ¡Estos americanos están esparciendo resplandor solar a nuestro alrededor!".

Podemos intentar alentar una positiva y feliz disposición en nuestro corazón de forma que aun en la niebla de las dificultades y contrariedades podamos esparcir resplandor solar a nuestro alrededor.

El ejemplo de Santa Teresa

Santa Teresa de Jesús puede ser un muy buen modelo. Era del más dulce carácter. Era tranquila y alegre por lo que todo el mundo que tenía que tratar con ella se sentía atraído y estimaba su compañía y la buscaba. Hemos leído que solía exclamar "Dios me libre de los santos con cara triste" y bien conocida es su mordaz expresión española "Un santo triste es un triste santo", lo que podemos traducir como "Un santo triste es un pobre santo". Ingenuamente escribió, "... porque en esto me daba el Señor gracia, en dar contento adondequiera que estuviese y así era muy querida" (Vida, Cap. 2, n.º 10).

Hablando de los tiempos anteriores a su conversión en monja, decía - refiriéndose a los libros que su tío le pedía que le leyese en los días que vivió con él-, "Hacíame que leyese y aunque no era amiga de ellos, mostraba que sí; porque en esto de dar contento a otros, he tenido extremo (cuidado), aunque a mí me hiciese pesar" (Vida, Cap. 10, n.º 5).

La Santa también dio la siguiente instrucción a sus monjas acerca del arte de ganarse a otros mediante afable conversación: "Así que, hermanas, todo lo que pudiereis sin ofensa de Dios, procurad ser

afables y entender de manera con todas las personas que os trataran, que amen vuestra conversación y deseen vuestra manera de vivir y tratar, y no se atemorizan y amedrentan de la virtud. A religiosas importa mucho esto: mientras más santas más conversables con sus hermanas..."

"Que es lo que mucho hemos de procurar ser afables, y agradar y contentar a las personas que tratamos, en especial a nuestras hermanas." (Camino de perfección, Cap. 41, n.º 8).

SE BENÉVOLO EN TUS JUICIOS

Objetividad y benevolencia en nuestros juicios

No podemos ser bondadosos en nuestras palabras y en nuestros hechos a menos que seamos primeramente bondadosos en nuestros pensamientos. Todo el mundo desea que los demás tengan buen concepto de él. Por lo tanto, siguiendo las recomendaciones de Nuestro Señor "Haced a los demás lo que os agradecería que los otros os hiciesen", debemos esforzarnos en pensar bien de la gente.

Fácilmente podemos comprender que nuestras vidas serían mucho más felices y más interesantes, si nosotros abrigásemos juicios benévolos sobre los que nos rodean. Por el contrario, tenemos una perversa tendencia a sospechar de los demás y a opinar hostilmente sobre sus actos e incluso sobre sus intenciones. Algunos sienten también un mórbido deleite en rumiar sobre rencillas y pasadas ofensas, deleitándose en planes vindicativos contra los otros. Evidentemente estas personas no pueden ser felices.

El hecho es que tan pronto como uno cede, aunque sea mínimamente, a tales perversas tendencias deja de ser feliz. Frecuentemente incluso se resiente su salud, y en algunos casos grandes calamidades personales pueden seguir. Conocía bien a un hombre fuerte que murió de repente por un ataque cardíaco a consecuencia de un arrebato incontrolado de ira contra su hermano. Y también recuerdo a un hombre joven que se casó por amor y tuvieron hijos, pero su matrimonio se rompió al cabo de pocos años a consecuencia de sus irracionales opiniones negativas e irrefrenables sospechas acerca de su mujer.

Las palabras de san Jaime en su epístola expresan un recto principio. "Uno sólo es el legislador y juez que puede salvar o perder. En cambio tú ¿quién eres para juzgar a tu prójimo? (St. 4,12).

¡Cuán frecuentemente la gente ha estado profundamente equivocada al pronunciar su veredicto sobre el prójimo! El caso del fariseo Simón es verdaderamente ilustrativo. El ilustre fariseo opinaba que la mujer que estaba a los pies de Jesús era una gran pecadora, indigna de acercarse a cualquier persona respetable, pero Jesús con la ayuda de una aguda parábola le hace saber que ahora ella es más pura que él, el justo Simón, porque ahora ella ha amado más a Dios (Lc. 7,36-50).

Otro interesante ejemplo se encuentra en la vida de san Juan Vianney, el Cura de Ars. En sus primeros años en Ars, sus colegas de las parroquias vecinas opinaban que los métodos pastorales del Abbé Vianney no eran los adecuados y aprobados. Consecuentemente ellos redactaron una carta colectiva denunciándole al Obispo. El documento circuló de parroquia en parroquia para que los sacerdotes pudieran firmarlo. No se sabe cómo, la carta llegó a manos del párroco de Ars y él también - fuese por ingenuidad, humildad o simplemente jovialidad-, lo firmó y lo hizo circular. ¡Cuán equivocados estaban todos aquellos cultos sacerdotes! El que juzgaron indigno e incapaz fue canonizado y proclamado patrón y modelo de los sacerdotes dedicados al trabajo pastoral.

Nosotros a veces no podemos evitar el pronunciar fallos porque nos enteramos de acontecimientos y hemos reflexionado sobre ellos. Y algunas veces nos sentimos propensos a pronunciarlos, desaprobando la acción del prójimo. En estos casos debemos ser tan imparciales como

nos sea posible, asegurándonos de que somos objetivos y suficientemente informados. Pero no nos permitamos jamás pronunciar un veredicto sobre las intenciones del prójimo.

Sólo Dios puede ver los propósitos conscientes del corazón. Nosotros podemos incluso esforzarnos en encontrar algo positivo en aquellas acciones a las que tenemos que enfrentarnos. En una ocasión quedé impresionado por la actitud de un padre que estaba sufriendo enormemente por la hiriente afrenta de su propia hija, que sostenía un absurdo pleito contra él, a instancias de su dominante marido.

Después de explicarme los detalles de la dolorosa historia, el padre de la muchacha comentó: "Ella no es una buena hija, pero intenta ser una buena esposa."

Generalizaciones, malos pensamientos, resentimientos

Algunos piensan que son objetivos en sus juicios adversos sobre los demás, cuando, tal vez inconscientemente, no lo son. Ello puede suceder sobre todo cuando alguien generaliza sobre el comportamiento de los demás. Por ejemplo, una maestra llega tarde a su clase dos o tres veces y el Director de la Escuela la reprende diciéndole, "Ud. siempre llega tarde a clase". Esto es una exageración, ella no llega siempre tarde, sólo en dos o tres ocasiones se ha retrasado.

Cuando generalizamos podemos ser estúpidamente injustos.

Escuchando confesiones de mujeres aborígenes en la misión de Talasari se puede oír que algunas de ellas se acusan de haber tenido "malos pensamientos". El confesor debe entonces inquirir prudentemente sobre ello. ¿Eran malos pensamientos contra la castidad o contra la caridad? En la mayoría de los casos la respuesta será, "Malos pensamientos por enfado", o "por resentimiento", o "por malquerencia".

Verdaderamente, éstos son malos pensamientos. En algunos casos la penitente puede confesar además que estos pensamientos han sido deliberadamente mantenidos, lo que muestra que reconoce su grave culpabilidad.

Jesús consideró que el mantener deliberadamente un resentimiento es una culpa grave. En el Sermón de la Montaña, cuando habla del pecado de la ira, El dice: "Si pues, al presentar tu ofrenda en el altar te acuerdas entonces de que un hermano tuyo tiene algo que reprocharte, deja tu ofrenda allí, delante el altar, y vete primero a reconciliarte con tu hermano, luego vuelve y presenta tu ofrenda" (Mt 5, 23-24).

Reconciliarse con otro implica estar presto a perdonar, lo que no siempre es fácil. El perdonar a nuestros enemigos o aquellos que nos han ofendido es una virtud característica típicamente cristiana. Por tanto el que conscientemente mantiene un moroso resentimiento y rehúsa perdonar al otro, no es un verdadero cristiano. Es posible que en algunos casos, a consecuencia de las convenciones sociales, uno pueda disimular su rencor, pero este recóndito prolongado enojo causará ciertamente estragos en nuestra vida espiritual e incluso en nuestra salud corporal, como dicen algunos médicos.

En la Epístola a los Hebreos (12,14-15) san Pablo dice: "Poned cuidado, en que ninguna raíz amarga retoñe, ni os turbe y por ello llegue a inficionarse la comunidad." Y naturalmente esta raíz de amargura será en primer lugar ponzoña para uno mismo. Recuerdos nocivos de experiencias desagradables fácilmente provocan venenosos sentimientos de resentimiento y cólera.

Si uno deja a Nuestro Señor, el Gran Médico, curar sus heridas y memorias dolorosas, uno puede ser verdaderamente feliz y estar en paz consigo mismo y con el mundo que le rodea. Nosotros debemos por tanto rogar al Señor, el Príncipe de la Paz, que nos libere de todo "mal pensamiento" y resentimiento.

Soportar los defectos del prójimo

Algunas veces puede resultarnos difícil tolerar los defectos, peculiaridades o dejadez de los demás y fácilmente podemos estar inclinados a sentir frustración e ideas de enojo y molestia. Para contrarrestar tales tentaciones nos ayudará el considerar que los demás tienen que sufrir nuestros defectos, hábitos y descuidos. Una actitud benevolente de amor paciente e indulgente y un poco de sentido del humor, pueden ayudarnos mucho.

Las peculiaridades e incluso rarezas de los otros pueden provocarnos una sonrisa o pueden molestarnos, ello depende de la actitud que queramos adoptar. El tener una actitud positiva y sana no es siempre fácil, porque las irritantes peculiaridades de los demás pueden llegar a resultar muy enojosas, sobre todo si las molestias son frecuentes o intempestivas.

Aun así la solución continúa siendo la misma: una benevolente actitud positiva. Santa Teresa de Lisieux (santa Teresita del Niño Jesús), en su autobiografía, nos da espléndidos ejemplos de cómo enfrentarse con estas pequeñas pero mortificantes molestias que se presentan una y otra vez en la vida de comunidad, no debidas a mala voluntad de alguien sino provocadas por descuido y falta de consideración. Doy el ejemplo de una divertida experiencia que se refiere a mí mismo. En una casa vecina tenía lugar una ruidosa fiesta hasta hora avanzada de la noche que no me permitía dormir. En mi fastidio yo podía haber cedido a ideas de irritación y enojo ante la poca consideración de los vecinos, pero con estos irritados pensamientos y sentimientos yo no sería capaz de dormirme. O bien podría haber tomado una actitud más magnánima deseando sinceramente que los vecinos disfrutasen de su fiesta, y tal vez por tener estos amables deseos yo consiguiese poder dormir algo.

Me gustaría añadir que, si estas celebraciones fueran frecuentes o excesivamente prolongadas, consideraría como una deseable y buena muestra del sentido del humor antes mencionado, que un vecino molesto hiciese en la próxima ocasión, una grabación en cinta magnetofónica de todos los ruidos y estruendos incluidos los de los fuegos artificiales. Y que a la noche siguiente la tocase o hiciese sonar para beneficio del vecino causante de la molestia, precisamente a la misma hora, de la noche y tan prolongadamente y fuerte como había sonado el día anterior.

Podemos estar afligidos por indeseadas inquinas o espontáneas antipatías. Ellas provocan fácilmente ocasiones de malos pensamientos contra la caridad y malos sentimientos. En otro librito yo he tratado este problema. Aquí solamente recordaré brevemente las tres normas que deben ser seguidas, si no queremos vernos dominados por estas aversiones:

1. ° Reza por la persona hacia la que sientas aversión o antipatía. Reza por el bienestar espiritual y temporal de esa persona.
2. ° No hables nunca contra dicha persona a menos que en conciencia estés obligado a hacerlo.
3. ° Tanto en presencia como en ausencia, de esa persona, habla bien de ella siempre que puedas hacerlo con sinceridad, por ejemplo repitiendo aprobatoriamente las cosas buenas que hayan sido dichas sobre ella.

Si queremos podemos encontrar puntos buenos en todos. Si seguimos estas reglas firmemente durante algún tiempo, una nueva actitud amistosa se creará en nuestro interior y un nuevo clima de benevolencia y buena voluntad se creará entre los dos y la aversión prácticamente desaparecerá o cuanto menos no nos molestará nunca más.

SÉ AFABLE EN EL HABLAR

Palabras ofensivas

Para ser verdaderamente afable debemos empezar por sentir un firme deseo de hacer felices a los demás. Y si nosotros somos benevolentes en nuestros juicios, seremos fácilmente afables en nuestras expresiones. Esta afabilidad implica no tan sólo la obligación negativa de no decir cosas hirientes, sino también lo que es todavía más importante, el ser positivamente afables en nuestras palabras y en nuestra actitud general. Un experimentado misionero me dio hace tiempo, cuando yo era un joven sacerdote, el siguiente consejo: "Cuando estés enojado no digas nunca jamás una palabra dura. El daño ocasionado, normalmente no puede ser reparado." Y añadió muy seriamente: "¡jamás una palabra hiriente! En su lugar, ves y enciértrate en tu habitación o ves a la capilla y reza ante nuestro Señor".

Este consejo me ha sido muy útil en mi vida. Desgraciadamente me he dado cuenta demasiado tarde que también es válido para las palabras escritas. Todas las veces que enojado he escrito una carta con observaciones hirientes siempre he tenido que deplorarlo y a veces lamentarlo durante mucho tiempo. Las cosas nunca pudieron recomponerse. Ahora, templado por la experiencia, daré el siguiente consejo: si uno escribe una carta colérica para exonerar sus propios sentimientos, déjala reposar en un cajón durante 4 días. Entonces, cuando te hayas apaciguado, puedes releerla y seguramente redactarás una nueva carta mucho más suave y prudente.

San Pablo hizo una aguda advertencia en su Epístola a los Gálatas (5,14-15): "... porque la ley entera queda cumplida con un solo mandamiento, el de Amarás a tu prójimo como a ti mismo. Cuidado, que si os seguís mordiendo y devorando unos a otros, os vais a destrozarse mutuamente". En el Sermón de la Montaña Jesús dice fuertes cosas contra aquellos que en su enojo profieren palabras injuriosas. (Mt. 5,22-23).

Si alguno está atribulado por su lengua incisiva y de vez en cuando hiere a los demás, con injurias o agrios comentarios, puede resultarle provechoso leer el célebre pasaje de la Epístola de Santiago (3,2-11) acerca de los males de una lengua incontrolada. "Quien no cae en falta en el hablar es un hombre logrado, capaz de tener a raya a su persona entera. Si a los caballos les ponemos el bocado, nos obedecen y dirigimos a todo el animal; ahí tenéis también los barcos; por grandes que sean y por recio que sople el viento, se llevan con un timón pequeñísimo adonde le da por llevarlos el timonel. Pues lo mismo con la lengua: siendo un órgano muy pequeño, puede alardear de mucho. Ahí tenéis: un fuego de nada incendia un bosque enorme. También la lengua es un fuego: entre los órganos del cuerpo la lengua se hace un mundo de injusticia, ella contamina a la persona entera, con llamas del infierno prende fuego al curso de la existencia. Fieras y pájaros, reptiles y bestias marinas de cualquier especie se pueden subyugar y han sido subyugadas por el hombre: la lengua, en cambio, ningún hombre es capaz de subyugarla: es un bicho inquieto, cargado de veneno mortal; con ella bendecimos al que es Señor y Padre, con ella maldecimos a los hombres, creados a semejanza de Dios: de la misma boca salen bendiciones y maldiciones. Eso no puede ser, hermanos míos. ¿Es que una fuente echa por el mismo caño agua dulce y salobre?"

Yo he visto literalmente manifiestas las palabras de Santiago en un gran altercado en el que siempre había sido un vecindario unido. Algunos meses antes, por las Navidades, ellos habían tenido una de las más agradables celebraciones de la comunidad. Habían sido muy alabados por el resto de la parroquia por su unión y cooperación. Después surgió un pequeño conflicto sobre un insignificante

asunto. Hubo graves injurias de algunas de las mujeres: ésta fue la pequeña chispa que provocó una gran conflagración. Pronto algunos hombres llegaron a las manos. Fue un episodio muy desgraciado. La paz fue restablecida de alguna manera con gran dificultad, pero la alegre unión anterior y la cooperación nunca fueron recuperadas.

Incordiar

Algunas personas no emplean palabras hirientes pero en cambio tienen la costumbre de incordiar, es decir, ellos están siempre propensos a proferir tediosas censuras, son majaderos y exigentes. Generalmente estas personas no dicen nunca una palabra alentadora de aprobación o de aprecio a nadie. Los incordios pueden hacer que los miembros de una familia o de una comunidad sean muy infelices, especialmente si las víctimas son tímidas o faltas de confianza en sí mismas.

El incordiar no sólo hace infelices a los demás sino también a los que incordian, pues parecen dominados por una perversa apetencia de hacerse infelices a sí mismos, al no quedar nunca complacidos con las cosas o las gentes tal y como son. Si estas personas quieren seguir el camino hacia la felicidad necesitan un cambio total de actitud: su egoísta mezquindad y displicencia debe dar paso a la magnanimidad y a la humildad, amor y preocupación por los demás. Ello representa un cambio en la personalidad.

Los primeros capítulos de este libro van destinados a ayudar en alguna forma el despertar del deseo de conseguir este cambio. Emparentada con el incordiar, está la tendencia de algunas personas, por otra parte virtuosas, a criticar negativamente, sobre todo, cuestiones de detalle. Ello causa descorazonamiento y desalienta el ánimo de los demás.

Como ejemplo de esta clase de críticas imaginemos que en la escuela se celebra un festejo. Algunos dejan de comentar la espléndida actuación de los artistas y la buena concurrencia que ha acudido, parece que lo dan por supuesto y que no merecen comentario, empero ellos harán notar agriamente que había una defectuosa disposición de las sillas o que algunas de las lámparas no iluminaban adecuadamente. Probablemente estas buenas personas son meticulosamente perfeccionistas, pero con sus comentarios son capaces de provocar depresión y descorazonamiento a sí mismos y los demás.

Yo quiero aconsejar a aquellos que estén inclinados a incordiar y a emitir críticas negativas que hagan un experimento: que pasen una semana entera sin incordiar o proferir críticas negativas de cualquier clase. Que por una semana sean capaces de controlarse a sí mismos. Y al mismo tiempo, que durante estos días se permitan ser generosos con abundancia de elogios y muestras de aprobación de la conducta de los demás. Es fácil que descubran al final que ha sido para ellos una semana verdaderamente feliz.

Estímulo real

El demostrar a los demás nuestra aprobación y aprecio ayuda mucho al desarrollo de su personalidad. Hace años, en la revista mensual "El Sacerdote" se publicó un extenso comentario sobre un artículo del "Readers Digest. Valió la pena el buscar y leer este artículo.

El autor nos refería que limpiando el desván de la casa en la que, durante un siglo y medio, había vivido su familia, encontró lo que para él fue la reliquia más valiosa: las viejas cartas descoloridas que descubrió en un baúl. En realidad eran cartas sin ninguna importancia histórica pero el escritor nos dice que "... la gente en aquellas generaciones se preocupaba enormemente de los otros y muy

íntimamente. Y lo decían así, con un énfasis que tal vez fuera ingenuo pero que era también profundamente conmovedor...; ellos hablaban de su amor y de su admiración por el otro... ¡Qué maravilloso eres! Este es el constante estribillo". Parecía como si las personas que habían escrito aquellas cartas quisiesen que el otro nunca olvidase cuán admirado y amado era.

En el mismo artículo, después de comentar los beneficios producidos por la demostración del aprecio, el autor añade, "Algunas críticas son, sin duda, constructivas pero el exceso es un veneno sutil". Y luego habla de dos clubes de debates que existían en su Colegio Mayor de la Universidad de Wisconsin. Uno de ellos, apodado "Los estranguladores" para los muchachos y el otro "Las camorristas" para las muchachas. Sus miembros eran estudiantes brillantes, algunos dotados de verdadero talento literario. En cada reunión uno de los miembros leía una narración o ensayo, que él mismo u otro había escrito y lo sometía a la crítica de los demás. En el Club de los muchachos cada escrito era meticulosamente disecado sin compasión, cada error o fallo era brutalmente puesto en evidencia por lo que, el nombre que ellos mismos se habían dado, les correspondía exactamente. En el club de "Las camorristas" las muchachas eran mucho más amables y benévolas. En realidad no existía en absoluto la crítica negativa. Todos los esfuerzos por endebles que fuesen eran alentados. El desquite llegó al cabo de unos veinte años, dice el autor, cuando un alumno hizo un análisis de la carrera de sus compañeros de escuela. De todos los muchachos talentados ni uno consiguió reputación literaria de cualquier tipo. Del grupo de las muchachas surgió una media docena de escritoras de éxito, algunas de categoría nacional. ¿Fue ello una coincidencia? ¿O tenían acaso talentos superiores las muchachas? El autor señala que en ambos clubes la cantidad de talento básico era verosímilmente la misma. La causa de tan diferentes resultados fue que las muchachas se ayudaron unas a otras, empujándolas hacia arriba, promoviendo confianza en sí mismas y desarrollo mientras que los "Estranguladores" tan sólo promovieron autocrítica, descorazonamiento y dudas sobre sí mismos.

Nos asombra encontrar frecuentemente buenas personas que se muestran muy tacañas en alabanzas a los demás y en mostrarles su aprecio. Ocasionalmente he oído la recomendación de que tenemos que ser parcios en nuestras alabanzas y comentarios elogiosos para evitar que los otros se vuelvan vanos u orgullosos. Cuando oigo esta explicación tengo ganas de exclamar "Tonterías". En la mayoría de los casos el mayor peligro es que el otro, quienquiera que sea, si seguimos la recomendación dicha, pueda sentirse descorazonado y desconfiado de sus capacidades y no el que pueda volverse orgulloso por nuestra aprobación. Una pizca de vanidad, de vez en cuando, aunque no exactamente recomendable, no causará gran daño.

Cortesía

Es un placer tratar con gente bien educada. No queremos decir con ello un solemne envaramiento o una molesta etiqueta, sino simplemente el cumplimiento del consejo evangélico, "Haced a los demás, aquello que vosotros deseáis que os hagan a vosotros" y esto de forma natural sin afectación. En general, existe mayor felicidad en las familias en las que los componentes de la misma no son simplemente aceptados sino que cada uno de ellos es tratado con delicado amor y la debida consideración.

Incluso en el seno de la familia y en la intimidad de la amistad, debemos observar las buenas formas de gente bien educada. No hay mucho bienestar en las familias donde las buenas formas son reservadas para los extraños. Hay menos felicidad donde algunas de las personas, de la familia o grupo, son raramente escuchadas o son habitualmente interrumpidas cuando quieren hablar; o sus preguntas son casi siempre ignoradas o contestadas solamente con un gruñido. Hay probablemente esposas,

madres de familia, que lloran interiormente porque sus maridos las desatienden o no tienen tiempo de hablarles a pesar de que ellas sienten la necesidad de conversar con alguien.

También existe falta de educación cuando alguien, sin pedir previamente autorización, se entromete en la conversación o en la intimidad de los demás. Hablando de cortesía, podemos mencionar estas dos breves expresiones, "Gracias" y "Lo siento" que deben ser proferidas en el momento apropiado con sinceridad y calor. "Lo siento" es una expresión mágica que suaviza maravillosamente las relaciones humanas. En todas partes pueden presentarse a veces malentendidos, descuidos e incluso conflictos. Desprendiéndonos de todo orgullo y puntillo debemos querer ser los primeros en decir "¡Lo siento!".

Una juguetona chanza puede ser una agradable faceta del lado alegre de las relaciones humanas. Y algunas personas disfrutan realmente siendo gentilmente embromadas y convirtiéndose por ello en el centro de la atención.

Pero ello puede también devenir excesivamente perjudicial. Puede inferir heridas en la personalidad de una persona que tal vez nunca cicatricen verdaderamente. Yo he visto suceder esto en niños de las escuelas. Recuerdo el caso de un chico muy inteligente pero muy tímido y de piel más oscura que la mayoría de sus compañeros de su misma tribu Varli. En la escuela se le llamaba Khatodi. Sus amigos decían: ¿De dónde ha venido este chico Khatodi a unirse a nosotros? Los Khatodis son una tribu aborígen más atrasada que la de los Varlis y de piel más oscura. Esta broma le amargaba la existencia, probablemente le hacía sentirse a veces ni querido ni deseada su compañía. Más tarde tuvo un gran éxito profesionalmente y desempeñó una serie de importantes cargos, pero siempre se manifestó reservado e inamistoso. Continúa siendo un hombre amargado.

Las siguientes normas pueden orientarnos sobre la cuestión de las bromas.

1. No vayáis nunca demasiado lejos. Sed delicados. Parad al primer síntoma de molestia que percibáis en el otro.

2. No hagáis nunca bromas a nadie sobre algún defecto físico o su extraña apariencia. Esta persona puede reírse de sí misma pero no le agrada que los demás lo hagan.

3. No hagáis nunca bromas sobre su familia o su gente.

4. No embromes siempre a la misma persona. La concentración de chanzas o diversión a expensas de una sola persona puede hacerle sufrir profundamente, incluso aunque trate de esconder su vejación con risas forzadas.

5. Si tú embromas a los demás debes estar dispuesto a que te tomen como objetivo de sus bromas.

Saber convivir (i)

Cuando conversamos con los demás, parte de nuestra amabilidad se manifiesta en saber escuchar. La mayoría de nosotros estamos agradecidos a aquellos que están dispuestos a escucharnos atentamente. Especialmente, cuando uno está emocionalmente sobrecargado, la sensación de que alguien nos está escuchando con amplia atención y simpatía es muy apaciguadora.

Da paz y valor. Los agobios de la vida se vuelven más ligeros y frecuentemente por el mero hecho de explicar nuestro problema a otra persona que nos escucha y comprende, vemos más claro el camino para resolverlo. Cuando quieras atender a alguien acongojado o confuso por sus problemas, escúchale. De vez en cuando, di algunas palabras que le den al otro la seguridad de que le estás escuchando e intentando comprender la situación. Ayuda a ello el repetir en forma muy resumida lo que el otro te está diciendo. Por ejemplo: "Veo que está Ud. perplejo porque tiene un problema y todavía no ha hallado la manera de resolverlo."

Esto ayuda al otro a comprender mejor su propio problema y tal vez a encontrar más fácilmente la solución. Algunos oyentes, demasiado tacaños de su tiempo, atajan al que habla con un "Sí, ya sé lo que quiere Ud. decir", y no le dejan explicar las cosas como le gustaría hacerlo quedándose con la sensación de que no ha sido comprendido. Otros, por temperamento, son malos oyentes: tienen el hábito de interrumpir al que habla o tratan de superar lo que el otro está diciendo con una anécdota o comentario propios. Esto puede resultar muy desconcertante e incluso mortificante para el que habla.

Los criterios y opiniones de personas inteligentes, con fuerte personalidad, disienten con frecuencia. Naturalmente de vez en cuando surgen discusiones. Pueden ser apacibles intercambios de puntos de vista pero también llegar a ser vehementes disputas. Las buenas discusiones pueden dar mucha luz pero si se convierten en disputas personales pueden producir mucho acaloramiento pero no luz.

Es preferible, entonces, parar la discusión a menos que los contendientes puedan cambiar de tono. Un buen sentido del humor y un chiste apropiado son, con frecuencia, la mejor, manera de cortar el acaloramiento y reconducir la discusión hacia canales menos peligrosos. Hay maneras de parar una disputa acalorada que es perjudicial. Por ejemplo, si uno dice en tono ofendido: "¡No discutamos mas, es sabido de antemano que Ud. siempre tiene la razón!".

Aparte del sentido del humor, el darse cuenta de lo que es y de lo que no es importante, puede ayudar a evitar acaloradas discusiones. A veces lo que se discute es algo que no tiene realmente ninguna importancia. Por ejemplo, recuerdo una amarga disputa acerca de si algunas lámparas debían estar encendidas o apagadas a una hora determinada. Evidentemente, más que la cuestión de las lámparas, lo que estaba involucrado era el mezquino amor propio de dos personas.

En estas cuestiones sin importancia es mejor dejar a los otros con su manera de pensar que discutir el asunto, como nos aconseja el libro atribuido a Tomas de Kempis. Debemos acostumbrarnos, nosotros mismos, a vivir en el más alto nivel de nuestro ideal y preocuparnos de las cosas que son realmente importantes.

Saber convivir (II)

Hablar mal de los otros en su ausencia, puede causar gran daño, no tan sólo a la reputación de aquellos contra los que se habla sino también al prestigio del que habla. Cuando alguien habla contra otro a sus espaldas, esta persona no tiene la posibilidad de defenderse. Por tanto se comete una injusticia. Además, lo que se dice puede ser un mero rumor; puede ser falso o dudoso. E, incluso si es verdad, puede que ello no sea de dominio público y que se cause mucho perjuicio injustamente.

Todos pretendemos defender los derechos humanos. No debemos olvidar que todos tienen un derecho personal a su propia reputación. Cualquier daño ocasionado a la reputación de alguien es una injusticia hecha a esta persona. Es por ello que la detracción es verdaderamente un muy feo pecado. Puede ser también un grave pecado puesto que pueden ocasionarse graves daños. La maledicencia también daña al mismo que habla. Los oyentes pueden reírse, especialmente si el que habla tiene una pizca de chispa, y pueden incluso animarle a continuar metiéndose con los ausentes sin preocuparse de su reputación. De momento ellos ríen, pero en su interior empiezan a sentir antipatía, recelo y miedo del detractor. Ellos se dan cuenta, más o menos conscientemente, de que si ahora son otras personas las víctimas, puede que algún día les llegue el turno a ellos y que su reputación sea hecha trizas a sus espaldas.

Murmuraciones y chismes pueden ocasionar hostilidad y mucha infelicidad en familias, comunidades religiosas y equipos de trabajo, por ejemplo entre los componentes del equipo docente de

una escuela o médico de un hospital. Se ha dicho que si se toleran las murmuraciones y los chismes en una comunidad religiosa desaparece la mitad de las bendiciones de la vida religiosa.

Si alguien tiene algo que decir contra otro, que se atrevan él o ella a tener la franqueza y el valor de decirlo directamente a la persona en cuestión, siempre con el debido tacto y discreción y en el momento oportuno. En la mayoría de los casos los daños provocados por la maledicencia no pueden ser reparados.

Recuerdo haber leído en alguna parte una graciosa historieta de san Felipe Neri. Una dama en Roma se acusó en confesión de ser muy chismosa. Según la historieta, al oírla el santo le dijo que en penitencia tenía que ir a la plaza del mercado y comprar una gallina y llevársela personalmente a él, pero que durante el camino ella tenía que arrancarle las plumas una por una, dejándolas caer. Después le diría la segunda parte de la penitencia. Cuando la señora abatida por la vergüenza, le llevó la gallina desplumada, san Felipe -podemos suponer que con una pícara sonrisa-, le dijo: "Ahora para completar la penitencia, vuelva atrás y recoja todas las plumas que Ud. ha dejado ir." La señora exclamó: "¡Esto es imposible, el viento las ha esparcido por todas partes!".

Esto mismo es lo que ocurre con las palabras crueles que decimos sobre los demás.

Hablar mal de los que tienen autoridad es particularmente dañino. Estamos obligados a obedecer a los que tienen autoridad sobre nosotros. La costumbre de murmurar o de criticar injustamente a sus espaldas, hace que resulte muy difícil obedecer al que así habla y también para aquellos que le escuchan. Por lo tanto los religiosos y religiosas deben ser especialmente cuidadosos en evitar caer en este defecto. En las comunidades religiosas es una verdadera plaga que paraliza la acción y el ministerio del superior, como dice la Regla de la Comunidad Ecuménica de Taizé.

Los celos, el espíritu de venganza o la vanidad y tal vez también una equivocada franqueza, pueden conducir a uno a disfrutar hablando mal de otros a sus espaldas. A veces una mórbida curiosidad puede impulsar a otros a hacer hablar al detractor.

Como remedio, además de recordar el principio general de amar a los demás, podemos sugerir el cambio de conversación cuando veamos que deriva hacia sendas poco caritativas. Si es posible, cambiar de conversación con una broma o sugerir un juego. Cuando ello no sea posible la única solución es abandonar la compañía de los maledicentes.

Naturalmente cuando uno ha pecado claramente contra la caridad hablando mal del ausente, debe esforzarse en recibir pronto el sacramento de la Penitencia. Este sacramento es también un buen remedio para prevenir y evitar futuras faltas.

SÉ AMABLE EN TUS ACTOS

La vida es un tejido de pequeñas cosas

Una manera de hallar cómo podemos ser caritativos con los demás es recordando los actos de bondad y los servicios de parte de los otros que nos han hecho felices. Recordando estos casos con satisfacción y gratitud, podemos fácilmente desear proceder de la misma manera con los otros, cuando se presente la ocasión de hacerlo. A todos agradan las cordiales y jubilosas felicitaciones de cumpleaños. Es agradable el sentirse recordado con afecto en ocasión de nuestra pequeña celebración. Y por el contrario, tal vez nos hemos sentido dolidos cuando los que nos rodean se preocupan tan poco de nosotros que se olvidan o prescinden de felicitarnos el día de nuestro aniversario.

Una vez, un amigo mío me refirió que había olvidado felicitar a su madre por su cumpleaños, cuando ella se encontraba en otra ciudad. A los pocos días recibió una carta suya. Dentro del sobre había

tan sólo una gran hoja de papel blanco con la fecha de su nacimiento, escrita en caracteres de imprenta, seguida de un descomunal signo de interrogación.

A todos nos gusta recibir cartas de felicitación por lo que hemos hecho o escrito o por los exámenes pasados con éxito. A veces unas pocas líneas en una postal pueden hacer muy feliz a una persona. De modo similar, en nuestras penas nos agradan las muestras sencillas y sinceras de simpatía. Un sincero apretón de manos puede ser muy reconfortante.

Recuerdo un incidente que sucedió hace tiempo en un lugar muy lejano. Algunas religiosas estaban haciendo un retiro de un mes en total silencio. Una de las ejercitantes tenía un problema personal muy fastidioso por resolver y durante esos días de retiro se encontraba deprimida, triste y excesivamente preocupada. Otra ejercitante, íntima amiga suya, conocía la existencia del problema y por el aspecto preocupado de su amiga pudo adivinar lo que le sucedía. Al cruzarse con ella en un pasillo vacío estrechó calurosamente las manos de su amiga entre las suyas y la llamó por su nombre. Al día siguiente la apurada ejercitante me refirió este pequeño encuentro en el pasillo y me dijo que se había sentido muy confortada y fortalecida por la sonrisa de simpatía y el afectuoso apretón de manos.

En ocasiones, pequeñas cosas pueden acarrear gran felicidad. Por ejemplo, el regalo de un pequeño ramo de flores o una brillante rosa o algún otro pequeño presente, pueden ser señales de gran solicitud y afecto.

Una dama me dijo una vez en presencia de su hijo, que algunos días antes cuando él fue a recibirla a la estación le llevó un gran ramo de flores. Y dirigiéndose al joven le dijo cariñosamente: "Hijo, me hiciste muy, muy feliz"

Recuerdo un pequeño presente que una vez recibí y que ahora, transcurridos muchos años, todavía me hace feliz. Siendo un joven misionero yo había suplicado, en nuestro boletín de los Jesuitas, un centenar de rupias para poder comprar un caballo de montar (ahora su precio sería naturalmente unas diez veces superior). Sucedió que yo tuve que ir al S. Xavier College de Bombay y un viejo y erudito profesor, el P. Gense, un holandés, me vio pasar por delante de su puerta y me hizo señas para que entrase en su habitación. Tomando un billete de 10 rupias, que había escondido dentro de un libro de su estantería, me dijo con fingida seriedad: "Tome esto, es para comprar la cola del caballo." Yo apenas conocía al P. Gense pero su interés por mi trabajo en la Misión y su generoso sentido del humor fueron muy alentadores para mí.

Prestando servicio

En caso de enfermedad se aprecian particularmente las muestras de interés y de estima. Ahora bien, deben ser dadas solamente en el momento oportuno y de manera que no originen molestia o fatiga al enfermo.

Un hombre que vivía solo, me escribió después de una enfermedad que nunca se había dado cuenta anteriormente de que sus hermanos y hermanas se preocupasen tanto por él. Esta enfermedad les había dado ocasión de mostrar su interés y amor por él. Ello había sido, escribía, una auténtica bendición de Dios y motivo de su felicidad.

Otro hombre me dijo cuán cariñosamente había llegado a querer a su hijo, porque durante una prolongada y grave enfermedad suya, el muchacho cada día al volver de la escuela iba y se sentaba a los pies de la cama de su papá. El muchacho no decía nada, porque su papá estaba muy enfermo; tan sólo se quedaba sentado allí durante un largo rato.

Me he dado cuenta que personas, a veces incluso alguna que se declaraba incrédula, agradecían que un sacerdote o una hermana o alguna otra persona, se sentase a los pies de su lecho de

dolor, sin decir nada, solamente rezando o leyendo en silencio. Yo mismo encuentro que es un buen empleo del tiempo el leer el Breviario en la habitación de los enfermos.

Reiterando lo que se ha dicho al principio de este capítulo, deseo sugerir a cada uno de mis lectores que meditase sobre el contenido del último apartado. Podrían recordar la asistencia que han recibido de otros y por la que se han sentido particularmente agradecidos. Entonces cada uno de ellos podría tomar como dirigidas a sí mismo las palabras de nuestro Señor (Lc. 10, Parábola del Buen Samaritano): "Vete y haz tú lo mismo."

Cuando nosotros prestamos un servicio debemos guardarnos de tomar una actitud protectora. Nada, en nuestros gestos o en el tono de la voz, debe ser nunca motivo de que el otro se sienta inferior. Los servicios han de ser prestados sencillamente, con naturalidad, haciéndole sentir al otro como si estuviera en su casa.

Algunas personas tienen el don de prestar servicio como si fueran ellos los que están siendo favorecidos al serles concedida la suerte de ayudar a los demás. Podemos rezar para tener en buena medida el carisma de irradiar paz, optimismo y felicidad. Al dar conferencias en un retiro de religiosas, sobre el tema de este último capítulo, algunas veces les leo un poema titulado "La receta" de Eileen Hayes. Es una receta para la santidad. Siempre hay alguna que quiere copiarla. Dice así:

Toma una taza de humana bondad.

Mézlala bien con caridad.

Añade una medida llena de paciencia.

Aromatízala con humildad.

No olvides el sentido del humor.

El preciso para que sea ligero.

Rociálo bien con abnegación.

Agítalo entonces con toda tu fuerza.

Adórnalo con incesante plegaria.

Persevera sin quejas.

Estos son los ingredientes necesarios para la formación de un santo.

DELICADA BONDAD DE JESÚS

Ejemplos del evangelio

Los enemigos de Jesús le acusaban a El de ser bondadoso con los pecadores y los despreciados recaudadores de contribuciones; pero no pudieron acusarle a El de ser blando. Ellos le habían visto expulsando del templo a los vendedores y vieron que era tal el poder de su personalidad que nadie se atrevió a pararlo; solamente las autoridades del templo le preguntaron qué derecho tenía El para hacer esto. También le habían visto y oído a El enfrentándose sin miedo a los escribas y fariseos. Ciertamente El no era blando, pero al mismo tiempo El era bueno y bondadoso. La gente decía: "todo lo ha hecho bien" (Mc, 7, 37). O como leemos en otra versión de la Biblia, "¡Qué bien lo hace todo!"

Muy gentilmente Jesús se dirige al hombre que estaba aquejado de parálisis y evidentemente un pecador. El le llamó "hijo mío" y añadió tranquilizándole, "Tus pecados te son perdonados" (Mc. 2,5). De manera similar se dirigió a la tímida mujer que tenía una hemorragia crónica llamándola "hija mía" (Lc. 8,48).

En su afable bondad, Jesús llamó desde la orilla a sus apóstoles "jóvenes" o "muchachos", según las traducciones, siendo como eran fuertes y maduros pescadores (Jn. 21,5). Y su bondad con los

niños les parecía, a sus apóstoles, exagerada e inoportuna. Pero Jesús, cariñosamente, defendió el derecho de los niños de llegar a El (Lc. 18,16): "Dejad que los niños vengan a mí y no se lo impidáis." El era generoso en palabras de consuelo y de salud: se alegraba al perdonar.

Una vez llegó a El un leproso y le suplicaba de rodillas diciendo: "Si quieres, puedes limpiarme" y Jesús, sintiendo lástima de él, extendió su mano y tocándole le dijo: "Quiero, queda limpio" (Mc. 1, 40-41). En la piscina de Bethsaida, Jesús preguntó bondadosamente a un hombre que llevaba 38 años enfermo: "¿Quieres curarte?", y lo curó (Jn. 5,6).

Ciertamente en sus milagros no sólo resplandece el poder de Jesús sino también su bondad. En Naím, un hombre difunto era llevado para ser enterrado. Era el único hijo de su madre viuda. San Lucas (7,11-16) nos dice que al verla el Señor sintió compasión por ella, y le dijo: "No llores" y El volvió el hombre a la vida. Y leemos el pormenor de que Jesús "se lo entregó a su madre".

La primera multiplicación de los panes

Entre los muchos e interesantes pasajes de los Evangelios, uno de ellos muestra la atractiva personalidad de Jesús de forma muy notable. Desde Cafarnaúm, Jesús envió a los doce discípulos a proclamar el Reino de Dios y a sanar. Ellos regresaron felices por lo que habían hecho pero fatigados. Jesús también debía sentirse cansado, pero como leemos en los Evangelios, El estaba lleno de consideración para con ellos, y consciente de su fatiga, les dijo: "Venid también vosotros aparte, a un lugar solitario para descansar un poco." Y uno de los Evangelios explica: "Pues los que iban y venían eran muchos y no les quedaba tiempo ni para comer."

Jesús y sus discípulos decidieron ir en barca a la orilla este del lago, pero el gentío vio la dirección que tomaba la barca y fueron a pie, siguiendo por la orilla, a encontrarles. Era una distancia corta, tan sólo unos kilómetros. Como la multitud se apresuraba al encuentro de Jesús, la gente de las aldeas vecinas y tal vez también, peregrinos en camino a Jerusalén para las fiestas, se unieron en grupos al gentío. Cuando la lenta barca alcanzó la orilla, Jesús desembarcó y al ver la gran multitud dice san Mateo (14, 14): "Tuvo lástima de ellos". San Marcos (6, 34) nos dice: "Sintió compasión de ellos, pues eran como ovejas que no tienen pastor y se puso a instruirles extensamente".

Sus planes para un pequeño reposo para los apóstoles y para El mismo se habían frustrado; sin embargo no hay trazas de impaciencia o de irritación, todo es paz, piedad y bondad. No hay tampoco síntomas de prisa: "y se puso a curar a los enfermos" (Mc. 14, 14). La realización del milagro de la multiplicación de los panes fue hecha con gran sencillez y ternura. Tuvo también su toque de humor ya que cuando los apóstoles apremiaban a Jesús para que enviase a la gente a las vecinas granjas y aldeas a que consiguiesen algunos alimentos por sí mismos, Jesús, medio en broma, les dijo: "Dadles vosotros mismos algo que comer". Tal vez fueron estas palabras de Jesús las que provocaron la generosidad del muchacho que tenía los cinco panes y los dos pescados un muchacho listo que había encontrado su camino entre los apóstoles y que desde entonces debe haber estado muy próximo a Jesús.

A pesar de la magnitud de la tarea de alimentar a tanta gente, todo se hizo en forma simple, bien organizada y eficaz. ¡Cinco mil hombres! Probablemente las mujeres, y los niños sobre todo, no fueron tan fáciles de contar. Y sin embargo no fue una distribución desordenada, todos los que se sentaron en el suelo con sus grupos tuvieron su parte. En toda la escena, Jesús aparece como un poderoso pero benévolo líder. Es por ello que la gente intentó, en vano naturalmente, hacer de El un líder político. Jesús se mostró como un gran Maestro y no perdió la ocasión de hablar a la multitud sobre el Reino de los Cielos, después de acogerlos bondadosamente (Lc. 9, 11).

El aparece también como un gran modelo para aquellos que desean ser bondadosos y eficientes trabajadores sociales. La Iglesia es la continuación de la encarnación de Cristo en el mundo y nosotros, cristianos, somos la Iglesia. Nosotros debemos mostrar la verdadera imagen de Cristo al mundo a través de nuestra bondad y amor. De diferentes maneras y en varios contextos, el Concilio Vaticano II reitera esta enseñanza. Esta no es precisamente algo nuevo. Por ejemplo, Bossuet ya dijo que la Iglesia no es otra cosa que una extensión de Cristo. Pero el Concilio insiste singularmente sobre este punto. "La Iglesia sólo pretende una cosa: continuar bajo la guía del Espíritu Paráclito la obra del mismo Cristo" (Gaudium et Spes).

Por consiguiente en nosotros y a través nuestro, Cristo se encarna en el mundo de hoy. En nuestras vidas, en nuestras relaciones con los demás, en nuestra paciencia y en nuestro amor, los otros deben poder ver el rostro de Cristo, mejor dicho su Corazón, su benevolencia y su bondad.

En este mundo, la mayoría de la gente sólo puede experimentar el amor de Dios al experimentar el amor de los otros por ellos. El amor de Dios se manifiesta a la mayoría de las personas gracias a los tiernos cuidados de sus padres, hermanos y parientes, a través del afecto de los amigos. Y podemos añadir que otros pueden experimentar el amor de Dios a través de nuestro amor, solicitud y bondad.

Las gentes que están ahora en la tierra no pueden ver a Dios ni a Cristo. Por ello Cristo quiere mostrarse a la gente a través nuestro. Por lo tanto podemos decir que, en cierto sentido, Cristo tiene necesidad de nosotros. Cristo nos necesita a nosotros, a mí y a ti, querido lector, para mostrar su bondad y amor a los demás. Cristo necesita tus ojos para sonreír benévolamente a las personas que El ama, algunas de las cuales están hambrientas de cariño. Cristo necesita vuestros oídos para escuchar compasivamente a los abatidos y preocupados. Cristo necesita vuestras manos para ayudar a los necesitados y para cuidar a los enfermos. Cristo necesita vuestra paciencia, y a veces el sacrificio de vuestro tiempo, para que seáis abordables por los demás y atenderlos; también os necesita El para guiar y, aún más, estimular a los otros, especialmente a los jóvenes, etc., etc.

Si vosotros y yo somos semejantes a Cristo en nuestro comportamiento con los demás, nosotros los acercamos a Cristo, a Dios y por lo tanto los aproximamos a su felicidad. Y nosotros también, a pesar de los desengaños y las frustraciones que son parte integrante de la condición humana en la presente vida, nos encontraremos con más seguridad en el sendero de la paz y de la felicidad.

DISCERNIENDO SI ESTAMOS EN LA VÍA DE LA FELICIDAD

Un auto sacramental

Tenemos que ser realistas. En la vida presente el camino hacia la felicidad no es tan evidente y suave como podemos describirlo en un libro. En esta vida hay con frecuencia situaciones conflictivas y problemas intrincados a los que hay que enfrentarse, derechos y principios que deben ser defendidos y por los que se ha de luchar, tal vez contra fuerte oposición. En tales perturbadoras circunstancias es fácil ser desviado del camino hacia la paz interior y la felicidad. Especialmente en tales momentos, sería bueno para nosotros el ser capaces de asegurarnos que estamos todavía en el sendero recto, a pesar de las circunstancias desfavorables. San Ignacio con sus "Ejercicios Espirituales" puede ser nuestro guía.

En una ocasión, finalizando los 30 días de "Ejercicios Espirituales" que dirigía a unas religiosas, una hermana dijo en una sesión para valorar el retiro, que para ella el punto cardinal del mismo había sido la "Meditación sobre las dos banderas". Esta es una de las típicas meditaciones Ignacianas. No me sorprendió lo experimentado por la hermana. He visto con frecuencia que esta meditación, a la que se

llega hacia la mitad del retiro, hace un impacto en los ejercitantes que en este momento están ya plenamente decididos a entregarse enteramente a Dios.

Esta meditación, que tiene una forma muy bíblica, muestra en términos claros e intransigentes el camino hacia la perfección cristiana. Da a los ejercitantes mucha luz para, que puedan encontrar su camino, incluso en situaciones complicadas. Les da "el saber" cómo verificar si ellos están o no conducidos por el Espíritu de Dios. Esta meditación bien hecha, da al ejercitante una sensación de paz y de seguridad en su camino, le amplía su horizonte y le enseña el camino seguro hacia el Reino de Dios.

En las páginas siguientes les daré una de las varias explicaciones posibles de esta meditación.

La "Meditación sobre las dos banderas" es una especie de Auto Sacramental, como los que fueron muy populares hace unas pocas centurias en algunos países católicos. Los Autos eran pura teología puesta en escena. En ellos la Obra era sobre todo simbólica pero el simbolismo era de fácil comprensión para la audiencia popular. Y en la mayoría de los casos la excelente representación dramática provocaba una reacción emocional fervorosa y producía una impresión indeleble en las mentes y los corazones de los espectadores.

En nuestro caso la "representación" es acerca del trabajo de Dios y del Diablo sobre las almas de los hombres. Podemos decir que es una dramatización de las Reglas para el discernimiento de los espíritus que san Ignacio da en el libro de los `Ejercicios Espirituales".

El título de la "obra" podría haber sido: El proyecto de Dios y la capacidad de engaño del Diablo". Pero S. Ignacio la tituló Las dos banderas, significando dos banderas en dos campos opuestos: es decir, los dos Espíritus opuestos, el Espíritu de Dios y el del Diablo. Ambos quieren influenciar y conquistar a cada uno de los individuos, evidentemente con fines distintos. Como hemos sugerido antes, no se trata aquí de escoger entre los dos campos, sino de hacernos conscientes de que por engaño o poco a poco nosotros podemos ser conducidos hacia lo que es menos bueno e incluso a lo que es malo. El Espíritu Santo quiere guiarnos hacia la felicidad, es decir, hacia la más alta perfección cristiana gracias a la fiel imitación de Cristo. Por otra parte el Espíritu Maligno quiere conducirnos hacia nuestra desdicha, no abiertamente, sino por engaño. Ahora bien, él no intentará tentarnos en forma obviamente mala sino que sugiriendo falsos razonamientos tratará de llevarnos hacia lo que es perturbador o menos bueno. Como dice san Pablo: "Y nada tiene de extraño que el mismo Satanás se disfraza de ángel de luz" (2 Co. 11, 14).

Es por tanto importante para nosotros el poder discernir en determinadas ocasiones cuál es el Espíritu que nos guía.

Primera parte de la obra: el campamento de los espíritus malignos

Cuando se levanta el telón podemos ver sobre la escena el campamento del enemigo, el Diablo, situado en la "vasta llanura alrededor de Babilonia" (símbolo de la mundanidad y del desorden). Prominente en el centro podemos ver un "encumbrado trono" (que simboliza el orgullo, la vanidad, la ambición y el ansia de autoalabanza y de eclipsar a los demás), "encumbrado trono de fuego y humo" (significando pasión y no razón: aquí no hay luz sino sólo humo, tinieblas y confusión). Y allí, sobre el trono, está el jefe de los diablos, no sentado en realidad sino "como sentado" (lo que significa que él no tiene tranquilidad ni paz, ni tampoco puede darlas), con "horrible semblante" aunque de momento él no muestra su fealdad, la encubre tras la oscuridad y la confusión del humo). Y el jefe de los diablos convoca a innumerables demonios y los dispersa a través del mundo entero para que tienten a todas y cada una de las personas.

Esto nos recuerda las palabras de san Pedro: "Sed sobrios y velad. Vuestro adversario, el diablo, ronda como león rugiente, buscando a quien devorar" (1 P. 5, 8). Y también podemos recordar las palabras que Jesús dirigió al mismo Simón Pedro: "¡Simón, Simón! Mira que Satanás ha solicitado el poder cribaros como trigo; pero yo he rogado por ti, para que tu fe no desfallezca" (Lc. 22, 31-32).

Nadie está libre de tentación; y si alguien cree que nunca es tentado, es que ya ha sido embaucado. Y vemos en el Auto Sacramental que el jefe desde su trono instruye a los diablos acerca del modo de tentar a los humanos. Tienen que proceder paso a paso: primero deben tender trampas, a saber, ellos no deben sugerir tentaciones evidentes sino cosas en sí mismas buenas o indiferentes, pero que poco a poco pueden descarriar. Primero deben extender tan sólo los hilos sueltos, pero que pronto se anudarán formando una red en la cual dentro de poco sus víctimas quedarán enredadas.

Entonces, el tentador debe moldear las cadenas de pecados: primero para hacer que los hombres y mujeres caigan en pequeños pecados veniales, de tal manera que se conviertan en pecados habituales y deliberados, finalmente deben tentarlos a cometer pecados graves y apartarlos de Dios. El líder de los diablos da ejemplos de los procedimientos para hacer que la gente se aparte de Dios. Por ejemplo: él dice que deben primero tentarlos para que codicien riquezas y otras cosas materiales, cosas que son buenas en sí e incluso necesarias. Pero los diablos deben fomentar un desordenado apego a estas cosas o suscitar una codicia excesiva de ellas. Después, en un segundo paso, ellos deben tentarlos a desear los honores del mundo, por los cuales los hombres y las mujeres pueden ser fácilmente arrastrados a caer en arrogante soberbia.

Después, ya cualquier pecado puede seguir.

Contemplando la representación en el escenario, es decir en el campo de Satanás, nosotros aprendemos lo siguiente:

En nosotros, suponiendo que somos personas que quieren categóricamente pertenecer al bando de Dios, todos los pensamientos, inclinaciones o propósitos unidos a vanidad, ideas de orgullo o deseos de alarde y bulla, con codicia de los mundanos honores (recordad el "encumbrado trono") o que estén acompañados por la agitación de la mente o del corazón (el "fuego y el humo" del trono) y con inquietud y falta de paz ("como sentado" y no sentado en el trono) o que vienen con confusión y desorientación mental, tristeza y abatimiento (la fea, horrible faz del diablo), y en la caligine de oscuridad y humo, no son inspirados por Dios.

Ciertamente, estas sugerencias, designios o intenciones no son de Dios, pueden ser, o son probablemente, de nuestro enemigo el diablo; por consiguiente no conducen a la paz y a la felicidad sino justo a lo contrario. Uno no debe dejarse seducir. Estos pensamientos, deseos e intenciones deben ser resueltamente evitados y totalmente descartados de nuestra mente.

Por consiguiente, en situaciones embrolladas o cuando uno tiene que resolver un difícil problema o si se está en la duda de que se sigue o no el camino recto, examínese uno mismo para comprobar si hay en él síntomas de orgullo, agitación, confusión u obcecación, es decir, asegúrese de que el curso de la senda que va a tomar está libre del fuego y del humo del orgulloso trono de nuestro enemigo.

Segunda parte de la obra: el campo de Jesús, nuestro verdadero líder

Al levantarse el telón, nosotros vemos a Jesús, nuestro Señor, en pie, hermoso y atractivo, en una gran llanura "cercana a la región de Jerusalén". Enseguida El se sienta sencillamente en una piedra o un pequeño relieve del terreno. Paz benévola, humildad y serena belleza dominan la escena entera. Alcanzamos a ver el vasto horizonte y también podemos percibir su clara y abierta atmósfera.

El simbolismo de todo ello se puede entender fácilmente. Recordamos que en el lenguaje bíblico "Jerusalén" es un símbolo de paz y bienestar. Entonces oímos a Jesús invitando a sus discípulos a partir para ayudar a todo el mundo y para guiarlos hacia la santidad y la felicidad, que Dios quiere para todos los hombres. Al escuchar la arenga de Jesús, nos damos cuenta inmediatamente de que su táctica es diametralmente opuesta a la del diablo. Cristo recomienda a sus apóstoles y discípulos que ayuden a la gente a llegar a la santidad, induciéndoles primero a un total desapego de las riquezas y de las cosas materiales e incluso a desprenderse de todas las cosas, si Dios les llama especialmente a ello y les da la gracia necesaria para hacerlo. Después, en segundo lugar, ellos deben guiar la gente a sentir el deseo de una verdadera humildad. Y como nadie puede volverse humilde realmente a menos que él se haya sentido, al menos ocasionalmente, humillado (por ejemplo, recibiendo desaires, desengaños y otros golpes) debe ser persuadido cada uno, de que debe aceptar voluntariamente las humillaciones e incluso recibirlas con agrado. Aceptando estas humillaciones se alcanzará la virtud de la humildad. Y una vez los hombres tienen humildad, y el desapego antes mencionado, pueden ser guiados a todas las demás virtudes.

Esta escena está tomada casi literalmente de las Bienaventuranzas del inicio del Sermón de la Montaña, según el Evangelio de san Lucas (6, 12-26). Jesús en unas pocas e inflexibles sentencias muestra el camino hacia la perfección y la verdadera felicidad: "Por aquellos días se fue al monte a orar, y se pasó la noche en oración de Dios. Cuando se hizo de día llamó a sus discípulos y eligió doce entre ellos, a los que llamó también apóstoles..."

"Bajando con ellos se detuvo en paraje llano; había una gran multitud de discípulos suyos y gran muchedumbre del pueblo..." Alzando los ojos hacia sus discípulos, dijo:

"Bienaventurados los pobres, porque vuestro es el Reino de los Cielos.

Bienaventurados los que tenéis hambre ahora, porque seréis saciados.

Bienaventurados los que lloráis ahora, porque reiréis.

Bienaventurados seréis cuando los hombres os odien, cuando os expulsen, os injurien, por causa del Hijo del hombre. Alegraos ese día y saltad de gozo, que vuestra recompensa será grande en el cielo.

Porque de ese modo trataron sus padres a los profetas.

Pero ¡ay de vosotros, los ricos! porque habéis recibido vuestro consuelo.

¡Ay de vosotros, los que ahora estáis hartos!, porque tendréis hambre.

¡Ay de los que reís ahora!, porque tendréis aflicción y llanto.

¡Ay cuando todos los hombres hablen bien de vosotros!, porque de ese modo trataron sus padres a los falsos profetas."

En el correspondiente pasaje de san Mateo (5, 1-13) la cita es más extensa y en la primera Bienaventuranza podemos leer: "Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos. "Pobres de espíritu" significa de corazón desprendido, estar desenmarañado de las riquezas y otros bienes materiales, especialmente.

Contemplando la acción en el campo de Jesús, aprenderemos nosotros, que tenemos que encontrar el camino hacia El y la felicidad en la simplicidad, en la paz, humildad y amor; no en la ambición -desordenada ambición, naturalmente-, ni en la agitación, en la cólera y los deseos de venganza; sino en el amor.

Reflexionemos sobre los síntomas que acompañan nuestras inspiraciones, deseos o resoluciones. Del Auto Sacramental hemos aprendido que éstos provienen de Dios si van acompañados de paz, humildad y confianza. Probablemente con ellos encontraremos también una sensación de aumento en la fe, esperanza y amor. Esta es la vía hacia la felicidad; aunque a veces será una penosa ascensión.

Repetimos una vez más: paz en la mente, ánimo sereno basado en la confianza en Dios, éstos son los indicadores que pueden confirmarnos que estamos siendo guiados por el espíritu de Dios y que estamos en el camino hasta la felicidad.

Podemos preguntarnos interiormente por qué Jesús puso tanto énfasis en la humildad. La razón es que la humildad es la senda, mejor dicho, el punto de partida, hacia toda santidad y felicidad. Allí donde hay orgullo y ambición, probablemente con sus concomitantes, envidia, espíritu de venganza y perturbación, no puede haber paz y ahí, por consiguiente, tampoco puede haber felicidad y santidad.

Si algún lector encuentra inoportuna la frecuencia con que yo menciono conjuntamente santidad y felicidad, me justificaré a mí mismo apoyándome en santa Teresa de Jesús, que solía decir que "santidad y felicidad son dos hermanas que siempre van juntas". Un pensamiento similar se encuentra en una de las bellas Antífonas de la oración de la Iglesia (miércoles IV, oración de la mañana) "El Señor me ha llenado de alegría; El me ha revestido con ornamentos de santidad."

Verdadera humildad y fuerza para conseguirla

La humildad es la base de todas las otras virtudes, pero debemos entender bien lo que es la humildad. La verdadera humildad no impide ni desalienta la acción, antes al contrario la promueve. Humildad no es auto-depreciación ni falta de confianza en sí mismo. No es una especie de complejo de inferioridad que hace que uno tema hacer mal las cosas y por tanto le desanima totalmente a hacerlas.

En una persona, deseosa de servir a Dios y de hacer bien a los otros, la humildad es un sano menosprecio por su reputación, de manera que, con la ayuda de Dios él intentará hacer grandes e incluso peligrosas cosas si las considera buenas y provechosas. La verdadera humildad le hace a uno, audaz y atrevido aun continuando sensato a pesar de ello. El puede asumir un riesgo calculado. Quiere tener éxito pero no considera indispensable para su bienestar y tranquilidad de espíritu, el alcanzar un éxito total. El sabe que una pizca de fracaso aquí y allí, de vez en cuando, no quebrantará su ánimo, pues él será feliz por haber hecho todo lo posible y con la mejor intención.

La persona humilde no queda subyugada por el respeto humano o por el temor a la humillación del fracaso. La persona humilde y valerosa puede, por ejemplo, aspirar a conseguir un logro de 1.000 unidades (si se nos permite emplear esta expresión) y tal vez, consiga sólo 300 unidades; ello representa técnicamente un 70% de fallos pero él ha conseguido un positivo logro de 300 unidades.

La persona orgullosa, lastrada como está por un complejo de inferioridad, necesita un éxito total por cualquier medio. El teme que un fracaso lo hunda y por ello, tal vez, limita sus aspiraciones a conseguir tan sólo 5 unidades y dado su limitado objetivo él puede conseguir un 100 % de éxito. Pero ¿qué es un resultado de 5 comparado con el logro de las 300 del hombre humilde que estaba dispuesto al fracaso?

Un autor responsable escribió acerca del "Fracaso de Francisco Javier". ¡Cierto! Javier apuntaba alto y sólo pudo conseguir una pequeña porción de lo que pretendía alcanzar, pero su logro fue tan grande que está considerado como el mayor misionero de la historia de la Iglesia, después de san Pablo.

Ejemplos prácticos

Después de unos cuantos ejemplos comprenderemos mejor cómo podemos aplicar en la práctica las enseñanzas del Auto Sacramental que se explica en este capítulo.

Nosotros podemos imaginar a un religioso, sacerdote o monja, que ha tenido una "brillante idea". El o ella, quiere iniciar una nueva actividad, una rama de la "legión de María", o un grupo carismático de

plegaria o alguna otra forma de actividad con la juventud o de apostolado. El o ella necesitan la aprobación previa de la autoridad parroquial o del superior de la casa religiosa. Imaginemos que por alguna razón le es rehusado el permiso. Puede suceder entonces, que él o ella lleguen a sentirse perturbados y enfadados por ello y anden de un lado para otro clamando amargamente su frustración por la denegación del permiso. En un caso así, podemos asegurar que la idea de empezar esta nueva actividad no proviene de Dios ni favorece la felicidad de él o de ella; vemos en ella "fuego y humo" en abundancia. Si este sacerdote o monja ha aceptado la denegación, incluso con profundo pesar, pero con ecuanimidad y resignación y está dispuesto quizás a intentarlo de nuevo cuando las circunstancias sean más propicias, entonces podemos considerar a esta "brillante idea" como inspirada por Dios.

Podemos imaginar otro ejemplo similar. Una nueva actividad o forma de apostolado ha sido iniciada por un sacerdote o un hermano, con la aprobación necesaria, pero desde el momento que ha empezado este trabajo, la persona en cuestión está agitada y con frecuencia en ruidoso conflicto con uno u otro de la comunidad, surgen destellos de cólera porque él cree que los otros no cooperan con su trabajo, etc., etc. Podemos afirmar que esta actividad no proviene de Dios, al menos en la forma en la que ahora es llevada, y vemos abundancia de "fuego y humo" del orgulloso trono del diablo.

Una profesora de una Escuela Superior, movida por su extremado celo, quiere que todos los estudiantes de su clase pasen con éxito sus exámenes. Para ello les exige mucho, les somete a multitud de clases y ejercicios extras, etc. Pero cuando llegan los resultados de los exámenes, ve que sólo el 60 % de los estudiantes han aprobado. Ella entonces queda totalmente desalentada y excesivamente enojada, culpa a aquellos que formularon los exámenes, a los que los corrigieron y a todos los demás que intervinieron. En su celo y esfuerzos para conseguir el éxito de sus alumnos, no vemos ninguno de los signos de Jesús o evidencia de la atmósfera de su campo. Nosotros más bien vemos la sombra del "orgulloso trono"; lo que nos hace sospechar la existencia de un deseo de demostrarse ella como una profesora mejor que las otras. Aquí hay abundancia del fuego de la ambición: ella, tal vez, pretende su glorificación más que el bien de los estudiantes. Si su celo hubiera ido de acuerdo con el espíritu de Jesús y por su camino hacia la felicidad, ella ciertamente se habría sentido frustrada por los escasos buenos resultados y habría sentido pena por los estudiantes suspendidos. Pero ella no habría sentido el "fuego" del desasosiego, enojo y recriminaciones, sino que habría existido una sensata evaluación de lo que puede hacerse, para conseguir mejores resultados la próxima vez.

Otro ejemplo. En un momento de descuido una persona comete una falta, verbigracia, dice una palabra hiriente a otro o dice una exageración o una categórica mentira, la cual podrá ser descubierta fácilmente con gran vergüenza suya. Suponed que cuando este individuo seda cuenta de su falta queda terriblemente desazonado y abatido, se siente turbado y azarado, pero no tiene el sentimiento cristiano del pesar por la falta cometida. En esta reacción a su desatino, podemos ver sólo la clase de obscura humareda que nosotros observamos arremolinarse en torno del orgulloso trono del diablo. Si él estuviese en el campo de Jesús y de la paz, él aceptaría la humillación consecuencia de su equivocación. Y, si el asunto lo requiriese, estaría dispuesto a presentar sus excusas y pedir perdón, lo que haría con gran simplicidad sin trazas de perturbación.

No debemos sorprendernos al descubrir que a veces somos tontamente desatinados y debemos saber cómo vivir en paz, con nosotros mismos, a pesar de nuestros errores o faltas. En su libro *Waters that go softly* (Aguas que corren mansamente) del P. Joseph Rickaby, S J., comentando la aceptación de las humillaciones, hace la siguiente aguda y sensata observación: "No seas necio, pero alégrate de parecerlo. Si tienes una pizca de insensatez, procura no demostrarlo pero alégrate si es descubierta".

Un ejemplo de la vida matrimonial. Una mujer tiene un serio conflicto con su marido, el cual no se comporta como debiera hacerlo. Ella está constantemente urdiendo mentalmente planes y madurando

proyectos de desquite o ensayando las palabras cáusticas que le agradaría decirle a su marido. Ciertamente ella no está en la senda de la felicidad. Aquí hay desasosiego, fuego y humo. Ella estará en mejor senda si, después de rezar, traza pacíficamente un plan para tener una firme, pero mesurada y serena confrontación, con su marido, en el momento oportuno. Y ella debe prepararse para asumir las consecuencias de la confrontación cualesquiera que ellas puedan ser.

Un último ejemplo. Un hombre tiene un serio problema con su hijo adolescente. El está furiosamente enojado y a veces amenaza con expulsar de casa al hijo, y luego se siente lleno de remordimiento. Naturalmente él es muy desgraciado. Ahí está presente mucho fuego y humo, no sólo en el hijo sino también en el padre. Tal vez, después de haber rezado pidiendo calma y luz, el padre podría tener una sosegada conversación con el muchacho, mejor si es posible en presencia de la madre del chico, y explicar a su hijo que ellos, sus padres, lo quieren y desean tenerlo en su casa. Entonces el padre, podría añadir que si él quiere permanecer con ellos, tiene que conformarse a observar las normas de comportamiento que ellos quieren en su casa. Podrá emplear para expresarlo palabras amables y cariñosas pero también firmes. Y el muchacho se dará cuenta que sus padres están dispuestos a aceptar la pena de la separación si él decide y escoge marcharse de casa. Ello hará probablemente que el muchacho considere la situación en una forma más razonable.

Estas reflexiones sobre el Auto Sacramental de "Las dos banderas" pueden ayudarnos a tener la seguridad de que nosotros estamos en el camino de la felicidad.

VERIFICANDO NUESTRA SINCERIDAD

Las tres clases de personas

Otro ejercicio o meditación ignaciana que a veces produce un gran impacto en los ejercitantes es el titulado "Tres clases de hombres".

En él se consideran tres actitudes con respecto a la aceptación o la no aceptación de los medios necesarios para alcanzar aquello que se supone que nosotros queremos. En este punto de los Ejercicios Espirituales el ejercitante de buena fe desea una entrega total a Cristo. Para nosotros, ahora, el propósito es la Felicidad Cristiana. Como ya hemos dicho antes, la santidad y la felicidad frecuentemente coinciden; pero en este capítulo enfocamos la atención en nuestro deseo de ser felices.

En nuestra búsqueda de la felicidad la táctica de "Las tres clases de hombres" puede ser provechosamente utilizada para descubrir si nosotros somos realmente sinceros en nuestro deseo. Cada uno de nosotros piensa que él quiere ser feliz; pero muchos no lo desean sinceramente puesto que ellos no están dispuestos a hacer lo necesario para obtener la verdadera y perpetua felicidad.

La táctica de san Ignacio en este ejercicio es proponer una pequeña parábola. En forma ligeramente modificada se presenta frecuentemente de esta manera: He aquí tres personas enfermas. Cada una de las tres dice que quiere curarse. Pero ellos tienen diferente criterio sobre los medios de conseguir la curación.

El primer enfermo está lamentándose continuamente de su enfermedad. Se le dice que tiene que ir a que le vea un médico. "¡OH, no!, replica, ¡jamás! Los médicos son todos unos curanderos. Yo nunca acudiré a un médico". Entonces se le aconseja diciéndole que debería tomar un remedio casero. "De ningún modo, exclama, todas las medicinas son venenos". Alguno de sus amigos le insiste. "Al menos, tómate unos pocos días de reposo". "¡Imposible!", protesta él, "Tengo demasiado trabajo".

En verdad este hombre no tiene verdadero propósito de conseguir la curación puesto que él rehúsa tomar cualquier medida para ello. Cada uno puede preguntarse a sí mismo, "¿En mi busca de la felicidad, estoy yo quizás, a veces, entre los hombres de este tipo?".

No es probable; pero muy fácilmente puedo encontrarme yo mismo entre los del segundo tipo.

El segundo de los enfermos está dispuesto a ir a que le visite el médico y a tomar medicinas. Pero si, después de una cuidadosa exploración y de todas las pruebas necesarias, el doctor le dice: "Ud. tiene esto y aquello. Es necesaria una intervención quirúrgica para curarle a Ud.", el paciente replica: "¡OH no, doctor! De ningún modo. Yo no quiero ninguna operación. Déme alguna medicina, recéteme alguna pomada o cualquier otra cosa, pues yo no consentiré en ser sajado y abierto." Si el doctor insiste diciendo, "Yo no conozco ningún otro medio efectivo que le pueda poner bien" y el enfermo continúa empeinado rehusando ser operado, este hombre no se pondrá bien. (Dando por supuesto, naturalmente, que el médico está acertado en su diagnóstico y prescripción.)

Puede suceder que uno sea sincero en el deseo de ser feliz ya que está dispuesto a hacer algo para conseguirlo, pero uno no es totalmente sincero si no acepta tomar todas las medidas que puedan ser necesarias, sin excluir ésta o aquella que en sus circunstancias puede ser el único medio efectivo.

Puede suceder, por ejemplo, que en nuestra vida rehusemos terminar con alguna rencilla o perdonar a alguien o abandonar toda idea de venganza, que son obstáculos para nuestra felicidad. Para otros puede ser, el abuso de la bebida, el uso de las drogas, una relación pecaminosa o una amistad que lleve al pecado, lo que constituyan obstáculos en su camino hacia la felicidad. La codicia o el excesivo apego al dinero o a las cosas materiales pueden también ser impedimentos para alcanzar la paz y la felicidad.

Yo recuerdo el caso de un hombre, un campesino, que estaba lejos de ser feliz porque él no podía vivir en paz con sus hermanos menores. Por ausencia de un testamento legal en forma, él retenía para sí mismo la mayor parte de las tierras de su padre, que podemos añadir eran demasiado extensas para que él solo pudiese cultivarlas bien. El retener para sí todas esas tierras era contrario a las reclamaciones moralmente rectas de sus hermanos y contra el consejo de los ancianos del pueblo. Una distribución más equitativa de las propiedades hubiera ocasionado más felicidad en él y en sus hermanos.

La última clase de persona es la siguiente. El está enfermo. Pero él quiere realmente ponerse bien. El médico le dice que solamente la cirugía puede sanarle. El puede decir al médico: "Doctor, tengo un miedo terrible a cualquier operación. Pero si no hay otro remedio, siga adelante. Yo estoy dispuesto."

Sólo este hombre se pondrá bien del todo. ¿Tengo yo, plenamente, esta actitud?

Actuar según la decisión tomada

Cuando uno se decide a dar este difícil paso, debe hacerlo inmediatamente, confiando en Dios. Podemos tomar el símil de un adulto que trata de aprender a nadar. Lo esencial, si pretende tener éxito en su empeño, es lanzarse de cabeza al agua. Sólo cuando pueda acumular el coraje suficiente para levantar ambos pies del suelo y zambullirse podrá ser capaz de extender sus brazos, levantar su cabeza y nadar. Solamente entonces descubrirá que el agua, tan temida, le sostiene gentilmente.

Para poder llevar a cabo decisiones difíciles lo importante es hacer la primera zambullida confiando en nuestras propias fuerzas, confiando en la ayuda y simpatía de los demás y principalmente confiando en Dios. Sabe Ud. ahora qué es lo que debe hacer para su bienestar. Si Ud. está excesivamente apegado a sus antiguos hábitos puede resultarle difícil el cambio. Pero sería irracional decir, "Yo estoy tan apegado a esto o aquello que es preferible esperar una mejor ocasión, cuando me sea más fácil el cambio". Lo más probable es que esta mejor ocasión no se le presente nunca.

Podemos parafrasear ligeramente unas pocas líneas escritas por W. H. Longridge, S.S J.E. en sus comentarios sobre la meditación acerca de "Las tres clases de hombres". Lo que él dice es a propósito del deseo de perfección, pero aquí podemos aplicarlo al deseo de felicidad:

"Es fácil desear la felicidad. Pero es difícil someternos nosotros mismos a la disciplina por la cual solamente puede ser conseguida. Nosotros vemos la belleza de la humildad. Deseamos poseerla, pero nos encogemos ante lo que realmente nos humilla. Nosotros deseamos ser desprendidos y liberarnos de la carga de las cosas terrenas, pero en realidad encontramos duro el renunciar a ellas. Nosotros ansiamos poseer la perla de gran precio, pero no estamos dispuestos a abandonar todo lo demás para conseguirla."

DESEO DE LA ETERNA FELICIDAD

El cielo

Una de las consecuencias favorables, o sea, el lado bueno de las dificultades y sufrimientos es, a lo menos para mí, el deseo del cielo. Allí habrá gozo sin mezcla alguna de tribulación, miedo, ansiedad o tristeza.

Los últimos años de mi cuarentena fueron años de gran "estrés" moral y en ellos, los mejores días de cada año fueron los ocho días de retiro anual. Yo escogía siempre Khandala como lugar de mis ejercicios. El aire frío vigorizante, los relajantes paisajes con las fantásticas siluetas de las montañas cercanas, y la esplendorosa vista sobre las profundas gargantas a nuestros pies y sobre las distantes llanuras, todo ello me hacía pensar que si este valle de lágrimas puede ser tan hermoso ¡cuánto más precioso debe ser el Cielo! ¡Y cuán maravilloso debe ser el estar con el Creador de este hermosísimo universo! Un deseo como este del cielo puede ser sumamente consolador. Aunque es muy poco lo que aquí podemos imaginar o decir acerca del Cielo, es agradable el intentarlo y pensar en él.

Uno de mis primeros sermones en lengua marathi fue sobre el cielo. Era un sermón corto pero yo empleé mucho tiempo en su preparación. Entre aquellos que escucharon el sermón estaba una anciana, americana, ex-misionera protestante convertida al catolicismo. Ella era una buena lingüista en marathi. Yo esperaba que ella me dijera después de la misa del domingo las cosas que yo debía mejorar en mi marathi. Pero aquel día, lo único que ella me dijo fue que al salir de la iglesia una joven mujer muy pobre le había dicho que era bueno el oír hablar acerca del Cielo y que a ella le hubiera gustado que el sermón no tuviese fin. Esta era su forma de expresar el deseo del cielo...

El Libro de la Revelación nos dice: "Y enjugará toda lágrima de sus ojos, y no habrá ya muerte ni habrá llanto, ni gritos ni fatigas, porque el mundo viejo ha pasado".

Piensa en lo que en tu vida te ha causado a ti zozobra, desconsuelo o pesadumbre, y puedes decir: "En el cielo, estas cosas nunca sucederán". Nunca sentiré fatiga ni aburrimiento, jamás miedo o tentación, sino perfecta seguridad en la propia bienaventuranza.

Todo lo anterior son declaraciones negativas. En sentido positivo podemos decir, generalizando, que todas las cosas buenas de las que disfrutamos en la tierra las encontraremos en el Cielo en forma sublime e indescriptible. Como san Pablo escribió: "... Lo que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni al corazón del hombre llegó, lo que Dios preparó para los que le aman" (1 Co. 2,9).

Algunos han intentado decirnos qué son estas cosas buenas. Por ejemplo, nos dicen que en el Cielo todo el mundo es bueno, amante y sociable. Santa Teresa nos habla de la gran belleza de todos los cuerpos gloriosos en el Cielo, especialmente de la humanidad de Cristo (Vida. Cap. 28, n.º 4): "Sólo digo

que cuando otra cosa no hubiese para deleitar la vista en el Cielo sino la gran hermosura de los cuerpos glorificados, es grandísima gloria, en especial ver la Humanidad de Jesucristo Señor Nuestro."

También hemos oído decir que todas nuestras buenas inclinaciones humanas quedarán satisfechas, por ejemplo, el que ame la música, gozará en el cielo de las más espléndidas armonías. Todas esas cosas y muchas más estarán en el Cielo. Pero cavilar sobre ellas puede ser alucinante, pues sobrepasan todo lo que podemos imaginar y, en realidad, ellas no constituyen el Cielo.

Y cavilar sobre ellas puede ser causa de que nosotros nos formemos una idea del Cielo como lugar de deleites concretos más que como un estado de intrínseca felicidad.

Empero, por placenteras que ellas puedan ser, todas estas bellas cosas que hemos dicho que nos deleitarán en el cielo, sólo son accidentales. Lo que realmente forma el Cielo es totalmente distinto.

En una ocasión oí a un anciano sacerdote que dio la siguiente imagen: Suponed, dijo él, que os han regalado una localidad para un buen espectáculo, estáis contentos y vais a presenciarlo. En la sala del teatro hay un ambiente agradablemente confortable y os atribuyen una cómoda butaca. Apreciáis todo ello. Os regalan un programa bellamente ilustrado y os sirven gratuitamente refrescos. Sois felices. Pero, de repente, avisan: "No hay función." Os sentiréis completamente defraudados. Todas esas cosas de las que habéis disfrutado eran accidentales. Las apreciamos como ambiente del espectáculo. Si se cancela la función no nos importarán lo más mínimo.

En el Cielo, el espectáculo, por así decirlo - lo realmente importante -, es la visión de Dios, mejor dicho, esta íntima unión con El que consiste en poseerlo a El y ser poseído por El, o en otras palabras, en compartir su vida y su felicidad. Las cosas antes mencionadas son meramente accidentales. Ellas serán bienvenidas e incrementarán nuestra felicidad con tal que exista la unión con Dios.

Los teólogos llaman a esta unión con Dios en el cielo, visión beatífica. Esta es sólo una de las fórmulas acuñadas por los teólogos para encubrir su ignorancia (esta fue la expresión que oí al mejor profesor de teología que yo he tenido). Nosotros no sabemos verdaderamente en qué consiste la visión beatífica y aquellos que ya lo saben, por haberla experimentado, no pueden explicárnosla.

San Pablo nos dice que a él se le dio la experiencia del Cielo (2 Co. 12,1-5) "fue arrebatado hasta el tercer cielo y oyó palabras inefables que el hombre no puede pronunciar." Y verdaderamente él no cuenta mucho más cuando dice (1 Co. 13,12): "Ahora vemos en un espejo, confusamente. Entonces veremos cara a cara."

San Juan emplea una expresión similar (Ja 3,2): "Porque le veremos tal cual es", pero añade una insinuación de que nosotros compartiremos su vida y felicidad, cuando él dice que en el Cielo "... seremos semejantes a El" (1 Jn. 3,2).

En otros lugares, las Sagradas Escrituras, sin intentar describir el estado de gloria, acuden a simples realidades humanas y de una forma poética se refieren al Cielo como un magnífico banquete, una fiesta nupcial, a la cual no solamente estamos invitados, sino que la Iglesia y nosotros, sus miembros, son la novia (Ap. 21,9b-11). Pero aun así las Sagradas Escrituras nos dicen tan poco, que dejan un amplio campo para nuestra curiosidad.

Se refiere la anécdota de que cuando el bien conocido novelista católico Bernanos estaba a punto de morir fue a visitarle Monseñor Pézérile, obispo auxiliar de París, y en la conversación preguntó al enfermo cuáles eran sus sentimientos esos días en los que él estaba en los umbrales de la eternidad. Bernanos respondió: "Una inmensa curiosidad".

Entrar en el Cielo será para nosotros una sorpresa, una enorme alegre sorpresa. Y el Cielo será el cumplimiento de todos nuestros deseos y aspiraciones. Nosotros podemos recordar el famoso dicho de san Agustín, "Tú nos has creado, OH Señor, para Ti y nuestros corazones no tendrán reposo hasta que descansen en Ti."

En el Cielo nosotros encontraremos completa paz y satisfacción en El. Sobre la montaña, en la Transfiguración, cuando Pedro vislumbra la gloria de Jesús, exclama: "Maestro, ¡qué bien se está aquí!" (Lc. 9,33). Nosotros también diremos en el cielo: "¡Es maravilloso para nosotros el estar aquí!"

Y por toda la eternidad nos sentiremos de esta manera.

El deseo de Dios

"Como jadea la cierva tras la corriente de agua, así jadea mi alma en pos de Ti, mi Dios. Tiene mi alma sed de Dios, del Dios vivo ¿cuándo podré ir a ver la faz de Dios?" (Sal. 42 (41),1,2)

Algunas personas han tenido lo que se llama usualmente una "experiencia mística". Es una experiencia de la presencia de Dios y del amor de Dios en una forma que hace que uno no pueda dudar acerca de ello. Va acompañada con un tan intenso gozo y felicidad íntima, que uno no puede dejar de reconocer que es Dios quien la da. Nada más puede causar tan profunda felicidad.

Aquellos que han tenido una experiencia religiosa o mística de esta clase tienen probablemente un gran deseo de estar con Dios en el cielo. Yo conozco a un muchacho de 13 años muy dotado intelectualmente. El no estaba bautizado pero tenía fe en Cristo. Una noche estaba reflexionando sobre su fe en la divinidad de Cristo y se sintió sumido en un intenso júbilo. Pocos días después él me refirió que tras esta experiencia aquella noche no pudo dormir a causa de su felicidad, sólo pudo conseguir pequeños períodos de amodorramiento, pero ello no obstante se levantó con intensa alegría por la conciencia de que Cristo, Dios le amaba a él.

De todas maneras, me dijo él, había sido una noche reposada y por la mañana se sintió como nuevo, pero con un gran deseo de estar en el cielo algún día. Durante muchos días había sentido, me dijo, una silenciosa paz y gozo en su corazón.

Santa Teresa de Jesús refiere los efectos de tal experiencia en el siguiente párrafo: "Un ardiente y constante deseo del cielo es un signo seguro en los contemplativos de que los favores que ellos reciben vienen de Dios y que su contemplación es genuina... Almas que reciben favores divinos... desean estar allí donde no tengan que gustarlo sólo a sorbos. Ahora que conocen algo de la grandeza de Dios, ellos anhelan verlo en su integridad. "Camino de perfección, cap. 42, n.º 4).

De sí misma santa Teresa escribió (Vida, cap. 40, n.º 27) que era confortante para ella el oír las campanadas del reloj, porque le parecía a ella que se había acercado un poco más a ver a Dios, puesto que otra hora de su vida había pasado. Las personas que no son místicas pero que tienen un gran amor a Dios pueden sentir también un gran deseo del Cielo.

Conocí a una señora, persona alegre y extrovertida, madre de diez hijos, que siempre había tenido un vivo deseo de hacer la voluntad de Dios en todas las cosas. Cuando ella estaba muriendo de cáncer se le dijo que el veredicto del médico era que, dentro de dos o tres semanas habría fallecido. Ella se sintió muy feliz de ir al Cielo y, a pesar de las protestas de sus afligidos hijos, ella insistió en que, después de recibir el Viático y el Sacramento de los enfermos, se celebrase una merienda en su misma habitación, con pasteles y bebidas, para celebrar su ida al Cielo.

Transcribo aquí una deliciosa anécdota de Maurice Zundel (referida por el R. P. Rey-Mermet en su libro *Creed* sobre un chiquillo, durante la última guerra mundial. Cuando los bombardeos aéreos, él estaba terriblemente asustado y con su madre iban a un improvisado refugio subterráneo; pero él sabía que un impacto directo les mataría con seguridad. Para confortarle su madre le dijo un día: "Cuando yo te llevaba en mi seno muy cerca de mi corazón, yo me preguntaba a menudo qué aspecto tendrías, cómo sería tu cara. El júbilo de tu nacimiento fue el descubrirlo. De la misma manera Dios mora en nosotros, en

nuestras almas; pero nosotros no lo vemos a El. La muerte será para nosotros el encontrar con júbilo cómo es Dios; ella es el nacimiento a la eternidad. ¿Por qué entonces estás asustado?"

Durante el siguiente raid aéreo ella se dio cuenta de que el niño estaba muy tranquilo.

Súbitamente se le acercó y le preguntó con radiante fervor: "Mamita, ¿será hoy cuando nosotros veremos la cara de Dios?"

¿Por qué tenemos que sentirnos asustados de la muerte? Nosotros sabemos que la suya es una Faz de Amor.

Nostalgia del hogar

Los santos se han dado cuenta de que sobre la tierra no está nuestro verdadero hogar. Nuestro real y permanente hogar es el Cielo. Allí nosotros estaremos con nuestro amante Salvador, nuestro Señor Jesús, y con nuestra amante Madre María. Nosotros nos encontraremos con aquellos que quisimos durante nuestra vida terrena. El Cielo será nuestro hogar para siempre.

En la vida presente nosotros nos sentimos más bien como peregrinos, para utilizar la expresión frecuentemente repetida en el Concilio Vaticano II, o como leemos en las Escrituras (san Pablo en sus cartas): "Confesándose extraños y forasteros sobre la tierra..." (Hb. 11,13). Y añade: "Pero nosotros somos ciudadanos del cielo..." (Flp. 3,20).

No sorprende pues que él se sintiese como un exilado: "... vivimos lejos del Señor..." (2 Co. 5,6), y en consecuencia tuviese un, digamos, deseo de morir, "... preferimos salir de este cuerpo para vivir en el Señor". Pablo, como otros místicos, después de haber tenido una visión de las maravillas del Cielo, piensa que las buenas cosas de la tierra no son más que basura. Estas son las mismas palabras que él utiliza: "... y las tengo por basura (las cosas que perdía) para ganar a Cristo..." (Flp. 3,8).

San Ignacio al contemplar el estrellado cielo desde su residencia en Roma exclamó: "¡Cuán aborrecible aparece esta tierra cuando pienso en el Cielo!" Santa Teresa de Jesús usa expresiones similares. Refiriéndose a sus experiencias del cielo en un rapto, ella escribió: "Yo hubiese querido continuar en este rapto por siempre, y que no hubiese vuelto a la conciencia a causa de un sostenido sentimiento de desprecio por todo lo de aquí abajo. Parecíame basura" (Vida, 38,4). Y en otro libro suyo (Rel. 1, n.º 12) ella expresa la misma idea en forma ligeramente diferente: "Cuando veo alguna cosa hermosa, rica, como agua, campo, flores, músicas, etc., paréceme no lo querría ver ni oír; tanta es la diferencia de ello a lo que yo suelo ver (en los raptos), y así se me quita el gusto de ellas. Y de aquí ha venido a dárseme tan poco por estas cosas, que si no es primer movimiento (a primera vista), otra cosa no me ha quedado de ello, y esto me parece basura."

PARA UNA FELIZ ANCIANIDAD

CRECER EN VEJEZ FELIZ

Dos homilías

OH Dios, desde mi juventud me has instruido,
¡he anunciado hasta hoy tus maravillas!
Y ahora que llega la vejez y las canas
¡OH Dios, o me abandones!

Para que anuncie yo tu fuerza y poder a todas las edades venideras...
Exultarán mis labios cuando salmodie para ti,

y mi alma que tú has rescatado.

(Sal. 71: 17, 18,23)

Fue en el año 1978. Yo tuve que ir a Europa para dar una serie de Ejercicios Espirituales y ocasionalmente pude pasar unas semanas en Barcelona, mi ciudad natal. Mis antiguos compañeros del colegio organizaron una cena del "curso", precedida de una misa, en nuestro viejo colegio. El motivo o pretexto de nuestra celebración fue nuestra reciente llegada a la setentena.

Yo tuve que predicar la homilía en la misa y mientras la estaba preparando leí un libro español acerca de cómo tener una serena "Tercera Edad" (a mí no me gusta nada este término, que me suena por lo menos peyorativo, pero es ampliamente usado en España para designar los años después de los setenta). En la homilía exhorté a mis antiguos condiscípulos, y a mí mismo, a intentar, haciendo todo lo posible, envejecer con gracia, pero temo que mi exhortación sonaba más bien a "Tratemos de conseguir lo mejor de unas malas circunstancias".

Cinco años después los que todavía quedábamos por ahí, fuimos convocados por los mismos organizadores de la anterior reunión, para celebrar ahora una gran fiesta de un día completo. Acepté con alegría la invitación y viajé a España para asistir a ella, y para otras cosas. Fue un día memorable para todos nosotros. La mayoría acudieron acompañados de sus esposas. El programa se inició con una Misa en el célebre Monasterio de Montserrat. Después de una prolongada y ruidosa comida, tuvimos una velada rememorativa de nuestros profesores, con anécdotas y bromas de nuestros días de colegio.

Yendo a lo relacionado con este capítulo, referiré que me pidieron de nuevo que predicase la homilía en la misa concelebrada. El tono de esta segunda homilía fue muy distinto de la dicha cinco años atrás. Ahora, mis palabras pretendían ser un himno de agradecimiento y de júbilo. En los años intermedios yo había leído -y rezado sobre ello- todo lo bueno que pude encontrar acerca del tránsito a una feliz vejez. Yo estaba totalmente ocupado, aunque a un ritmo decididamente más reposado, en ocupaciones muy agradables para mí y con frecuencia plenamente satisfactorias. Había conservado algún trabajo pastoral en cuatro pequeños pueblos, aconsejando muchachos de nuestras dos residencias de Talasari, dando guía espiritual a religiosas, especialmente por carta y me agradaba ir a dirigir retiros espirituales de ocho a treinta días. Y algo que no había hecho nunca anteriormente: había estado escribiendo mi primer trabajo, ya publicado, que se titulaba Challenges to Religious Life Today (Retos a la vida religiosa hoy día). Otro manuscrito, Do you want to pray well? (¿Quiere Ud. rezar bien?), estaba aceptado para su publicación y ya tenía escritos la mayoría de los capítulos del presente trabajo. Fue fácil para mí el compartir entonces mis emociones con mis viejos compañeros de colegio y la homilía fue una especie de salmo exultante de acción de gracias por los favores recibidos en nuestros días de colegio y a lo largo de nuestras vidas, agradecimiento por la luz, la fuerza y el valor que habíamos recibido para enfrentarnos a los problemas y dificultades de la vida, y particularmente agradeciendo a Dios, que nos había permitido alcanzar la edad madura, una edad de oportunidades y de desarrollo continuado, y una edad tal vez de plenitud y tal vez, incluso, de logros. Este es el tono que ahora quiero dar a estas páginas.

Existe una abundante literatura sobre el tema de la ancianidad o vejez. Yo había recogido un grueso fichero de recortes y extractos que me fueron muy útiles. Era obvio que yo no podía escribir algo mejor de lo que ya se había publicado. Entonces, ¿por qué tenía yo que escribir? La contestación es que yo sentí que podía compartir mi experiencia en envejecer y que podría decir algo sobre mis reacciones a los buenos consejos dados por otros.

El material que yo había reunido me había invitado con frecuencia a la reflexión y a la plegaria. Y ello me había ayudado inmensamente. Yo podría intentar compartir con otros mi positiva y jubilosa actitud.

La edad avanzada: periodo de desarrollo continuado

Se ha dicho que uno se vuelve viejo sólo cuando ha dejado de crecer. Me gusta la expresión inglesa "growing old" (que traducida literalmente dice: "creciendo viejo", porque connota que la vejez es todavía un período de desarrollo. En los años avanzados, las fuerzas físicas van declinando gradualmente y se nos van imponiendo restricciones sobre nuestras actividades. Sin embargo, todavía quedan muchas áreas (de actividad) en las cuales podemos continuar desarrollándonos.

Por un lado nosotros debemos aceptar con serenidad nuestra declinante condición física. Debemos aceptar el hecho de que ahora ya no podemos hacer todo lo que antes nos era posible y que lo que ahora aún nos es posible hacer, tenemos que hacerlo a un ritmo más pausado. Uno tiene que estar dispuesto a desprenderse de responsabilidades y dejar que la gente más joven se encargue de ellas. Ha empezado un nuevo capítulo de nuestra vida que puede traernos problemas en la diaria rutina.

La edad avanzada, como la juventud, tiene problemas y también promesas en sí misma. Los jóvenes fácilmente subestiman los problemas, nosotros los ancianos podemos igualmente pasar por alto las promesas. Envejecer es parte de la vida y así como aceptamos la vida con sus problemas debemos también aceptar la ancianidad con sus dificultades. Nuestra tranquilidad y aceptación voluntaria de esta fase de la vida atenuará en gran manera los problemas. Y nosotros podremos descubrir con alivio e incluso con alegría, que las limitaciones de la edad avanzada tienen sus compensaciones: más calma, menos responsabilidades y preocupaciones, más tiempo libre, más oportunidades para mejorarnos a nosotros mismos y para ayudar a los demás; probablemente uno es objeto de mayores amabilidades de los demás.

Por otro lado nosotros debemos tener la determinación de continuar desarrollándonos allí y en donde todavía sea posible. Se ha dicho que uno realmente se vuelve viejo cuando cesa de intentar aprender y mejorarse a sí mismo.

En años recientes personalmente he tomado parte activa en tres o cuatro seminarios o grupos de trabajo. Yo era el más anciano del grupo y yo me sentía particularmente feliz de ello. Imagino que la causa de mi felicidad era que yo me sentía joven en medio de la gente joven. Y supongo que también me sentiría joven porque yo era consciente de que estaba ávido de aprender.

Además del vasto campo donde adquirir nuevos conocimientos, los ancianos pueden continuar desarrollándose especialmente en el orden moral. Pueden volverse más amables, pacientes y tolerantes. Y a nivel práctico puede haber un desarrollo incluso en su utilidad para todos. Es conocido el dicho de que uno permanece joven en tanto que uno continúa siendo útil.

Durante un retiro que yo dirigí recientemente y en la hora de oración en común, un ejercitante rezó para que pudiesen existir en las comunidades religiosas mayor amor mutuo y deseos de ayudar. Inmediatamente un joven sacerdote participando de sus sentimientos, dijo que en su comunidad, los miembros más dedicados y útiles eran los dos más ancianos, uno de más de 80 años y el otro próximo a cumplirlos. Estos sacerdotes estaban siempre dispuestos a prestar servicio, a sustituir a los otros en los ministerios en las parroquias y a hacer los trabajos casuales, que tenían que ser hechos y que los otros sacerdotes no tenían tiempo para hacer.

Tanto si uno es religioso como si vive con su familia, si uno es humilde y voluntarioso, puede encontrar muchas maneras de hacerse, sin pretensiones, extremadamente útil. Asimismo, tanto si es en familia como si es en una casa religiosa, uno puede desarrollarse principalmente en el amor de Dios y en la unión con El y en consecuencia en paz espiritual y serenidad. El ejemplo que uno puede dar entonces de calma y de satisfacción, de preocupación por los otros y de amor, no solamente puede ser un gran

apoyo moral en la familia o en la comunidad sino que también pueden ayudar a crear en el grupo una atmósfera de paz, confianza mutua y benevolencia.

Verdaderamente, cuando uno empieza a cultivar sus propias posibilidades, uno encuentra nuevas áreas donde desarrollarse. Uno puede tener que hacer algunos ajustes mentales y prácticos a las nuevas circunstancias. Al principio estos ajustes pueden parecer duros e incluso dolorosos, pero no resultarán demasiado difíciles una vez puestos en práctica. En la práctica, me atrevo a decir, nosotros podemos escoger el tipo de vejez que queremos, porque en gran manera nosotros podemos dar forma a los últimos años de nuestra vida en la tierra. Es una cuestión de alguna preparación y sobre todo de la actitud que nosotros queramos tomar

.El gran poeta indio Rabindranath Tagore expone bellas ideas en estas estrofas de Gitanjali: "Pensaba que mi viaje había llegado a su término y al último límite de mis fuerzas...Que el camino quedaba cerrado delante de mí. Que las provisiones estaban agotadas. Y que había llegado la hora de refugiarse en una silenciosa oscuridad. Pero he descubierto que Tu voluntad no encuentra fin en mí. Cuando las viejas palabras mueren en mi lengua, nuevas melodías nacen en el fondo del corazón; y donde se pierden los viejos rastros, un nuevo país es revelado con todas sus maravillas. "

El gradual proceso de deterioro físico y la mengua de las fuerzas corporales y de la salud pueden causar depresión. Quizás podemos tomarlo más bien como un bienvenido recordatorio de que nos vamos acercando más al Cielo y también puede ser un aliciente para conseguir lo mejor de nuestros últimos días.

La vejez, período de oportunidades y realizaciones

La vejez puede devenir un tiempo de oportunidades. El "ocio" que se nos impone puede darnos una gran oportunidad de hacer algo que siempre habíamos querido hacer y para lo que nunca tuvimos tiempo. Yo he recogido aquí varios ejemplos inspiradores, de realización en la vejez.

Conocí a dos hombres de setenta años que con gran fruición escribieron sus memorias para el bien de sus hijos y nietos. Otro anciano escribió relatos, de los que he leído un par y que he encontrado muy interesantes. El no tenía intención de publicarlos y me dijo que disfrutaba mucho escribiéndolos y que ello ya la representaba suficiente recompensa.

Un amigo mío, a quien no he visto jamás pero con el que me carteo y que es relator de los tribunales, me escribió que al retirarse se dedicaría exclusivamente a su afición predilecta: la jardinería.

Un industrial, que se había mostrado superactivo toda su vida y que es padre de diez hijos, me dijo que ahora, mediados los setenta, había pasado con su mujer unas deliciosas semanas en un confortable balneario y que éstas habían sido las primeras vacaciones reales de su vida. Agradeció especialmente la oportunidad de mantener reposadas conversaciones con su esposa, pues en aquellos días llegaron a conocerse, el uno al otro, mucho más íntimamente que nunca. "Fue maravilloso", concluía.

Quedé impresionado por la biografía de Laura Ingalls Wilder, esposa de un granjero norteamericano, la cual a los sesenta y cinco años empezó a escribir una serie de libros: "Las pequeñas casas de la pradera". Ella pretendía dejar constancia de una época desaparecida y lo realizó bellamente. Sus deseos se cumplieron plenamente. Cuando murió en 1957 ya sabía que sus libros habían conseguido fama universal. Recibió premios literarios, existían escuelas y bibliotecas que llevaban su nombre y había recibido millares de cartas de admiradores.

Recuerdo también ahora el modesto pero satisfactorio logro de una anciana tía mía. Ella había querido siempre poder dedicarse al cuidado de los enfermos y de los pobres. En su vejez, una vez quedó libre de sus obligaciones familiares, gustaba de ir cada día a trabajar como voluntaria en un "Cottolengo",

hospital para incurables. Y ella lo hizo, alegre y feliz, durante muchos años a pesar de sufrir una dolorosa artritis.

Un jesuita amigo mío, el P. Aloysius Coyne, siempre había estado en sus años "activos" dedicado a labores directivas, como rector de diferentes instituciones o como Provincial de la Provincia Jesuítica de Bombay. Con frecuencia se lamentaba de que no tenía tiempo para leer, ocupación que le gustaba muchísimo. Al retirarse, tuvo tiempo para leer y para asumir otras agradables ocupaciones, como dirigir Ejercicios, cosa que le había sido imposible hacer anteriormente. Y ahora, a sus 85 años, y a pesar de una invalidante artritis, está ocupado todo el año con sus tandas de Ejercicios. Me dijo que siempre tenía comprometido todo un año por adelantado. La mayoría de los retiros los da en el Seminario donde reside, pero algunas veces va a sitios distintos y a veces tan lejanos como los distantes Himalaya, para dar Ejercicios en casas religiosas. Una vez me dijo que mantenía la cabeza tan clara como siempre. Conversando con él me di cuenta de que la ochentena era para él una edad de plenitud.

Y lo mismo puedo decir de otro amigo mío, el P. Melchior M. Balaguer, S J., que ahora tiene 84 años. El fue primero profesor de Escuela Superior, después Vicario General de la Archidiócesis de Bombay y finalmente Director de dos Escuelas Superiores en la India. Fue el Jefe Ejecutivo del Comité Organizador del Congreso Eucarístico Internacional que se reunió en Bombay en 1964 y del cual era Presidente el Cardenal Gratias, pero toda la responsabilidad y el peso del trabajo recayó sobre el P. Balaguer y a él le corresponde el crédito por el éxito del Congreso. Como su capacidad organizadora es extraordinaria se le conservó (a pesar de su edad) a la cabeza del Centro de Comunicaciones Sociales (de la India) donde trabajan una cuarentena de personas, sacerdotes, religiosas y laicos. Ahora bien, como él está "retirado", piensa que se puede permitir con frecuencia el tomar quince días para marcharse a dar Ejercicios a otros lugares donde se lo han pedido. Hace pocos meses dirigió uno para obispos en el sur de la India. Puede suceder que cuando está alejado dando Ejercicios reciba una llamada de su secretario del Centro y que por conferencia telefónica dicte cartas o resuelva algún asunto.

J. Maurus en su libro *Grow old gracefully* (Envejeced con gracia) da una impresionante lista de personas que consiguieron resultados e incluso cosas difíciles a una avanzada. Por ejemplo: Miguel Ángel, el famoso pintor, que a los 60 años empezó a escribir poesías; Webster, que después de los 50 empezó a estudiar 17 idiomas distintos; James Watt, que a los 85 años estudió el alemán, etc.

Un llamativo ejemplo es también el de la madre política de un amigo mío, médico de Bombay. Ella tiene ahora 90 años. Su hija, Meena, la esposa del doctor, me dio los siguientes detalles: cuando su madre tenía 73 años tuvo un ataque fulminante que le dejó paralizado el lado derecho del cuerpo. Como su marido estaba aquejado de la enfermedad de Parkinson y no podía escribir, y ellos vivían en Goa, lejos de sus familiares, consiguió que su hija le enseñase a escribir a máquina con la mano izquierda. Animosamente abrió una nueva cuenta en el Banco con la firma de su mano izquierda y llevó toda la correspondencia con el Banco. Ahora ella escribe a máquina cartas frecuentes a su única hija que vive lejos. Se mantiene siempre animosa y no se queja nunca, aunque a veces necesite ayuda ya que la mano derecha le es inútil y tiene que andar arrastrando los pies. Ella disfruta leyendo, escribiendo cartas a máquina y charlando con su sirvienta y con otras personas. Dice que nunca se encuentra aburrida.

Puede ser interesante y estimulante recordar el proceso de envejecimiento -con logros- del Arzobispo Roncalli. Cuando él tenía 64 años, escribió: "No me puedo ocultar la verdad a mí mismo. Estoy definitivamente en el camino de la ancianidad... Una mirada al espejo es suficiente para convencerme de ello".

Era todavía Nuncio en París cuando escribió: "Cuando uno se acerca a los 70 años, no puede estar seguro del futuro. Por lo tanto, es inútil el alimentar alguna ilusión. Yo debo hacerme familiar con la idea de mi fin, sin rendirme al desaliento que mina la voluntad pero con la confianza que preserva nuestro

entusiasmo por vivir, trabajar y servir... A veces la idea del poco tiempo que me queda (de vida) me tienta a aflojar mis esfuerzos. Pero con la gracia de Dios no me rendiré... Gracias a Dios no he llegado todavía a una ancianidad desvalida... Pero estoy en el umbral, de manera que tengo que estar preparado para esta última fase de mi vida en la que me esperan restricciones y sacrificios".

Cuando llegó a ser Patriarca de Venecia, escribió: "La idea de la muerte no me perturba. La ancianidad - que es también un gran don del Señor- tiene que ser para mí el motivo de silenciosa alegría interior y de diaria entrega al Señor".

Cuando alcanzó los 80 escribió: "Cuando el 28 de octubre de 1958 los Cardenales me eligieron, a mis 77 años, como Papa, existía una ampliamente extendida convicción de que yo sería un Papa de Transición. En lugar de ello, heme aquí en vísperas de mi cuarto año de Pontificado, enfrentándome con las perspectivas de un denso programa a ejecutar ante el mundo entero que está en gran expectación". Se refería al Concilio Vaticano Segundo.

Y continúa: "En cuanto a mí, estoy en la disposición de san Martín, que no temía morir ni rehuía continuar viviendo". Cuando consideramos todos estos ejemplos, lo que es verdaderamente importante es el convencernos de que los logros conseguidos en la ancianidad dependen más de la actitud o disposición mental que de las fuerzas físicas que uno tiene.

Paz de la mente

Una actitud mental positiva, jubilosa y juvenil está insinuada en los primeros versos del salmo 103. También es evidente en las mismas líneas el deleite de vivir a despecho de la vejez que avanza.

Bendice a Yahvé, alma mía,
del fondo de mi ser, su santo nombre,
Bendice a Yahvé, alma mía,
no olvides sus muchos beneficios.
El que todas tus culpas perdona,
que cura todas tus dolencias.
Rescata tu vida de la fosa
y te corona de amor y de ternura.
El que harta de bienes tu existencia
mientras tu juventud se renueva como el águila.

Comentaremos más adelante éstas y otras condiciones que ayudan a conseguir una feliz ancianidad.

La paz mental es un elemento esencial de la felicidad. Ella implica que uno no guarda ningún resentimiento o amargura en su corazón. Y como en el salmo antes citado, uno está agradecido porque Dios ha perdonado todos sus pecados. A su vez, uno perdona a todos los que han sido injustos o le han ofendido: y uno debe perdonar totalmente.

Tal vez no sea posible el olvidar, pero esto no importa demasiado. Cuando una herida se ha curado, la cicatriz permanece - uno recuerda -, pero ya no hay más dolor. Sin embargo, uno debe evitar el rememorar innecesariamente acontecimientos desagradables y heridas pretéritas. Mas bien -como en el salmo citado -, debe recordar "cuán bondadoso es el Señor" y uno puede también comprender que la benevolencia del Señor fue frecuentemente manifestada a nosotros a través de la bondad de las personas buenas que nos rodean.

También para la paz de la mente, uno tiene que aceptar con serenidad el proceso del gradual deterioro físico. El deterioro físico puede darnos un mayor tiempo libre para pensar en Dios y para unirnos

nosotros a El. Y la impuesta forzada "pasividad" puede ser "divinizada", empleando la expresión de Teilhard de Chardin.

Una sensación de seguridad es también indispensable para la paz de la mente. Ello implica una confianza total en la amorosa providencia de Dios. Pero la voluntad de Dios es que nosotros tomemos disposiciones razonables para nuestra vejez. Yo mismo, como religioso que soy, sé que tendré todo lo necesario -¡forma parte del prometido ciento por uno! Quiero decir a aquellos que tienen familia que tal como vean sus hijos que ellos tratan a sus padres ancianos, así probablemente serán tratados ellos en su ancianidad.

De esto ya hemos hablado en los capítulos precedentes, pero algunas cosas merecen ser acentuadas. Una mente juvenil se caracteriza por el deseo mantenido de aprender y de perfeccionarse uno mismo. Ello implica también el tratar de ser útil a los demás, teniendo un interés genuino por ellos y por sus actividades.

Otra característica de una actitud juvenil es la capacidad de disfrutar con la compañía de los demás, sean chiquillos, jóvenes o personas de su misma edad. Una persona con mente juvenil gusta de hacer nuevos conocidos e incluso nuevas amistades. Uno no es viejo en tanto sigue indagando la verdad.

Siempre activos en ocupaciones agradables

Uno debe mantenerse activo, mental y físicamente, en cosas que uno pueda todavía hacer y que le agrade hacer. Tales actividades no pueden ser improvisadas de repente, uno debe planearlas con mucha anticipación. Puede haber proyectos a corto y a largo plazo, de manera que una vez alcanzada la vejez, uno siempre tenga algo que hacer y algo que proyectar para más adelante. Cuando una tarea esté terminada ya debemos tener otra cosa que hacer sin intervalos de perezosa y depresora inactividad.

En los años en que estuve regentando una extensa parroquia he visto como muchos feligreses alcanzaban la edad del retiro forzoso. Aquellos que consiguieron inmediatamente ocuparse en otra tarea fácil y gratificante se mantuvieron sanos. Aquellos que dijeron "He trabajado toda mi vida, ahora quiero solamente reposar" generalmente enfermaron pronto y algunos de ellos también murieron pronto. Cuando uno se retira del trabajo que ha estado haciendo durante años, lo importante es que se retire para hacer algo diferente pero no de toda actividad o compromiso.

Me agrada el ejemplo de un viejo amigo mío, cercano ahora a los 80 años. Con alguna ayuda ocasional él lleva la administración de sus propiedades urbanas. El tiene que llevar la contabilidad, pero no quiere utilizar una calculadora porque dice que quiere mantener su mente joven y despierta.

Tal vez alguno no encuentre una nueva actividad estimulante pero en este caso es posible que pueda reavivar alguna antigua afición (hobby) e incluso después de pensarlo bien pueda iniciarse en otra nueva para él. No importa cual sea la afición con tal que a él le guste y no le imponga ninguna responsabilidad preocupante. Puedes encontrar verdadera satisfacción en la vejez si tú puedes sentir orgullo en lo que todavía eres capaz de hacer.

La actividad en la vejez requiere una voluntad suficientemente fuerte para poder trabajar de forma moderada. Una tal firme voluntad hace que uno rehuya toda idea de derrotismo y estimula la "imaginación positiva" según la denominación de Norman Vincent Peale. Esta imaginación consiste en un sano soñar despierto acerca de las buenas y placenteras cosas que uno quisiera hacer y que uno cree que es capaz de hacer.

En su libro *Rovering to success* (Vagando hacia el éxito) Lord Baden Powell dice que durante años él practicó este tipo de imaginación y que ello le ayudó a moverse y a hacer cosas que de otra manera hubieran quedado por hacer.

Un amigo mío, que ahora tiene 83 años, aunque a veces se siente agobiado por la edad, continúa soñando en su próximo viaje, en avión o de crucero, con su esposa que también ama viajar. El prepara sus viajes con meses de antelación y si cae enfermo algún tiempo antes siempre se restablece a tiempo para emprender el viaje en la fecha señalada para la salida. Hasta ahora él siempre ha sido capaz de convertir sus sueños en realidades. En su última carta me refiere brevemente sus achaques y la probable necesidad de ser intervenido quirúrgicamente, pero a continuación expone jubilosamente sus planes para un crucero por el Mediterráneo el próximo verano con visita a Tierra Santa.

Es bueno conservar algunas responsabilidades, en tanto sea posible, incluso después del retiro o jubilación. Puede ser motivo de muy agradecidas satisfacciones. Ello es lo que motiva que un número considerable de personas ancianas prefieran vivir solas (con ayuda suficiente de otras personas cuando la necesitan) que ir a vivir con alguno de sus hijos casados.

Probablemente ellos estarían bien cuidados pero perderían su independencia celosamente conservada. Si uno tiene que vivir con otros y si tiene que depender de ellos, es bueno que cuanto menos en algunas cosas él pueda conservar, en cierta medida, la independencia y confianza en sí mismo.

Ha contribuido mucho a mi personal bienestar en mi mediada setentena el poder utilizar una motocicleta ligera que me da una cierta independencia de movimientos, para poder hacer un poco de trabajo pastoral en la Misión.

Oración y unión con Dios

Aunque ya lo haya mencionado anteriormente debo insistir aquí en la oración y unión con Dios como condicionantes favorables para una feliz ancianidad. A medida que nuestras actividades devienen más y más restringidas, una mayor relación y unión con Dios nos dará valor, no sólo para aceptar nuestra situación personal sino también para divinizar nuestras propias pasividades. Teilhard de Chardin escribió:

"Después de haber sido, tal vez, primordialmente sensible a los atractivos de la unión con Dios por la acción, el cristiano se pone a concebir y a desear un aspecto complementario, una fase ulterior, a su comunión con Dios, aquella en la cual se perderá más en Dios que no se desarrollará a sí mismo... Ha llegado el momento de examinar la cantidad, la naturaleza, la posible divinización de nuestras pasividades." (Le milieu divine, Teilhard de Chardin, Parte 11, Capítulo 1, La divinización de las pasividades).

Teilhard tiene a continuación otro capítulo sobre "Las pasividades de nuestras disminuciones", en el cual hay párrafos sobre: "Nuestros evidentes fallos y su transfiguración", "Comunión (con Dios) a través de las disminuciones" y "Verdadera resignación". El dice: "nosotros debemos vencer a la muerte encontrando a Dios en ella". Y esto debe ser aplicado a todos los aspectos de las disminuciones en los procesos de envejecimiento. Verdadera resignación a la voluntad de Dios es una parte integral de nuestra cooperación con El para la divinización de nuestras pasividades.

Gusto de poner como ejemplo a un canoso sacerdote jesuita, amigo mío, quien demostró lo que es la verdadera resignación positiva. Tuvo un grave accidente de circulación en Bombay y fue hospitalizado. Un cirujano estaba pensando en amputarle un pie que creía destrozado en forma irreparable. Pero otro doctor viendo la fibra espiritual y la serena cooperación del paciente, decidió intentar salvar el pie. Y lo hizo. Unos meses después, el doctor, que era jainista, fue a visitar como amigo a su anciano paciente. El doctor dijo que quería saber "cómo había logrado mantenerse relajado después del accidente, el día de la intervención e incluso cuando se estaba discutiendo la amputación del pie". El sacerdote le respondió: "Porque yo sé que Dios me ama igual, cualquiera que sea mi estado, con pie o sin él".

Verdaderamente ayuda el pensar que Dios no nos ama menos cuando estamos enfermos e incluso inválidos. Al contrario, entonces somos más queridos por El.

El leer algunos párrafos escogidos de las Sagradas Escrituras (o cuando nosotros no estemos en condiciones de hacerlo, el conseguir que alguien los lea en voz alta para nosotros), puede ser muy útil para que mantengamos nuestra mente en Dios. Algunos de los salmos, la pasión de nuestro Señor, el sermón de la montaña, la parábola de las diez vírgenes, etc., son particularmente recomendables.

En una ocasión visité a un caballero hindú, un hombre muy culto de avanzada edad y que había quedado totalmente ciego. A pesar de no ser cristiano él hacía que una de sus hijas le leyese diariamente párrafos del Nuevo Testamento. El llegó a estar muy cerca de Cristo.

Cuando nosotros ya no podamos ser activos pero todavía continuemos intentando "divinizar nuestras pasividades" podemos pedir que alguien nos lea en voz alta el siguiente salmo 63:

OH Dios, tú eres mi Dios, por ti madrugo,
 mi garganta tiene sed de ti,
 mi carne tiene ansia de ti,
 como tierra seca, agotada sin agua...
 Tu lealtad vale más que la vida,
 te alabarán mis labios;
 toda mi vida te bendeciré
 y alzaré las manos invocándote.
 Me saciaré como de enjundia y de manteca
 y mis labios te alabarán jubilosos.
 En el lecho me acuerdo de ti
 y velando medito en ti,
 es que fuiste tú mi auxilio,
 y a la sombra de tus alas canto con júbilo,
 mi aliento está pegado a ti
 y tu diestra me sostiene.

DEFECTOS QUE DEBEN EVITARSE EN LA ANCIANIDAD

Aislamiento y egocentrismo

Para algunos ancianos el escollo más peligroso que puede destrozar el último lapso de su vida es el aislamiento. Debemos enfrentarnos con el hecho de que casi todos nosotros, al menos en alguna ocasión, experimentamos aislamiento. Debemos aceptar que el aislamiento forma parte del proceso de envejecer y nosotros debemos reaccionar a la consiguiente depresión transformándolo en una fértil soledad.

Esto excluye la preocupación excesiva por uno mismo y las propias necesidades, que conduce a una vida de retraimiento y amargo aislamiento. Interesarse por los otros y por sus preocupaciones crea un sentimiento de compañerismo. Uno no está solo. Especialmente debemos aprender cómo estar a solas con Dios. La soledad nos da la gran oportunidad de darnos cuenta de nuestra relación amorosa con Dios.

"Sólo con Dios" es el feliz título de un libro muy práctico para ejercitantes. Me agradaría hacer más las reflexiones de J. Maurus: "En general, el aislamiento es la privación de afecto y el único medio de curarlo es escapar de él para hacer amplia vida social, cultivando el interés y la simpatía genuina por las otras personas... No dejes que la autocompasión se vuelva tu muleta. Estáte genuinamente interesado

en el presente. No te arrastres lentamente dentro de tu concha como una tortuga y no te vuelvas totalmente inconsciente de las necesidades de los demás."

Y también quiero compartir con mis lectores la bella expresión de las mismas ideas por una religiosa "Soledad es la plenitud de ser; aislamiento es el vacío... Soledad es disponibilidad para experimentar el amor de Dios que aviva mis sentimientos en mi profundo interior y me hace sentir a mí misma como una persona extraordinariamente afortunada. Aislamiento es obsesionarse consigo mismo. Soledad es auto-ofrenda. Hay una diferencia como del cielo al infierno entre ambas. Lo que falta en el aislamiento es el flujo vital del amor. Sólo en la práctica extrema del amor podemos liberarnos del cautiverio del aislamiento."

Los ancianos, que no han transformado su aislamiento en una soledad mentalmente sana, fácilmente se convierten en morbosos egocéntricos exigentes, irritables y quejumbrosos, encontrando siempre faltas en los demás. No es por tanto sorprendente que nadie encuentre agradable vivir con tales personas.

Recuerdo a una anciana monja que disfrutaba de gran paz espiritual. Ella me dijo un día, que nunca se quejaba de nada ni de nadie. Tal vez nosotros podríamos aprovechar su ejemplo, tomar una resolución similar y renovarla cada día.

Humildad y caridad son necesarias para tener esta disposición de ánimo. El consejo de san Pablo (carta a los Filipenses 2,14) viene a propósito: "En vez de obrar por egoísmo o presunción, cada cual considere humildemente que los otros son superiores y nadie mire únicamente por lo suyo, sino también cada uno por lo de los demás"

Excesivo apego a algunas cosas materiales

Aunque menos corriente, creo que con los defectos antes mencionados existe el peligro en la vejez, de un desordenado o exagerado apego a las cosas materiales grandes o pequeñas. En los años de declive, todo parece escaparse de nuestras manos y nos agarramos a lo que sea: las cosas tangibles que a uno se le han vuelto de suma importancia, como un par de confortables zapatos, una desvencijada butaca o algún otro mueble, la cuenta bancaria, etc., incluso el comer y el beber pueden llegar a dominar nuestra mente.

Henri J.M. Nowen en su libro *Con las manos abiertas*, explica la anécdota de una anciana señora, mentalmente trastornada, que agarraba con tal fuerza una vieja moneda en su apretado puño que nadie consiguió abrirlo para quitársela; era todo lo que tenía y no quería separarse de ella. Nuestros apegos puede que no sean tan irrazonables como éste, pero haremos bien en examinar sino son a veces exagerados.

La solución para este defecto, es la que hemos indicado en las páginas precedentes; a saber, el preocuparnos por los demás y amarlos, y amar a Dios. Debemos vivir a un más alto nivel que el del mezquino materialismo.

Hay humor en la oración que transcribimos a continuación. Espero que mis lectores acepten benévolamente mi pequeña nota de humorismo al incluirla aquí. Se nos ha dicho que esta anónima plegaria, escrita en el siglo XVII por una monja, fue encontrada en la Catedral de Canterbury. Presumo por tanto que fue escrita en inglés pero desconozco el texto original. Una versión francesa de la misma apareció hace un par de años en la revista *Prier*, publicación mensual sobre la oración.

Señor, tú sabes mejor que yo que me estoy haciendo vieja
y que un día, pronto, yo estaré incluida entre los "ancianos".
Guárdame del fatal hábito de creer que yo tengo algo que decir

a propósito de todo y en toda ocasión.
 Líbrame del obsesivo deseo de poner en orden
 los asuntos de los demás.
 Hazme reflexiva pero no malhumorada,
 servicial pero no arbitraria.
 Me parece que es una lástima
 que no sean utilizados los valiosos recursos de mi sapiencia.
 Pero tú sabes, Señor...
 que me agradaría conservar algunos amigos.
 Refréname para que no me extienda
 en la mención de infinitos detalles.
 Dame alas para alcanzar el final.
 Sella mis labios acerca de mis achaques y dolores
 aunque ellos se incrementen cada día
 y que me resulte más dulce cada día el referirlos,
 a medida que pasan los años.
 No me atrevo a pedirte tanto
 como que llegue a disfrutar oyendo recitar
 los achaques y dolores de los otros
 pero ayúdame a soportarlo
 cuanto menos con paciencia.
 No me atrevo a reclamar que me des mejor memoria,
 pero sí que me des una creciente humildad y menos presunción
 cuando mi memoria se enfrente con la de los demás.
 Enséñame la gloriosa lección
 de que puede suceder que algunas veces yo esté equivocada.
 Guárdame Señor.
 Yo no tengo grandes deseos de santidad:
 ¡hay algunas santas personas con las que resulta tan difícil convivir!
 Pero una persona vieja llena de amargura
 es seguramente una de las invenciones supremas del diablo.
 Hazme capaz de percibir lo que hay de bueno
 allí donde no esperaba encontrarlo,
 y de reconocer talentos en gente
 en la que los otros no los habían visto
 y dame gracia para decírselo así. Amén.

LA OBJECCIÓN DE UN LECTOR

Cambiar nuestra actitud

Un buen amigo mío, antiguo Profesor de la Escuela Superior, leyó el primer borrador de este libro. Después de unas calurosas palabras de apreciación, me dijo:

"El libro es incompleto en cierto sentido. Da excelentes y numerosos ejemplos de personas en distintas condiciones de vida, que encontraron modos y maneras de hacer que su vida de retirados fuese

agradable y al propio tiempo útil para ellos mismos y para los demás. Pero en el mundo actual, el problema no consiste en cómo hacer el mejor uso de nuestro tiempo libre sino en cómo adaptarnos a las más intolerables situaciones que están más allá de nuestro control. En el día de hoy, el hombre es una víctima de las situaciones sociales y políticas, de las relaciones familiares rotas y de otros innumerables problemas. Y además, es también víctima de la confusión espiritual. Así pues, aunque pueda solventar fácilmente el problema de cómo emplear provechosamente su tiempo libre, quedan otras situaciones que escapan a su control, que hacen su vida aburrida y desagradable..."

Mi amigo había trazado una gráfica descripción de la situación en la que se encuentran muchas personas retiradas; pero yo quiero añadir que su tono me suena a mí como ultra-pesimista y que muchos de nosotros, retirados o jubilados, no suscribiríamos la anterior descripción de nuestra situación.

En una situación determinada, diferentes personas pueden reaccionar distintamente de acuerdo con sus respectivas actitudes mentales. Es principalmente merced a una actitud nuestra serena y positiva que podremos tal vez cambiar un infortunio en una oportunidad.

Uno de los propósitos principales de este libro es el fomentar en el lector una actitud mental optimista. Al mismo tiempo admito que muchos se enfrentan a situaciones o circunstancias que hacen la vida desagradable e incluso a veces intolerable.

No es posible, desde luego, dar un consejo que pueda cubrir adecuadamente todos los casos. Sólo podemos revisar brevemente los principios generales. Luego, puede cada uno de vosotros, lector o lectora, elaborar una solución para su caso particular.

Mi amigo habla de situaciones adversas que escapan al propio control. Obviamente nosotros no podemos cambiar hechos como la enfermedad, penuria, etc., pero podemos cambiar nuestra reacción y nuestra acomodación a los mismos.

Nosotros podemos, quizá, crear también mejores condiciones para disponer de tiempo libre durante el cual nosotros podamos llevar a cabo cosas que nos gusta hacer. Cada uno de nosotros haría bien en considerar serenamente qué es lo que puede hacer para liberarse, o cuanto menos reducir, la carga de cada una de las situaciones difíciles a medida que se presentan.

La apreciación de las situaciones y de los posibles remedios, requiere valor y energía, porque uno debe estar preparado para eventuales cambios drásticos y tal vez nunca imaginados.

Oración y aceptación

La exploración de la situación debe ir acompañada de la plegaria. Los lectores tal vez conozcan la "Oración para la serenidad".

¡OH Dios!
 Dame valor para cambiar las cosas
 que deben ser cambiadas;
 paciencia para soportar las cosas
 que no pueden ser cambiadas;
 y sabiduría para ver la diferencia.

Puede suceder a veces, incluso en circunstancias muy penosas, que uno mismo no puede encontrar la manera de mejorar las cosas y en su angustia exclame: "¿Por qué Dios permite que esto me suceda a mí?"

Puede ayudarles entonces, el acomodar su mente para vivir en paz y serenidad con el irresoluto problema del mal, como ya hemos dicho en el primer capítulo de este libro.

Con oración, iniciativa y valor, habiendo intentado sinceramente eliminar o disminuir el peso de las circunstancias adversas, uno debe estar presto a aceptar la situación confiando en la bondad de Dios y en su providencia:

"... confíadle todas vuestras preocupaciones, pues él cuida de vosotros." (1 P.5,7).

La aceptación es condición esencial para la divinización de nuestras preocupaciones y sufrimientos o sea para "la divinización de nuestras pasividades" para emplear otra vez la frase de Teilhard de Chardin. Nosotros podemos ser llamados a tener una buena participación en la pasión de Jesús.

Como Jesús en Gethsemaní podemos rebelarnos ante la perspectiva de lo que consideramos un insoportable sufrimiento. Sí, como El podemos rezar "Padre mío, si es posible aparta de mí este cáliz", pero Jesús, porque amaba a su Padre, añadió "sin embargo que no se haga ni voluntad sino la tuya".

Estas eran palabras de total aceptación.

También nosotros, después de haber orado y hecho todo lo posible para eliminar o disminuir nuestros sufrimientos, debemos aceptar el hecho de que es voluntad de Dios que nosotros suframos esta aflicción. Entonces, nosotros también, sostenidos por la plegaria y la fe debemos ser capaces de decir: "que no se haga mi voluntad sino la tuya".

La oración engendra la fe, lleva al amor y al valor. El amor induce a la aceptación. Y la aceptación conduce a la libertad y a la paz.

Me gustaría confirmar con dos ejemplos la efectividad de la aceptación para conseguir la paz mental en medio de la aflicción. Fueron dos casos de extremada ansiedad o angustia, uno debido a enfermedad y el otro a la brutal persecución de los hombres.

1. Aproximadamente al mismo tiempo que recibí la carta de mi amigo, me llegó a las manos un artículo escrito por un enfermo de cáncer, Christopher Kiesling, titulado A cancer patient's vision of faith (publicado en la revista America el 31 de diciembre de 1983).

Su maravillosa visión de la fe era, yo pensé, una muy buena respuesta a la carta de mi amigo. Cito aquí unas pocas líneas de este artículo: "Un viernes por la mañana... estaba a punto de salir de la oficina para ir a recoger el informe médico de mi examen por el "escáner". Me quedé inmóvil unos instantes, haciendo una breve e intensa plegaria. Dije: `Padre, si ello es posible, aparta de mí este cáliz, yo te pido esto no para mí, sino por los otros que sufrirían si yo tuviese que sufrir. Y si tengo que sufrir, dame la gracia de hacerlo cristianamente."

El autor nos explica que él sentía mucha más ansiedad por su madre y sus amigos que por sí mismo. Más adelante prosigue: "El hacer la voluntad de Dios es la finalidad de nuestra vida, sin duda la verdadera esencia de una vida auténtica. Si bien yo, como es natural, me rebelo contra el cáncer y sus consecuencias, yo puedo con la ayuda de Dios sobrellevarlo y trabar batalla contra todo para realizar el designio de Dios para mi vida."

El artículo termina diciendo: "He llegado a la conclusión, no obstante, que ser un enfermo de cáncer puede ser sin duda mi vocación según Dios. Así como a jeremías no le gustaba su vocación, a mí tampoco me gustaba ésta. Pero si ésta es mi vocación, yo la cumpliré con la ayuda de Dios. Con esta visión por la fe y con esta actitud, yo encontré la paz mientras iba al consultorio del médico en la mañana de aquel crítico viernes."

2-El 10 de octubre de 1982 fue proclamado santo y mártir del amor, un fraile franciscano, Maximiliano Kolbe. Le hemos mencionado brevemente en un capítulo precedente. Treinta años después de la muerte de Kolbe el Papa Pablo VI lo describió como "probablemente la más brillante y resplandeciente figura que surgió de la inhumana degradación e inconcebible crueldad de la época nazi". Sucedió en julio de 1941 en el campo de concentración de Auschwitz. Un prisionero del campo había

escapado y desaparecido. En represalia, del barracón del fugado fueron designados al azar 10 hombres para ser ejecutados. Ellos serían abandonados, desnudos, sobre el suelo de cemento de una celda subterránea para que muriesen de hambre, sed y frío.

Uno de estos hombres rompió a gritar: "¡Mi mujer, mis pobres hijos!". El padre Kolbe dio un paso adelante y dijo que quería tomar el lugar de aquel prisionero. "Yo estoy solo en el mundo. Este hombre tiene una familia por la que vivir", fueron sus palabras y le fue concedida su petición. Pasaron los días. En la celda los hombres moribundos gemían, se quejaban y gritaban delirando. Pero cuando estaban conscientes ellos agradecían las palabras del P. Kolbe, quien les aseguraba que Dios no les había olvidado a ellos. Mientras tuvieron fuerzas rezaron y cantaron con el P. Kolbe. Al cabo de dos semanas sólo cuatro hombres estaban todavía en vida. El P. Kolbe fue el último en morir. Los guardas nazis no pudieron soportar por más tiempo la tranquila serenidad de este prisionero, por lo que, finalmente, lo mataron inyectándole ácido fénico. El recibió la inyección letal sonriente y susurrando "Ave María".

Sostenido por su fe, fruto del amor, el P. Kolbe aceptó esta terrible muerte. El era un prisionero moribundo pero era el dueño de sí mismo. El estaba libre con la libertad de espíritu que engendra paz y serenidad.

POR LA MUERTE NOS REUNIMOS CON DIOS, NUESTRA VERDADERA FELICIDAD

Acepta la muerte tal como venga

Tal vez, después de haber visto en otros los grandes sufrimientos que precedieron a su muerte, algunos podemos tener un gran temor a la muerte y a todos sus posibles antecedentes dolorosos.

En primer lugar, nosotros no debemos hacer suposiciones hipotéticas como: "Si yo tengo tal y tal clase de enfermedad será insoportable para mí". Porque puede ser que esa clase de enfermedad no llegue nunca y si alguna vez Dios te la enviase El te daría a ti la gracia y la fuerza de soportarla.

En segundo lugar, parte del sufrimiento del dolor y de la ansiedad, desaparece si tú crees en Cristo, el Redentor. La pasión de Jesús y su muerte en la cruz fueron sobremanera dolorosas. Pero su aceptación del sacrificio de su vida sobre la cruz obtuvo para nosotros la felicidad eterna.

Cuando llegue nuestra hora, nosotros podemos ofrecer nuestros sufrimientos, y el sacrificio de nuestras vidas, en unión con el redentor sacrificio de Cristo. Nosotros verdaderamente podemos participar en su oblación expiatoria. Nuestros sufrimientos y muerte, unidos con la pasión y muerte de Cristo, tienen también valor redentor y serán fuente de felicidad.

Como se ha dicho en un precedente capítulo, nosotros podemos divinizar nuestros sufrimientos y nuestra muerte. Es únicamente por nuestra muerte que nosotros podemos ir a encontrarnos con Dios, cuya vida y felicidad compartiremos por toda la eternidad.

En consecuencia el día de nuestra muerte debiera ser el día más feliz de nuestras vidas: el día del encuentro con el Señor.

Nosotros podemos estar aterrorizados por la muerte y los posibles sufrimientos que la preceden, pero como Jesús, que lleno de temor como estaba aceptó su pasión y muerte, nosotros también con un acto de voluntad podemos decir: "Que se haga vuestra voluntad, no la mía".

La aceptación de la muerte y de la clase de muerte que Dios ha querido o permitido para nosotros, puede liberarnos del temor a la muerte. Cito a continuación unas pocas líneas de una hermosa carta que recibí recientemente de una vieja amiga que había estado a punto de morir. Ella me escribió:

"Yo estuve en el hospital nueve días y de ellos, cinco o seis con inhalación de oxígeno las 24 horas del día. El médico dice que si no me hubieran llevado al hospital yo hubiera tenido un paro respiratorio. Pero gran número de cosas buenas resultaron de esa experiencia. Por de pronto yo perdí el miedo a morir... Ahora, incluso, me he dado cuenta como nunca... de los maravillosos hijos que tengo."

Una alegre filosofía de la vida y de la muerte

Cuando fui informado de que uno de mis más jóvenes hermanos tenía un cáncer en fase terminal, le envié esta carta:

Querido Luis: Todos nosotros somos peregrinos en la tierra en camino hacia el cielo. El camino a veces es difícil y penoso, pero al llegar a nuestro destino todo será puro gozo. Por lo que me han escrito, parece que tú llegarás antes que el resto de nosotros. Existirá la pena de la separación para nosotros, pero tú tendrás la bienaventuranza celestial.

Conocemos bastante de las cosas de este mundo pero sabemos muy poco de las del cielo. Para ti, y para nosotros cuando llegue nuestro turno, la llegada al cielo será una grande y maravillosa sorpresa. San Pedro en la montaña de la Transfiguración, viendo la gloria de Nuestro Señor dijo: "Es maravilloso para nosotros estar aquí". Yo creo que al llegar al cielo nosotros también diremos, "¡Es maravilloso estar aquí con Dios nuestro amante Padre!".

Allí te encontrarás con Montserrat (su esposa fallecida poco antes). Ella está, me atrevo a decir, esperándote a ti. En el Cielo podrás rezar por tus hijos y nietos, y por todos nosotros, que permanecemos todavía en nuestro exilio, o mejor dicho, que estamos todavía caminando a lo largo de nuestro peregrinaje.

Desde el día que supe tu enfermedad he ofrecido el Sacrificio Eucarístico por ti y por tus intenciones. Yo rezo especialmente para que Dios te dé paz interior y valor...

¡Adiós querido Luis! Te agradezco todo lo que tan generosamente has hecho por mí y por nuestra gente de aquí, durante todos los años pasados...

Un muy fuerte y afectuoso abrazo de tu hermano misionero.

Ramón

En el año 1950, según informó la prensa diaria, el P. Daniel Lord, S.J., muy popular entre los jóvenes de los Estados Unidos, explicó en una entrevista transmitida por la radio, su alegre actitud frente a la muerte.

"Cuando me enteré que tenía un cáncer incurable a principios de año, debo admitir que yo tuve una sensación de alivio...

Conociendo pronto la verdad tuve la oportunidad de terminar cantidad de trabajos inacabados y de ver amigos que había descuidado.

Entonces también encontré de repente que la vida devenía muy preciosa para mí. El mundo me pareció bueno y el tiempo se volvió tan valioso que traté de exprimir cada segundo que pude de cada hora. Me di cuenta más agudamente de todo lo que me rodeaba.

Si para mí el fin de la vida en la tierra era realmente el fin del camino, supongo que debía temerlo, pero no creo que lo sea. Creo que (la muerte) es sólo el comienzo de una vida más copiosa...

En mis silenciosos momentos de meditación sentía la bondad de Dios, porque ahora comprendí totalmente que cada muerte es un principio, y cada muerte es el regreso del (hijo) pródigo cuyo Padre está esperándole en la cumbre del distante cerro con los brazos abiertos... en espera de su llegada.

La vida es maravillosa, el camino es hermoso y es muy, muy estimable el estar aquí; pero para una persona que tiene fe y la determinación de encajarse él mismo en los planes de Dios, el final del camino es realmente el momento apasionante porque ahí está la más copiosa vida."

En ocasión de cumplir sus 80 años Karl Rahner concedió afablemente una entrevista "telegráfica" a la revista española "Vida Nueva". La última pregunta que se le hizo fue:

"Padre Rahner, ¿qué pregunta se haría Ud. a sí mismo en esta encrucijada de su vida cuando acaba de cumplir 80 años?"

El respondió:

"Bien, aquí tiene usted la pregunta y la respuesta. "¿Qué es lo que yo busco? La luz de Dios, su eternidad y su misericordia. Yo anhelo rezar junto con santa Teresa de Jesús, "Nada te turbe... para que aquel que tiene Dios, Dios es suficiente!. Y ansío decir con san Ignacio de Loyola su `Tomad Señor y recibid... dadme vuestro amor y gracia que esto me basta'. Ambas plegarias son idénticas; ellas no deben ser dichas con palabras sino con la plenitud de nuestro ser, para siempre."

El murió poco después de esta entrevista, el 30 de marzo de 1984.

El filósofo francés Paul Claudel dijo:

"He terminado mi camino, he sembrado mi trigo y lo he cosechado... Ahora he terminado mi labor. Estoy viviendo en el umbral de la muerte y siento un indescriptible gozo en mí."

El amor de Dios: resumen de la vida cristiana

Toda la santidad y perfección cristiana consiste en el amor de Dios. Este amor une al hombre con Dios, su altísimo fin, y esta unión le hace necesariamente perfecto: porque la perfección de una cosa consiste en conseguir y unirse a su fin último. La caridad, dice el Apóstol, es el vínculo de la perfección, porque une y conserva todas las virtudes que hacen al hombre perfecto. Y por esto dice San Agustín: Ama y haz lo quieras. En efecto, el que ama. No hace nada que desagrade a la persona amada, y al contrario hace todo lo que le place. Así, pues, el que ama a Dios, evitará todo pecado, cuanto le sea posible con la gracia divina, y procurará igualmente practicar todas las virtudes.

Por esto, si queremos alcanzar la santidad y perfección a que estamos por Dios destinados, debemos alcanzar este amor de Dios, sin el cual no hay salvación posible para nuestra alma. Y si queremos también adelantar en este camino de la santidad y perfección, hemos de adelantar en la caridad y amor de Dios, el cual comienza, perfecciona y corona la obra de nuestra salvación. Por esta razón, Dios, después de haber enviado al mundo a su unigénito Hijo, como Redentor del género humano, el día de Pentecostés envía al mundo al Espíritu Santo como santificador, el cual, difundiendo en nuestros corazones el don preciosísimo de la caridad divina, da fin y complemento en nosotros a la obra de la redención del mundo.

A fin de excitar en nosotros este amor, tan necesario a nuestra santificación y perfección, y a fin de conducirnos al término después de un largo camino, nos propone San Ignacio para contemplar, en esta última meditación, cuanto merece Dios ser amado de nosotros, y cuán contrario sería a toda razón no sólo no amarle, sino también no amarle de la manera más perfecta que se pueda.

Antes de la meditación pone el Santo una advertencia, esto es, que el amor se debe poner más en las obras que en las palabras. El amor que consiste sólo en palabras, puede ser un amor de sólo afecto que no llega a las obras. Y lo mismo dice San Juan. "Hijitos míos, no amemos sólo de palabra y

con la lengua, sino con la obra y de verdad". El amor no sólo de afecto, sino también de acción, es el fin de esta meditación; por lo cual, en el segundo prelude, nos hace pedir el Santo la gracia de consagrarnos sin reserva al servicio y amor de su Divina Majestad.

El amor sobrenatural, que existe entre Dios y el hombre en virtud de la gracia santificante, es un amor de amistad, que consiste en las obras recíprocas y en la comunicación de los bienes entre los amigos, verdad que San Ignacio establece en una segunda nota o advertencia antes de la meditación. De donde se ve la relación que hay entre las dos notas, de las cuales la primera declara la naturaleza del amor, y la segunda la naturaleza del amor de amistad. Y, en efecto, si el amor consiste en las obras, en las obras recíprocas y en la comunicación de los bienes, para movernos a este amor a Dios, conviene ante todo considerar cuál haya sido la liberalidad y munificencia de Dios con nosotros, y esto es precisamente lo que hace San Ignacio en los tres puntos primeros de la contemplación.

PUNTO PRIMERO –Beneficios de Dios- ¿Cómo no merecería Dios el ser amado, y ser amado con todo nuestro corazón? Él nos ha amado primero, y nos ha amado desde la eternidad; aun no existíamos, el mundo mismo no existía, y ya Dios nos amaba, desde que era Dios nos amaba, desde que él se amaba a sí mismo. Mas el verdadero amor no existe sin las obras; donde hay amor, allí obran grandes cosas; donde el amor no obra, allí no hay amor. Y por eso dice San Gregorio: la prueba del verdadero amor son las obras. Ahora bien, ¿qué hay en nosotros y fuera de nosotros, que no se obra y efecto de este amor de Dios para con nosotros? Nos ha dado un alma criada a su imagen y semejanza, dotada de memoria, entendimiento y voluntad; un cuerpo provisto de sentidos, la vida con todos los bienes que la acompañan. Por amor de los hombres ha creado el cielo, la tierra y la naturaleza toda entera, Y por esto los Santos no dirigían nunca sus miradas a los astros del firmamento, a las colinas, a los arroyuelos y flores del campo, sin oír en toda la naturaleza el lenguaje del amor de Dios a los hombres, y, sin sentirse inflamados de amor a Dios. "Señor Dios mío, decía San Agustín, todo lo que veo en la tierra y más arriba de la tierra, todo me habla y me exhorta a amaros, porque todo me dice que vos lo habéis creado por amor mío." De la misma manera Santa María Magdalena de Pazzis, considerando una sencilla flor quedaba toda encendida en amor de Dios, y exclamaba: "¡Con qué por mí, por amor mío. Dios ha pensado desde toda la eternidad en crear esta flor!". Pero si pasamos del orden de la naturaleza al de la gracia y de la gloria, este amor de Dios se presentará más y más activo y benéfico. Con la creación nos había dado los bienes propios de la criatura; con la elevación al estado sobrenatural, nos pone en participación y comunicación con los bienes propios de la naturaleza divina. Con la gracia santificante, infundida en nuestra alma, nos hacemos amigos e hijos de Dios y herederos de su reino del cielo. Tiene Dios tan gran deseo de hacernos bien, que no estará satisfecho hasta que se nos haya dado todo entero y para siempre en el cielo. Sí, Dios nos ha colmado de favores y beneficios, nos ha atado con cadenas de amor, y puesto en la necesidad de amarle. En efecto, Dios ha constituido en ese mismo amor toda nuestra bienaventuranza y felicidad, tanto que, si su amor a nosotros no nos determina a corresponderle con nuestro amor, a lo menos debemos determinarnos a amarle por el amor de nosotros mismos.

Si consideramos un amor tan benéfico de parte de Dios, queda y hasta prodiga sus bienes, y querría siempre dar más, fácil nos será convencernos que el reconocimiento y la justicia exigen que amemos por nuestra parte a Dios y que le amemos sin reserva. Pero considerando al mismo tiempo que no tenemos nada de nosotros mismos, y que todo lo que tenemos lo hemos recibido de Dios, ¿qué otra cosa podemos hacer sino ofrecerle y devolverle cuanto somos y tenemos? Nosotros nos hemos dado a las criaturas, pero vos, Señor arrancadnos del mundo y de nosotros mismos para darnos a Vos y ser siempre vuestros. Recibid, Señor, la ofrenda de todo mi ser. Tomad, Señor y recibid toda mi libertad, mi

memoria, mi entendimiento y toda mi voluntad, todo mi haber y mi poseer [todo lo que tengo y poseo]; vos me lo disteis, a vos, Señor, lo torno, todo es vuestro; disponed a toda vuestra voluntad. Dadme vuestro amor y gracia, que ésta me basta.

PUNTO SEGUNDO.- Dios presente en todas las criaturas.- Si el beneficios a un amigo es prueba de amor, el ofrecer estos beneficios personalmente, estando presente el mismo amigo, prueba todavía un amor más acendrado. Si un Soberano de la tierra, no sólo quisiese colmar de beneficios a un súbdito, sino llevar y presentar también en persona sus dones, ¿no sería esto una fineza de muy particular amor? Pues lo que apenas se dignaría hacer un hombre respecto de otro hombre. Dios lo hace de una manera admirable respecto de nosotros. Si examinamos todas las criaturas, en todas hallamos a Dios: Dios habita en las criaturas, en los elementos dando ser, en las plantas vegetando, en los animales dando la sensibilidad. Dios está presente en nosotros por los dones de naturaleza, y nos da todos los grados el ser y añade la inteligencia. Está, además, en nosotros por los dones de la gracia, con la cual adorna y embellece nuestra alma, como templo y santuario suyo, donde pone su morada.

Esta presencia es invisible. Para movernos más a su amor, ha querido hacerse presente y visible a nosotros en carne mortal. "El fue visto en la tierra y conversó con los hombres". El continúa todavía en carne inmortal en medio de nosotros en el Santísimo Sacramento del Altar. Si, pues, Dios nuestro bienhechor está siempre en nosotros haciéndonos bien, si nos impulsa y mueve a amarle no sólo con sus dones, sino también con su divina presencia. ¿Cómo podemos nosotros dejar de estar siempre unidos a él, con la memoria de sus beneficios, con la consideración de su benevolencia para con nosotros, y en especial con el fuego de una ardentísima caridad? Y cierto que si los beneficios exigen amor de gratitud, esta presencia con que Dios está íntimamente unido a nosotros, exige de nuestra parte un amor de unión que nos haga vivir siempre en Dios. Llevamos a Dios en nuestro cuerpo y en nuestra alma. Debemos por tanto unirnos a él, pensar en él, amarle y obrar siempre en su presencia. ¡OH, cuán dulce es vivir así en Dios! ¿Y qué vida más deleitable que la misma vida de Dios, la vida de los Bienaventurados en el Cielo, que no consiste en otra cosa sino en conocer y amar a Dios y gozar de su presencia?

Comencemos desde ahora esta vida, si queremos continuarla siempre dichosos en el Cielo. Estemos siempre en nuestras obras fijos los ojos en Dios, recordando sin cesar su divina presencia. Busquemos a Dios en todas las cosas con fe viva, con santa solicitud, con generosos esfuerzos, y caminemos siempre solícitos en su presencia. Si así lo hacemos nos será imposible pecar, ofender a Dios y no serle grato en todas nuestras acciones.

PUNTO TERCERO.- Dios trabaja y labora por mí en todas las cosas criadas. –El amor de Dios conmigo aparece ya bastante grande, pero todavía sube más de punto. No sólo es Dios nuestro bienhechor, íntimamente y de continuo presente a nosotros para ofrecernos él mismo en persona sus dones, sino también trabaja sin cesar por nosotros para colmarnos siempre de sus favores. Si un amigo no se contentase con dar liberalmente sus bienes y ofrecerlos con sus propias manos a su amigo, sino que además se aplicase a un trabajo y acción continua para ofrecer y dar continuamente sus tesoros y enriquecer con ellos al amigo, ¿no sería esto lo más subido del amor? ¿Y qué hay más operativo que el amor de Dios? Dios nos ilumina con la luz del día, hace florecer y fructificar la tierra, con una palabra lo cría y conserva todo, obra continuamente en cada una de las criaturas para nuestras necesidades, y hasta para nuestro solaz. Con un concurso actual y eficaz sobre en las causas segundas para prodigarnos sus beneficios; obra y trabaja no sólo ayudando a las criaturas a derramar sobre nosotros sus beneficios, sino también para ayudarnos a recibirlos. Es ésta una acción y trabajo continuo de Dios en la naturaleza; pero esto no satisface al amor de Dios para con el hombre. Dios en cierto modo, ha salido de

sí, ha tomado la forma de esclavo, se ha sujetado a un verdadero trabajo sensible, cuyas penas todas ha sentido, tolerando todas sus miserias humanas, hasta la muerte y muerte cruel e ignominiosa para darnos la vida y vida eterna. Si no somos insensibles, debemos ciertamente confesar aquí que nuestro amor no sólo debe ser un amor de gratitud, un amor de unión, no perdiendo nunca de vista a Dios, sino también un amor de acción, de trabajo y de sacrificio.

Pongamos los ojos en el Apóstol de las Gentes; ora le vemos en prisiones y cárceles, ora cargado de pesadas cadenas, ya apedreado por el pueblo y cruelmente azotado por los sayones, ya acosado en todas partes de los perseguidores, que le buscan para darles la muerte. Pablo ama a Dios, y en medio de estas persecuciones rebosa de consolación. Igualmente San Andrés Apóstol ama a Dios, y se lanza en medio de las cruces exclamando: "OH Cruz amabilísima, tanto tiempo deseada, tan tiernamente amada, continuamente buscada y preparada al fin a mi alma, que por ti suspira; a ti vengo con toda seguridad y con indecible gozo."

No seamos demasiado delicados, no temamos hacer a Dios algún pequeño sacrificio de nosotros mismos. Amemos, amemos, repito, y el amor nos dará fuerzas para hacer y padecer todo por Dios. Cuando el amor de Dios se ha apoderado y enseñoreado de un alma, despierta en ella naturalmente un deseo insaciable de obrar por el amado, y al mismo tiempo de padecer, y si le fuese permitido morir por él, le daría el mayor contento. La tal alma obra y padece por Dios; pero tiene por muy poca cosa todo lo que hace y padece, antes se aflige de hacer y padecer poco por Dios, porque el amor le muestra todo lo que Dios merece.

PUNTO CUARTO. –Bondad y perfección infinita de Dios.- Merece Dios de nosotros un amor puro, que perfectamente nos desprenda de nosotros mismo y de toda otra criatura. El amor es una inclinación natural al bien, y el verdadero bien es Dios; todo lo que hay de bueno en las criaturas, cautiva nuestro amor, ¿la bondad perfecta de Dios no merecerá un amor el más perfecto posible? Traigamos a la memoria todo lo que nuestros ojos han visto de bello y de bueno, añadamos todo lo que nuestras débiles ideas pueden representarnos de agradable y amable, ¿qué es todo esto en comparación de la bondad y belleza divina? Una gotita de agua en comparación con la inmensidad del océano, un rayo de luz comparado con el sol, un átomo comparado con todo el cielo estrellado, no podría darnos de ello una idea justa. Siempre encontramos aquí seres finitos, limitados; Dios aventaja infinitamente a todas las criaturas existentes y posibles... ¿Qué bien hay, pues, en las criaturas, que no nos mueva a amar a Dios con preferencia a todo otro objeto? Si la santidad. Dios es el Santo de los Santos; si la ciencia, Dios es el manantial de toda verdad; si el poder, Dios es omnipotente. Este es con toda verdad el bien digno de ser preferido a todos los otros bienes, el bien amable por sí mismo y por el cual debe ser amada cualquier otra cosa, que no es más que una pequeña participación de esta bondad divina. Lejos de nosotros todas aquellas reflexiones de amor propio y de buscarnos a nosotros mismos. No más deseos que inquietan, no más temores ni esperanzas por nuestro propio interés. Aquel yo, siempre vivo en mí y siempre sensible, al cual antes lo refería todo, ha de estar para siempre aniquilado. Que esté yo colocado en lugar alto o humilde; que otros se acuerden de mí o se olviden, que me alaben o me vituperen, que se tenga confianza en mí o se tengan injustas sospechas contra mí, que me dejen en paz o me hagan oposición, todo esto ¿qué importa? Ya es cosa que no me toca; ya no vivo para mí mismo, para interesarme en todo lo que se me haga; vivo en Dios, el cual deja obrar a todas estas cosas, según su beneplácito cúmplase su voluntad, y esto basta.

Síguese de aquí que nuestro amor a Dios ha de ser un amor desinteresado, un amor que nos lleve a amarle por sí mismo y por sus infinitas perfecciones. Debemos servirnos de las perfecciones de las criaturas, como de otros tantos escalones, para llegar al conocimiento y amor de las infinitas perfecciones

del Criador, despojándonos, cuanto fuere posible, del amor de todas las cosas criadas, amándole en todas las criaturas, y amando a todas en él, conforme a su santísima y divina voluntad.

Repitamos otra vez la oferta que hemos hecho a Dios de nosotros mismos, pues nunca estaremos bastante ofrecidos y consagrados a Dios. Sí, Dios mío, tomad, porque todo es vuestro y todo os pertenece. Tomad vos mismo lo que por mi negligencia no puede ofrecer como vos merecéis y sería deber mío; ¿qué puedo negaros, y quién soy yo para rehusaros cosa alguna? Tomadlo todo, tomad mi libertad, que comprende cuanto hay en mí, después mis potencias, mis fuerzas de todo lo cual consiento en verme privado, si lo juzgáis útil para vuestra gloria; y hasta las gracias y dones sobrenaturales, que no quiero ni deseo sino en cuanto vos lo queréis y deseáis. Tomadlo pues, todo, y ¿para qué? Para que dispongáis como Señor absoluto. Tomadlo todo y disponed de todo según vuestro beneplácito. Y en cambio ¿qué quiero yo? Vuestra gracia y vuestro amor. Esto es todo lo que deseo y pido.

Ciertamente no podrá Dios desechar tan generoso ofrecimiento, antes lo recompensará con su amor y con su gracia, y con la perseverante conservación de este amor y de esta gracia.

TERESA DE JESÚS, MAESTRA DE FELICIDAD

Vida breve de santa teresa de Jesús

"Nada te turbe. Nada te espante.
 Todo se pasa, Dios no se muda.
 La paciencia, todo lo alcanza.
 Quien a Dios tiene, nada le falta.
 Sólo Dios basta."

Esta letrilla se Santa Teresa resume una vida que encontró la paz y la felicidad por medio de la entrega total a Dios. Teresa de Jesús es verdadera maestra de felicidad.

Teresa de Cepeda y de Ahumada nació en Ávila en 1515 de una familia de la burguesía media, en una tierra de caballería y en un momento de apogeo de España. Se entusiasmó en su adolescencia por las gestas de los santos (el libro *Flos sanctorum* de la época), hasta desear el martirio (decapitada por los moros: la heroica fuga de 1522); pero luego también, fue adolescente soñadora y novelera, con gran afición a los libros de caballerías, coqueta, según nos dice, y «enemiguísima de ser monja». Pero quedó impresionada por las Cartas de san Jerónimo (especialmente por la carta XIV, 2, a Heliodoro), decidiendo, a los veinte años, hacerse monja en el Carmelo de la Encarnación (1535) de Ávila (que contaba con más de ciento cincuenta monjas), donde permaneció veintisiete años, haciendo una experiencia caracterizada al comienzo por fases de oración intensa, y después relajada. Contrajo una grave enfermedad, a causa de la cual corrió el riesgo de ser enterrada viva (que interrumpió su fervor inicial), y de la que fue curada por intercesión de san José.

Hizo otra experiencia de mediocridad, ocupada en conversaciones brillantes y vanidosas en el locutorio y en las mansiones distinguidas de Ávila, pero con ayuda de la lectura de las Confesiones de san Agustín y un llamamiento del mismo crucifijo, que la iluminó sobre las exigencias del amor de Dios (1557), a los cuarenta años decidió dedicarse más de lleno a la oración. Cuando quiere reformar la orden carmelita es, pues, ya una mujer madura, con hondas experiencias místicas que le dan aliento para sus constantes viajes por toda España, afrontando luchas y persecuciones, quebrantada de salud, «sin ninguna blanca», pero inflexible en el propósito, porque «nunca dejará el Señor a sus amadores cuando por sólo Él se aventuran».

Así empieza el segundo período de su vida confortada asimismo por dos santos que conoció: Francisco de Borja y san Pedro de Alcántara.

Su visión reformadora despertó ciertas inquietudes en sus superiores (el nuncio apostólico la condenó, llamándola "fémina inquieta y andariega, desobediente...") a causa de los movimientos pseudomísticos del tiempo (especialmente como cómplice de los alumbrados), y también por el hecho de que numerosos sacerdotes habían abrazado ese proyecto de reforma espiritual. Defendida en Roma por Juan de Ávila, por el padre Báñez y por la misma corte de Madrid, pese a la continua oposición a sus nuevas fundaciones, que llevó a la separación de las carmelitas descalzas de las calzadas, confortada por su consejero espiritual san Juan de la Cruz (también él fundador de los carmelitas "descalzos"), Teresa pudo realizar su itinerario místico.

Está descrito en sus numerosas obras: su Vida (denunciada a la inquisición), el Camino de perfección, Las moradas del alma (o castillo interior) y otros escritos pedagógicos y líricos inspirados por la mística.

Al convento de San José de Ávila siguieron otras dieciséis fundaciones (sin contar quince de varones carmelitas descalzos, a las que contribuyó ayudando a san Juan de la Cruz). Tras un despliegue de actividad, dulzura y fortaleza que maravillan -«todo lo que hay en ti de águila y de paloma» le cantó un poeta-, acaba extenuada en su convento de Alba de Tormes: «Tiempo es ya que nos veamos, Señor mío». Murió la noche histórica del 4 de octubre de 1582 (en la que se pasó del antiguo calendario juliano al gregoriano, de Gregorio XIII), convertida en el 15 de octubre, fue canonizada en 1622 y declarada doctora de la Iglesia en 1970.

Mujer excepcional por todos los conceptos, humanísima y alegre, franca, enérgica, tenaz, de un humor incomparable, rebosante de espiritualidad y manejando muy bien, siempre por obediencia, la pluma: sus libros, escritos al desgaire, que le han hecho doctora de la Iglesia, son un prodigio de gracia personal, simpatía y elevación.

El tópico, muy fiel a la verdad esta vez, de la monja andariega, resume la paradoja de esta gran figura femenina que ha cautivado a todo el mundo. En éxtasis o entre pucheros, es la santa de la naturalidad sobrenatural, de una sencillez altísima que parece inasequible a los humanos sin la ayuda de Dios.

Cuatro preguntas a teresa de Jesús

Querida Santa Teresa:

Acudimos a ti con un deseo grande de escucharte. Sabemos que, durante más de cuatrocientos años, tus enseñanzas, tan llenas de fuerza y viveza, y siempre tan actuales, han llevado a muchos por el camino de la perfección. Hace años que el Papa te proclamó Doctora de la Iglesia, y de este modo nos recomendó tus escritos y nos los garantizó.

¡Qué lejos quedan aquellos días en que fuiste tan incomprendida y perseguida, incluso por las autoridades eclesiásticas, que veían en ti una ¡lusa, una visionaria, con afán de singularizarte!

Recordamos que hasta la Inquisición parece quería meterse contigo. ¡Cuánto debieron dolerte aquellas palabras del Nuncio que te llamó "fémina inquieta y andariega, que, con pretexto de perfección, se pasa la vida fuera del convento". Desde luego fuiste una mujer valiente. Valiente para no hacer caso de tus continuas y graves enfermedades. Valiente para aquellos largos e incómodos caminos, tan llenos de sacrificios y percances. Valiente para superar todas las contrariedades e incomprendiones en cada una de tus fundaciones.

Como tú dices, Dios te dio temple "más que de mujer". Por eso a los grandes males de tu tiempo (protestantismo, relajación de costumbres en los propios monasterios...) quisiste hacer frente con grandes remedios.

No fue el tuyo el camino cobarde y fácil del que se desentiende de los problemas. También en tu tiempo debían decir muchos: "Y a mí qué me importa"; "eso no es cosa mía", o bien, "esto no tiene arreglo"; "está todo de pena".

No. Tú determinaste poner remedio al mal. Y ningún caso hiciste de los que te criticaban, de los que querían frenar tus ímpetus, diciéndote que no te metieras en líos, que hicieras como todas...

Creemos que tu pensamiento tan autorizado puede aportar luz a los hombres de hoy.

Por esto, te pedimos nos esclarezcas estos temas que nos preocupan:

Primero. Cada vez nos resulta más difícil todo esto de Dios. En nuestro mundo de hoy, a Dios le dejamos poco sitio. A raíz del progreso de la ciencia y de la técnica, son muchos los que dicen que "Dios ha muerto", o que no nos hace ya ninguna falta. Otros muchos, sin decirlo de palabra, no hacen ningún caso de El, como si fuera un estorbo para la marcha de la sociedad. Incluso a los que tenemos ganas de ser buenos cristianos nos cuesta horrores tratar con El. ¿Qué dices tú de todo esto?

Segundo. Estamos en tiempos de libertad. Por esto encontramos antipático un estilo de vida lleno de sacrificios. Hay palabras que, sólo de oírlas, nos repugnan: por ejemplo lo que huele a humildad, obediencia, paciencia... Tenemos alergia al silencio, la austeridad... y a cosas a las que vosotros dabais mucha importancia. Nos parece que los santos estáis trasnochados. Pensamos a veces que todo eso que llamáis virtudes es una manera de huir de la realidad y de ser menos hombres. ¿Cómo defenderías tú estas cosas?

Tercero. En tu tiempo, parece que se hablaba de "enemigos del alma". Decíais entonces: mundo, demonio y carne. Veáis peligros por todas partes, teníais un miedo horrible al infierno. Estas cosas son hoy de poca actualidad. No sabes tú cómo ha evolucionado todo. Comprenderás que hay que encontrar otros valores y motivos para vivir. Pero tu camino no fue la rebeldía, la contestación, echar en cara a los demás sus defectos y errores, querer reformar la Iglesia arreglando "a los demás".

También tú veías los grandes males de la Iglesia, como los veía Lutero, entonces tan de actualidad. Pero... reaccionaste de una manera muy diferente a la suya. No atacaste a la Iglesia: la amaste con todo el corazón. ¡Cómo nos impresionan aquellas tus últimas palabras en tu lecho de muerte: "En fin, muero hija de la Iglesia".

Tu camino fue reformarte a ti y a quienes aceptaban tu amistad: pedirte a ti misma y pedir a tus amigos "lo poquito que podemos, que es vivir con la mayor perfección posible los consejos evangélicos". Nuestros tiempos también son difíciles como lo fueron los tuyos. Entonces se acababa de descubrir el nuevo mundo y corrían aires de libertad. Hoy estamos en la era espacial luchar. Hoy nos preocupa la cuestión social, la política, etc...¿No te parece que ha de cambiar mucho el cristianismo y el modelo de santos que erais vosotros? ¿Qué nos dices?

Cuarto. Ahora nos gusta la eficacia y la rapidez. Hay medios extraordinarios para todo. Hay que ser prácticos. Nos dicen que tú lo eras en tu tiempo. ¿Se te ocurren a ti algunos medios prácticos y eficaces -y, si pudiera ser, agradables y fáciles- para arreglar las cosas que van mal, y... que son muchas? Nada más. No sabes cómo te agradeceremos nos aclares, si puedes, un poco estos asuntos. Ya vemos que quizás es demasiado tema para que nos lo expliques todo en una carta. Tú verás. Quedamos a la espera. Tus amigos.

Teresa de Jesús responderá a las cuatro preguntas que le formulamos en esta carta. Es como un resumen de sus escritos, siempre vivos y actuales. Hasta con un poquito de sabor a castellano antiguo. Como veréis, contesta a nuestras cuatro preguntas. Estas páginas aunque pueden leerse de un

tirón, son para releerlas y meditarlas muchas veces. Son trozos sabrosos, que durante siglos han llevado a muchísimas personas por el camino de la perfección.

Hermanos y amigos míos:

La gracia del Espíritu Santo sea con vosotros. Después que he leído vuestra carta y pareciéndome buenos vuestros deseos y sinceras vuestras intenciones, he tomado el propósito de escribiros.

Mucho alabo a su Majestad que se ha servido despertar en vuestros corazones estas inquietudes y esta hambre de conocerlo y servirlo, en estos tiempos en que, como en los míos, está todo hartado desquiciado.

Quiera el Señor acierte yo a decir algo de lo mucho que aquí se podría para responder a vuestras preguntas.

Todo irá con mayor brevedad de lo que las materias requieren, pero procuraré decir lo bastante para despertar en todos deseos de mayor perfección. Pues nada hay tan dichoso y útil, aun para la vida terrena, como la virtud; y ella es el camino para el cielo.

A los que tengan mayores deseos, remito a los otros escritos que en vida escribí. En ellos todo va declarado con mayor extensión y claridad, y de ellos extracto lo que aquí diré. Para mayor inteligencia, responderé a vuestras preguntas por separado y por el orden que van en vuestra carta. Tomo por ayuda a la gloriosa Virgen María, Madre de Jesús y madre nuestra y pido a Ella que explique a cada uno, en su corazón, lo que aquí no vaya bien declarado, o no vaya conforme a la necesidad de cada uno. En el cielo y en la tierra sea siempre Dios loado. Amén.

Primera respuesta

No me extrañó mucho de lo que me decís: que os cuesta todo lo que se refiere a lo Dios y que no acertáis a tratarle. Eso mismo me acaeció a mí algunos años. Muy muchas veces, cuando iba a la oración, todo era esperar que se acabase la hora. Cualquier trabajo que se me pusiera delante lo acometiera de mejor gana que recogerme a hacer oración. Y es que quería compaginar dos contrarios: por una parte me llamaba Dios, por otra, yo seguía mis caprichos. Pasé así muchos años; que ahora me espanta cómo no dejaba lo uno o lo otro. Más por fin, mi actitud fue la que expresé en aquellos versos: "Vuestra soy, para Vos nació; ¿qué mandáis hacer de mí?" ¡OH, si todos entendiésemos bien esas dos verdades: "Vuestra soy", "para Vos nació"! ¡Cómo nos ofreceríamos del todo a El y El se daría del todo a nosotros! Porque Dios no fuerza nuestra voluntad. Toma lo que le damos. Mas no se da a Sí del todo hasta que nos damos del todo.

Fue por eso que un día yo me determiné a amarle de verdad. El me había dicho:

"¡Ay, hija, qué pocos me aman con verdad, que si me amasen, no les ocultaría yo mis tesoros! ¿Sabes lo que es amarme con verdad? Entender que todo es mentira lo que no es agradable a Mí". Con todo, no me pasé a Dios así de repente. Todo empezó gracias a un libro que me ayudó a pensar en Jesús y a tratarle como a un amigo.

Desde entonces, cuando quería tratarlo, me imaginaba al Señor dentro de mí y pensaba en alguna escena del evangelio, como si yo estuviera a su lado. Prefería las escenas en las que El estaba solo; por ejemplo, la del Huerto de los Olivos. Yo le hablaba como si le viera, como a un amigo.

Así empecé a tener oración, sin saber qué era. Que no es otra cosa oración, a mi parecer, que tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama.

Yo os recomendaría que hicierais esto todos los días y a cualquier hora. Mientras podáis no estéis sin tan buen amigo.

Si os acostumbráis a traerle junto a vosotros, y El ve que lo hacéis con amor, y que andáis procurando agraderle, no le podréis -como dicen- echar de vuestro lado. Os ayudará en todos vuestros trabajos. ¿Pensáis que es poco un tal amigo al lado?

Al principio son muchas las dificultades que el demonio os pondrá delante, como quien sabe el daño que a él le viene, porque sabe que quien va por este camino se le escapa, llevando además tras sí mucha gente.

Os ayudará a hacer amistad con Jesús mirar una imagen o estampa que os guste y hablarle como habláis con otras personas. Siempre conviene, al empezar oración, mirar vuestra conciencia para pedir perdón de lo que veáis haber ofendido a Dios antes. Muy buena es también, para este ejercicio de unión con Dios, la oración vocal. Y así os irá bien rezar algunas, sobre todo el Padrenuestro. Pero habéis de procurar, al pronunciar las palabras, daros cuenta de qué decís y a quién lo decís.

Esto que os digo en todas partes se puede hacer y en medio de cualquier ocupación. Entended que, si es en la cocina, entre los pucheros anda el Señor, ayudándonos en lo interior y exterior.

Mucho me ayudó a mí la devoción a algunos santos y en especial a San José, que nunca acudía a él sin ser atendida. Y así os lo quiero recomendar.

Para mí, el mejor rato de amistad con Cristo era cuando comulgaba. Ni más ni menos que si viera con los ojos corporales entrar en mi posada al Señor, me desocupaba de todas las cosas y me entraba con El. Considerábame a sus pies y le hablaba como si le viera, pues la fe me decía que estaba allí.

Tengo por experiencia que no suele Su Majestad pagar mal la posada, si se le hace buen hospedaje. Estaos con El de buena gana; no perdáis tan buena sazón de pedirle, como es la hora después de haber comulgado. Que, si cuando andaba en el mundo sanaba a los enfermos de sólo tocar sus ropas, ¿qué milagros no hará ahora estando dentro de nosotros, si tenemos fe?

Por este camino, poco a poco, aunque no sea luego, os iréis transformando en Jesús, y El plantará y hará crecer en vuestros corazones sus mismos sentimientos y sus mismas virtudes, hasta el extremo que ya no seréis vosotros, sino El. Así y no menos. Ricos como El; poderosos como El. El atenderá vuestros deseos, como vosotros los suyos.

Por eso me atreví un día a decirle yo a mi Señor: "Haced esto, si conviene; y si no, haced que convenga, pues que me conviene a mí". Pero antes, y para llegar ahí, habéis de trabajar en unir vuestra voluntad siempre con la de Dios. Que la suma perfección está en tener nuestra voluntad tan conforme con la de Dios, que, lo que entendamos que El quiere, lo queramos nosotros con toda nuestra voluntad; y tan alegremente tomemos lo sabroso como lo amargo, entendiendo que lo quiere su Majestad.

Esto os parecerá dificultosísimo, mas esta fuerza tiene el amor, si es perfecto, que olvidamos nuestro contento por contentar a quien amamos. Y así os puedo decir por propia experiencia, que, aun siendo grandísimos los trabajos, entendiendo que contentan a Dios, se nos hacen dulces.

Y así, de ese amor, o, más bien, amistad con El, sacaréis luz y fuerza para todas vuestras empresas, como las sacaba yo. Sólo digo que para estas mercedes tan grandes es la puerta la oración. Cerrada ésta, no sé cómo las hará, porque aunque quiera el Señor entrar a regalarle con un alma y regalarla, no hay por dónde; que la quiere sola y limpia y con gana de recibirlas. Si le ponemos muchas dificultades, ¿cómo ha de venir a nosotros?

No sé cómo decís que algunos piensan que Dios es un estorbo para la vida, siendo tanto lo que nos puede y nos quiere dar. ¿Quién más amigo de dar si tuviera a quién? Mas, como no nos disponemos, nos quedamos privados de tan grandes mercedes.

Mi vida, sin El, no hubiera sido vida. Vida terrible y sin sentido ha de ser la vida sin Dios. Sin El, ninguna cosa nos puede llenar; mas El sólo puede llenar del todo nuestro corazón, como lo tengo bien experimentado en mí y lo saben todos los que lo han probado. Mas, hasta que no lo probéis, va poco en que lo oigáis, pues hay tanta diferencia de vivirlo a sólo oírlo como va de lo vivo a lo pintado. Esa experiencia personal es la que me hizo decir, y mil veces lo tornaré a repetir, cierta de que, si lo probáis, me daréis la razón.

Segunda respuesta

Pasemos ahora a vuestra segunda pregunta. No veo yo eso que decís que es antipático y lleno de sacrificios el camino de la virtud. Camino real me parece a mí; camino que, quien de verdad se pone en él es más feliz y va más seguro.

No puedo entender qué teméis de poneros en el camino de la perfección.

¡OH, y cuán malos ratos pasan los mundanos! Y cuán sin sosiego los deja su conciencia. Y cuán pesadas y sin sentido les han de resultar sus cruces, que en esta vida es imposible estar sin ellas.

¿Por qué no queremos ir por el camino que fue Jesús? Si otro camino mejor hubiera, El lo hubiera elegido. Y ¡qué bien nos ha ido a todos los que hemos caminado tras El!

No hayáis miedo de estos trabajillos que se han de pasar para ser buenos, y que Dios premia con mil consuelos ya en esta vida; trabajillos que, por otra parte, se han de acabar mañana. Bien mirado, todo es poco lo que se padece por tan buen Dios, que tanto pasó por nosotros. No hayáis miedo a la virtud, no hayáis miedo de la cruz, "que en la cruz está la vida y el consuelo; y ella sola es el camino para el cielo".

Amad la cruz. ¿Sabéis porqué encontráis pesada la cruz? Por no abrazarla con todo el corazón. La lleváis arrastrándola y de mala gana. Por eso os lastima y cansa y hace pedazos. Que la cruz, si es amada, es suave de llevar. Esto es cierto. Si no os tragáis de una vez este miedo que tenéis al esfuerzo y al sacrificio, despedíos de cultivar virtudes. Que en este jardín de vuestro corazón sólo los vicios crecen sin esfuerzo; no las virtudes.

Por eso querría completar aquí el tema de la oración, de que antes hablé, con el ejercicio de virtudes que ahora diré. Que no habéis de poner la perfección sólo en rezar y contemplar. Porque, si no procuráis virtudes y hay ejercicio de ellas, siempre os quedaréis enanos. Y aún quiera Dios que sea sólo no crecer, porque ya sabéis que quien no crece, descrece. Además no se conoce el valor de una persona en los rincones, sino en mitad de las ocasiones. Allí se prueba la caridad, la paciencia, la humildad...

Hablemos en primer lugar de la caridad. Veréis cuán desatinados están los que dicen que la virtud nos aparta de la realidad y nos hace menos hombres. Caridad es amor de Dios y del prójimo. En esto tenemos de trabajar: en amar; que ahí está todo lo que se ha de hacer.

Pero la más cierta señal que, a mi parecer, hay si guardamos el amor de Dios es guardando el amor al prójimo: Porque, si amamos a Dios, no se puede saber, aunque hay indicios grandes para entender que le amamos; mas el amor del prójimo sí.

Por eso procuraba yo ocasiones de ejercitarme en ese amor. Y así me levantaba a veces antes de las demás a recoger la basura del convento, o a tomar el estropajo o la escoba. También la semana que me tocaba de cocina no sabéis cómo me las ingeniaba para que, siendo uno, parecieran dos los huevos que nos comíamos, o para que el caldo resultara diferente del de la víspera.

Y así estas cosas enseñaba a mis monjas. Les decía que es muy buena muestra de amor quitar trabajos a las otras y tomarlos para sí.

También tenía mucho cuidado en no quejarme de nadie ni comentar sus defectos, ni consentía que esto se hiciera en mi presencia, y quedó tal costumbre de no criticar que ya todas sabían que adonde yo estaba tenían seguras las espaldas.

¿No os parece que este modo de proceder, aparte el gran bien que trae consigo, os haría más hombres o más mujeres y os ayudaría mucho a la paz y convivencia de unos con otros? No sé cómo no veis que haciéndolo vosotros así serían más felices las familias, los grupos de amigos, las empresas, los pueblos y toda la sociedad.

Pues lo mismo digamos de las otras virtudes, pues todas tienen como misión quitar los estorbos que nuestros vicios ponen para amar, y en especial nuestro egoísmo y amor propio que los encierra todos. ¿Cómo no veis que es menester ponerlo debajo de los pies y que sin eso no hay amor ni lo puede haber?

Pues el camino mejor que yo veo para poner el yo debajo de los pies es la obediencia, que eso de negarnos a nosotros mismos no se hace con buenas razones, porque nuestro natural y amor propio tiene tantas que nunca llegaríamos allá. Ansí ocurre muchas veces que una cosa, por muy razonable que sea, si no nos apetece, nos parece disparatada por las pocas ganas que tenemos de hacerla. Y así nos engañamos a nosotros mismos.

Y para esta obediencia importa mucho la humildad. Sólo el perfecto humilde está libre de sí. Una vez estaba yo considerando por qué razón era nuestro Señor tan amigo de esta virtud de la humildad, y entendí esto: que es porque Dios es la suma Verdad: y la humildad es andar en verdad. Y es muy grande verdad que no tenemos cosa buena de nosotros mismos, sino miseria y ser nada; y quien esto no entiende anda en mentira.

Sólo el humilde es paciente y recibe bien cualquier ofensa o contratiempo, pues entiende que todo lo tiene merecido por sus pecados y que aún es poco lo que pasa por ellos. Por eso alegrábame yo cuando me insultaban o criticaban, y le daba gracias a Dios de ver que había personas que entendían ser yo tan ruin.

Ocasiones hubo en que llegaron a golpearme y tirarme al suelo. Causábame gran contento y les quedaba siempre muy agradecida por el mucho bien que esto me hacía.

Es menester ser fuertes para sufrir cualquier dificultad, trabajo, persecución o enfermedad. El humilde es como si llevara delante una tablilla, de modo que los golpes descargan sobre ella y no llegan al corazón.

Otra cosa en la que mucho habéis de procurar destacar es el amor al trabajo; que ahí tenéis un gran medio para llegar a ser útiles a la sociedad, como deseáis. A este respecto recuerdo que una vez dije a una monja que se extasiaba descuidando sus quehaceres: "Mire, hermana, que aquí no necesitamos —santas— sino gente que friegue bien los platos y haga bien las cosas". De mí sé decir que, en no teniendo qué hacer, estaba mala. Pero hay una virtud con cuyo perfume querría yo perfumarais todas las demás virtudes, y es la alegría, de modo que siempre se transparente en vuestra conversación y modo de tratar la paz y el gozo que lleváis dentro. Siempre he sido enemiguísima de santidades tristes y encapotadas.

Y así os diré que en mis conventos eran harto divertidas las recreaciones y holgábanse mucho mis hermanas en que yo tomara en ellas muy buena parte. ¿Sabéis cuál era el secreto de nuestra alegría? Nuestra casa era un cielo porque nos contentábamos con sólo contentar a Dios. Y así lo será también la vuestra si en todo os conformáis con la voluntad de Dios. Si otra cosa buscáis, andaréis descontentos por no poderla conseguir.

Tercera respuesta

Mucho ayuda estudiar de dónde vienen los males y a dónde conducen. Así ni más ni menos, habernos de hacer con los males más profundos del hombre, que son los del espíritu.

Aunque bien decís en vuestra carta que han cambiado mucho los tiempos, mas no veo yo que hayan cambiado mucho las personas, que es lo que hace al caso. Y ansí veo yo que ahora, como entonces, unos tienen amor y otros tienen egoísmo. Y luego resulta diferente todo lo que tocan: sea la familia, sea la profesión o lo que llamáis política, conforme a lo que decía nuestro Señor: "No puede el árbol bueno dar frutos malos, ni el árbol malo darlos buenos. Por los frutos los conoceréis".

Muy graves debía ver nuestro Señor los males del hombre y muy grandes sus consecuencias, que por nosotros y por nuestra salvación bajó del cielo... y padeció terribles tormentos y murió terrible muerte.

Loado sea Dios que donde abundó el pecado sobreabundó la gracia.

Por eso pienso yo que lo peor que tiene el mundo es desconocer lo que es su verdadero mal y dónde se halla su verdadero remedio, y por eso anda de mal en peor; y eso es lo que el Señor me quiso dar a entender, y a otros como yo, y yo a todos os querría explicar.

Importa mucho que Dios os dé un claro conocimiento de qué cosa es el mundo; y de que hay otro mundo; y la diferencia que hay de uno a otro; y cómo uno es eterno y el otro un sueño; y qué cosa es amar al Criador o a las criaturas; y qué se gana o se pierde con ello...; en una palabra, qué cosa sea virtud y qué cosa sea pecado.

Podrá ser, hermanos, que digáis que estas cosas ya las sabéis. Quiera Dios sea ansí, que lo sepáis de la manera que conviene, impreso en las entrañas.

Ya de niña, me ayudaba mucho pensar estas cosas, por ejemplo, que pena y gloria eran "para siempre"; y ansí gustaba mucho repetir: "para siempre, siempre, siempre..."

Más adelante, pensando esto mismo, respondía a Dios ansí en mi corazón:

- "Alma, ¿qué quieres de Mí? - Dios mío, no más que verte
- ¿Y qué temes más de tí?
- Lo que más temo es perderte.

Mas, hubo un tiempo en que estos pensamientos se enfriaron en mí. Paréceme será bueno que os diga las causas y explique los peligros que encontré, ya que, a lo que parece por vuestra carta, dais poca importancia a esto de los peligros, (mientras que tanto cuidado ponemos para lo que pone en peligro la vida del cuerpo, que pronto se acabará).

Paréceme que comenzó a hacerme mucho daño el aficionarme a las novelas (en mis tiempos eran los libros de caballería) que fueron enfriando mi corazón. Gastaba en ello muchas horas del día y de la noche, aunque a escondidas de mi padre.

Llegó a tanto la afición, que, cuando no tenía libro nuevo, andaba de mal humor. De ahí empecé a ser muy vanidosa.

Comencé a traer galas y a desear contentar y parecer bien, con mucho cuidado de manos y cabello y olores. Por eso algunas veces considero cuán mal lo hacen los padres que no se preocupan bastante de lo que ven o leen sus hijos. Que, si a mí me hicieron tanto daño las lecturas, espántame lo que harán en los niños y jóvenes de hoy algunas revistas o lo que llamáis películas o programas de televisión. ¡OH, qué imposible veo poder evitar el pecado si buscamos voluntariamente los peligros!

En otro grave peligro anduve en mi adolescencia: la demasiada intimidad y trato con unos primos míos y con una muchacha harto ligera, que con libertad y familiaridad entraba en mi casa.

Mi padre y mi hermana sentían mucho estas amistades; reprendíanme muchas veces. Mas no les aprovechaban sus diligencias, porque mi sagacidad para cualquier cosa mala era mucha. Espántame el daño que hace a veces una mala compañía. Y si no hubiera pasado por ello no lo podría creer. Querría escarmentaran en mí los padres para mirar mucho en esto. Por aquí entiendo el gran provecho que hace la buena compañía, y tengo por cierto que, si a esa edad hubiera tenido yo amigas virtuosas y quien me enseñara a temer a Dios, me hubiera mantenido entera y con fuerzas para no caer.

Mas no fueron sólo éstas, y en aquellos años, las dificultades que encontré para la virtud.

Quando, ya siendo monja, me determiné a darme del todo a Dios, fue mucho lo que pasé de contradicción, aun por parte de buenos y aun de las mismas monjas de aquel mi primer convento: todo era querer frenar mis deseos y aconsejarme que hiciera como todas. Y así me parece a mí que es un gran enemigo del alma ese mundo que nos rodea y que muchas veces piensa y vive y aconseja contra el querer de Dios.

También sé por propia experiencia que son muchos los peligros que el demonio pone delante para tornarnos atrás, si pudiera, de ese camino de perfección; pues combate aún más a estas almas que a otras que andan ya más perdidas, por la cuenta que le trae.

Y sabed que no hay encerramiento tan encerrado adonde el demonio no pueda entrar, ni desierto tan apartado adonde deje de ir. Aunque, si he de decir verdad, no se me da más de los demonios que de moscas. Parécenme tan cobardes que, en viendo no les hacemos caso, quedan sin fuerzas.

Y si venimos a decir la guerra que da nuestro cuerpo es para no acabar; porque este cuerpo tiene una falta, que mientras más se le complace, más pide. Es cosa extraña cómo quiere ser contemplado. Y no sólo excitando las pasiones y gustos y caprichos; que muchas veces da guerra con una preocupación excesiva por la salud.

Será echarnos atrás ante los trabajos y sacrificios, será quejarnos y dar a entender cualquier achaque... ¡Sabed sufrir un poquito por amor de Dios, sin que lo sepan todos!

Os he querido hablar de estos que llamamos "enemigos del alma", porque si no nos guardamos de ellos, luego caemos en pecados; más aún, nos acostumbramos a vivir en ellos, sin que nos importe mucho y pareciéndonos cosa normal. Y lo que es peor, viviendo tranquilos.

Dios os libre de esa especie de paz que tienen los mundanos, andando tranquilos mientras están metidos en grandes pecados. Si en nada os remuerde la conciencia, diría yo que ya vosotros y el demonio estáis amigos; por eso no os quiere inquietar, no sea que sintiéndoos malos os tornéis a Dios.

¡OH, si yo pudiera daros a entender qué es el pecado! Preferiríais perder mil vidas antes de hacer un pecado mortal, y aun de los veniales andaríais con mucho cuidado de no hacerlos. Un pecado, por chico que sea, Dios nos libre de él.

Que no hay pecado pequeño, siendo contra tan gran Majestad y viendo que nos está mirando. Es como si dijéramos: "Señor, aunque os pese, haré esto; ya veo que lo veis y sé que no lo queréis, y lo entiendo; pero prefiero seguir mis antojos y gustos que no vuestra voluntad".

¡OH, quién pudiese dar a entender esto a los que hacen muy deshonestos y feos pecados, para que se acuerden que no son ocultos, y que con razón los siente Dios, pues tan desvergonzadamente nos ponemos delante de El!. Veo cuán bien se merece el infierno por una sola culpa mortal.

Y aquí viene bien os diga una de las gracias más grandes que Dios me hizo. Fue la visión del infierno y el lugar que allí yo hubiera merecido por el camino que llevaba. Fue un momento brevísimo, pero imposible de olvidar. Quedé tan espantada que me duró la impresión toda la vida. Y así, cuando luego tuve grandes trabajos y dolores, acordándome de aquello, todo me parece se podía pasar. Y así me parece que cuando nos quejamos lo hacemos sin motivo. Así perdí el miedo a las tribulaciones.

De aquí gané también la grandísima pena pecadores que me dan las muchas almas que se condenan, y los ímpetus grandes que siempre tuve por salvar almas, que me parece cierto a mí que por librar una sola de tan gravísimos tormentos hubiera dado de muy buena gana mil veces la vida.

Nunca terminaré de dar gracias a Dios que me libró de aquel lugar.

También me mostró el Señor cómo está el alma que está en pecado, aun mientras vive y antes de ir al infierno: del todo inútil, como persona atada y liada y tapados los ojos, que, aunque quiere, no puede ver ni andar, ni reír, y en gran oscuridad. Hízome tanta lástima que cualquier trabajo me parecería ligero por librar un alma del pecado.

Quisiera resumir estas mis respuestas en dos palabras: amor y temor; que éstos son los grandes valores y motivos que tenemos de tener para obrar. Del amor os hablé en mis respuestas anteriores. El temor va declarado aquí.

Estas dos actitudes tengo para mí que resumen todo; ya que el amor es el que ha de mover y dirigir siempre los pasos; mas el temor nos hará ir mirando adónde ponemos los pies.

Cuarta respuesta

Quiero complaceros, en fin, en responder a vuestra cuarta pregunta, que me parece de harto interés, pues, a la verdad, todo se queda en nada si no ponemos los medios que convienen para caminar este camino de la perfección. Que, con sólo tener buenos deseos y buenas intenciones no se va a ninguna parte.

En esto, como en todo, os diré lo que he experimentado por mí misma ser bueno y muy eficaz. Está al alcance de todos y no es dificultoso. Y su eficacia está probada por todos los que han ido por este camino.

Y, si me preguntáis si estos medios que ahora os diré son agradables, dígoos que sí, y muy conformes a las necesidades del corazón: mas puede ser que a veces no os lo parezca así, y será precisamente por los males interiores que lleváis. Así acontece a los que están enfermos, que, por bueno que sea el manjar, no tienen gana; y miran con asco lo que los sanos comen con gran gusto. Pero, aunque fuera con poco gusto, pienso es razón tomar lo que nos pondrá buenos.

Toda la dificultad acaba... cuando nos determinamos. Y así me acaeció a mí, que estuve hartos años sin acabar de acabar, como quien dice.

Mas Dios fue llamándome de muchas maneras hasta provocar en mí esta determinación. Así os conviene mirar en vosotros mismos las ocasiones que Dios os ha dado y las que os dará en lo porvenir, para que no las desaprovechéis.

Una cosa que mucho me ayudó fueron las buenas lecturas. Ya en la infancia me hicieron mucho bien las vidas ejemplares de algunos mártires y santos. Vi en mí misma cómo los deseos de virtud de esa etapa de mi vida dependieron de esas lecturas, así como la frivolidad de mi adolescencia dependió también de otras lecturas harto diferentes.

Y he de añadir que volví al camino, al cambiar de nuevo de lecturas. Esto fue, cuando una grave enfermedad me retuvo mucho tiempo en cama. Un tío mío me dejó un libro que enseñaba a tener oración, que me hizo mucho bien.

También leí con harto consuelo y provecho las cartas de San Jerónimo y las Confesiones de San Agustín, que por haber sido antes pecadores me animaban mucho. No digamos ya lo que luego me alimentaron las Santas Escrituras.

Por eso os aconsejaría mucho ocuparos en lección, reflexión y oración. La lección ayuda mucho a la reflexión, aunque sea poco lo que se lea. Y sin esta ayuda acaece no sacar nada en la oración y presto nos cansamos y distraemos.

Esta reflexión importa mucho para el conocimiento propio. Este conocimiento propio jamás se ha de dejar. A mi parecer, nunca nos acabaríamos de conocer sin tener adónde mirarnos. Y de espejo nos sirve el libro, que al presentarnos cómo es Dios y cuál es su voluntad, vemos con claridad nuestra suciedad; viendo la humildad del Señor por ejemplo, vemos cuán lejos estamos de ser humildes.

Otro gran medio que no me cansaré de ponderar son los buenos amigos. De mí sé decir que, si el Señor no me descubriera esta verdad y diera estos amigos, cayendo y levantando hubiera ido de cabeza al infierno; porque para caer había muchos amigos que me ayudasen; para levantarme hallábame tan sola, que ahora me espanto cómo no estaba siempre caída.

A la verdad, gran mal es un alma sola entre tantos peligros. Por eso aconsejaría yo a los que quieran su perfección, procuren amistad y trato con otras personas que traten de lo mismo. Porque andan ya las cosas del servicio de Dios tan mal, que es menester hacerse espaldas unos a otros los que le siguen para ir adelante.

Que, si uno comienza a darse a Dios, hay tantos que murmuren, que es menester buscar compañía para ayudarse, hasta que sean fuertes para cualquier tribulación. Y si no, veránse en mucho aprieto.

Es un género de humildad aceptar las correcciones de los amigos, que, si nos ven torcer el camino o caer en alguna falta, presto nos lo advierten.

Para esto entiendo yo que es la amistad: para desengañarnos unos a otros y decir en lo que podríamos enmendarnos y contentar más a Dios. Porque no hay quien tan bien se conozca a sí mismo, como nos conocen los que nos miran, si es con amor y deseo de ayudarnos.

Y, además, crece así mucho la caridad con ser comunicada. Y hay mil bienes que no los diría si no tuviera gran experiencia de lo mucho que va en esto.

Y aún hace falta más que amigos. Necesitamos el consejo de maestros muy experimentados y muy de Dios.

Yo encontré primero esta ayuda en María de Briceño, monja extraordinaria que fue mi educadora en el internado de las Agustinas. Luego procuré siempre confesores que pudieran ser verdaderos guías de mi alma, y a ellos me sujetaba en todo. Esto me ayudó a caminar segura.

Dios puso en mi camino siempre quien en su nombre me ayudase; y ansí no sabéis el bien que me hizo, cuando hombres como San Francisco de Borja o San Pedro de Alcántara, contemporáneos míos, iluminaron mi espíritu con sus consejos y enseñanzas. Mucho interés tuve, por ejemplo, en que algunos de mis escritos los conociera San Juan de Ávila, pues no veía yo mayor garantía que ser aprobada por él.

¡OH Sabiduría Eterna! Qué gran cosa es un maestro sabio, temeroso, que previene de los peligros. Es todo el bien que un alma espiritual puede desear, porque es gran seguridad. No podría encarecer con palabras lo que esto importa y cuán eficaz era un hombre ansí en mis tiempos y cuán eficaz y necesario es ahora en los vuestros.

Porque, cuando en un tiempo de alboroto que parece van todos medio ciegos, levanta Dios uno que les abra los ojos, tornan poco a poco a descubrir el camino. ¡Qué grandeza de Dios, que puede más a las veces uno solo que diga verdad que muchos juntos! De manera que, como haya uno o dos que, sin temor, sigan lo mejor, luego torna el Señor poco a poco a ganar lo perdido.

Mirad que no son tiempos de creer a todos, sino a los que viereis van conforme a la vida de Cristo. Por esto que os digo es por lo que yo mucho me decidí a ser santa. También yo tuve, como

vosotros, ganas de hacer algo por arreglar la sociedad y la Iglesia de mi tiempo. Y vi que mi entrega era el verdadero remedio.

Y todo el bien que por mi medio quiso hacer Dios a mi tiempo vi yo claro dependía de mi entrega personal.

De modo que, cuando me enteré de los males de la Iglesia, diome gran fatiga, y como si yo pudiera algo o fuera algo, lloraba con el Señor y le suplicaba remediase tanto mal. Y así me determiné a hacerlo poquito que estaba en mí, que es seguir los consejos evangélicos con la mayor perfección y procurar que mis amigas hiciesen lo mismo.

Y así querría yo ahora tener parte en que os determinéis vosotros. Que en esto de la perfección, lo que importa más, y aun es el todo, es tener una grande y muy determinada determinación de no parar hasta llegar a la perfección, venga lo que viniere, suceda lo que sucediere, cueste lo que costare, murmure quien murmurare, aunque se muera en el camino, aunque se hunda el mundo.

Es decir, conviene mucho no apocar los deseos, sino creer que, con la ayuda de Dios, si nos esforzamos, poco a poco, aunque no sea luego, podremos llegar a lo que otros han llegado con su favor. Que, si ellos nunca se hubieran determinado a deseirlo y, poco a poco, a ponerlo por obra, no hubieran subido a tan alto estado. Quiere Su Majestad y es amigo de ánimas animosas, con tal que sean humildes y desconfíen de sí mismas. Y no he visto a ninguna de éstas que no llegue muy alto. Como no he visto ningún alma cobarde que en muchos años adelante lo que aquéllas en pocos.

Espántame lo mucho que hace en este camino animarse a grandes cosas. Y con esto quiero acabar, deseando para cada uno de vosotros esos grandes deseos y ánimos y esa muy determinada determinación. Y esto pido os dé nuestro Señor, para que podáis venir un día a gozar tan grandes bienes como aquí nosotros gozamos ya con El para siempre.

No me alargó más. Si más cosas más queréis leer, en mis otros escritos las encontraréis.

Disponed siempre y enteramente de vuestra hermana y amiga.